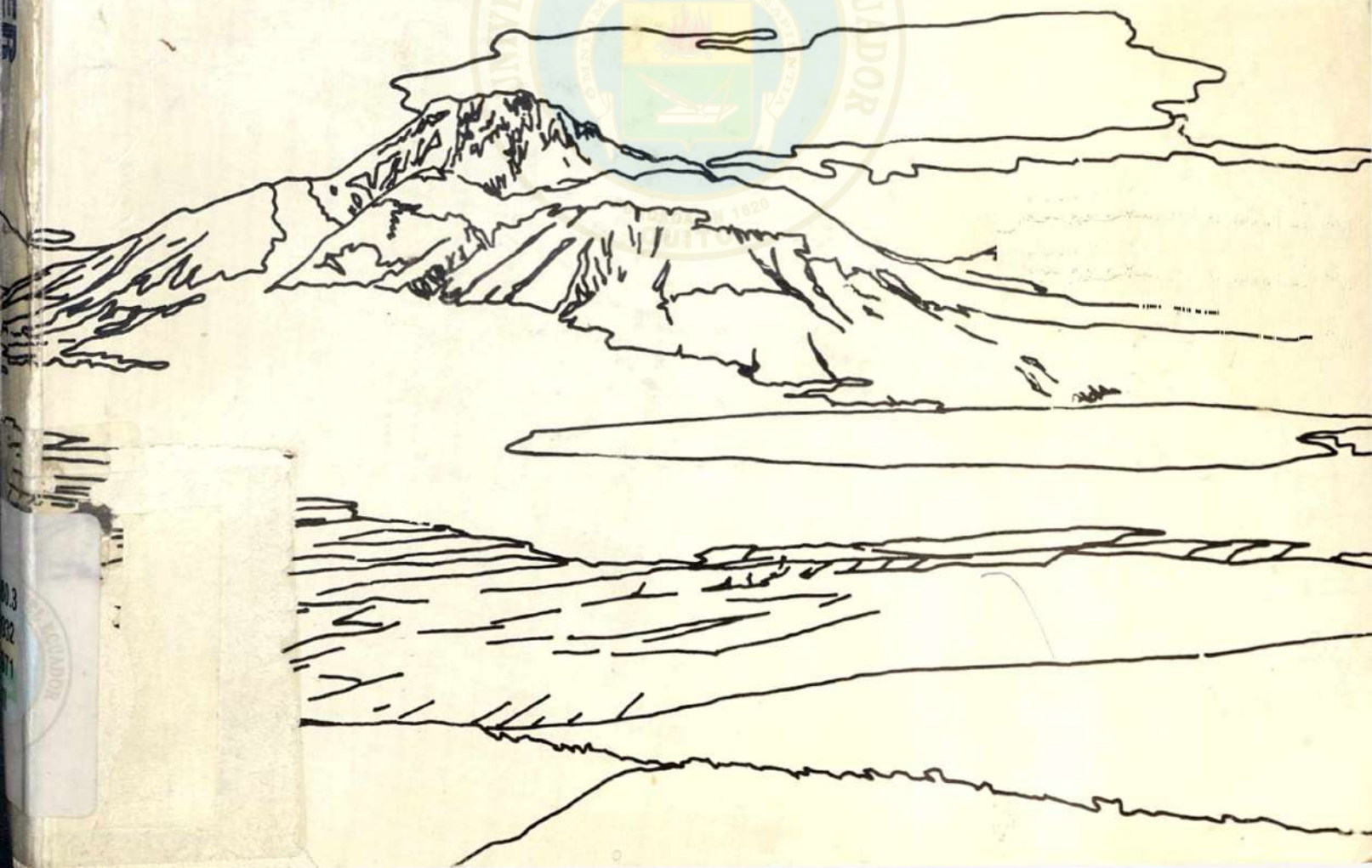


EL VALLE DEL AMANECER





BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR



El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y literal vii “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Protección 1/52 1.001228

34 (866)

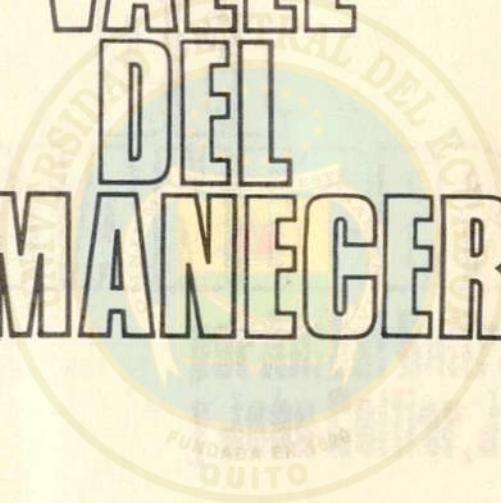
No. de. 4023591

30225933

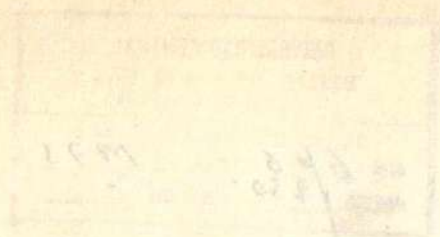
B932

UNIVERSIDAD CENTRAL	
BIBLIOTECA GENERAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCIONES GENERAL	
Nº 646	FECHA 1973
PRECIO 1250	DE NACIÓN

EL VALLE DEL AMANECER



INSTITUTO ECUATORIANO DE ASTRONOMÍA Y GEODESIA



980.3
B932
1971

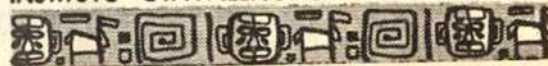
EL VALLE DEL AMANECER

por Aníbal Buitrón
y John Collier, Jr.



INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO OTAVALEÑO
DE ANTROPOLOGIA, CASILLA 1478, OTAVALO —
ECUADOR, SUDAMERICA. DERECHOS RESERVA-
DOS POR LOS AUTORES. IMPRESO EN 1971 EN
LOS TALLERES GRAFICOS DEL INSTITUTO GEO-
GRAFICO MILITAR EN QUITO - ECUADOR.



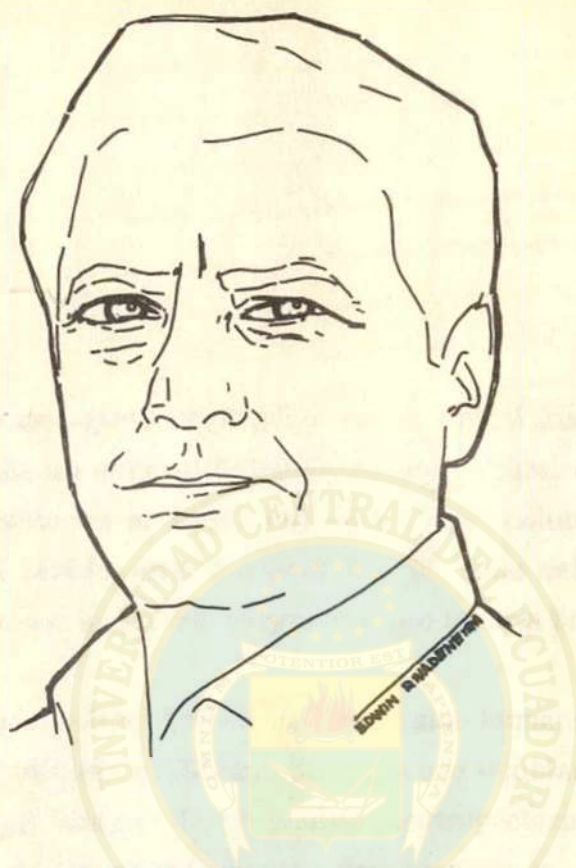
PRIMERA EDICION EN ESPAÑOL
PORTADA: EDWIN RIVADENEIRA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA

El "Instituto Otavaleño de Antropología" cumple con el grato deber de consignar sus agradecimientos para los autores, especialmente para el Sr. Dr. Aníbal Buitrón, Miembro de Honor de la Entidad por la valiosa ayuda prestada, lo que ha permitido hacer realidad la presente publicación.

Otavalo, abril de 1971.

PREFACIO



Aníbal Buitrón,

Antropólogo ecuatoriano, nació en 1914, autor de varios trabajos y tratados sobre las comunidades indígenas del Ecuador por lo cual se ha dado a conocer en el mundo entero. Actualmente presta sus servicios en la UNESCO distinguiéndose como uno de sus más eficientes colaboradores.

PREFACIO

Con sentido de aguda proyección social, Aníbal Buitrón, hace algo más de veinte años, señalaba un milagro de renacimiento cultural en las comunidades de Otavalo, especialmente en el sector indígena. Y su vislumbamiento de realidades posteriores ha tenido total efectivación. "El Valle del Amanecer" es un conglomerado humano en una área geográfica que todavía hoy, en 1971, hace honor a su título.

Aníbal Buitrón y John Collier, Jr., con calor humano, de coterráneo el primero y ambos con sobrada capacidad, hicieron una semblanza del valle en un libro que rezuma la mejor imagen de un pueblo con trayectoria.

Del análisis de los planteamientos descritos en la primera edición de la obra hasta el presente año, deducimos que poco o casi nada ha cambiado en Otavalo. El mercado de productos, de dos décadas a esta parte tiene los mismos escenarios y los indios, en esos ya ancestrales lugares, siguen comerciando. Ha variado la imagen del comprador matinal porque en la plaza de ponchos, en el ollero barrio San Sebastián, el indígena ha encontrado en el turista cupo casi suficiente para entregar sus artesanías. La feria no ha perdido el "encanto" de antaño. Las plazas han mejorado de color porque hay más vistosidad resultante del mayor número de indios, mestizos, blancos y extranjeros. El detallamiento estructural de una feria sabatina se conserva tal como lo señalado en la obra. Poco se podría agregar. Quizás que hay una nueva fila de alimentos preparados: el caldo de gallina, el caldo de patas de res, el puzún y las tortillas. En esta veintena de años, ha crecido la ciudad y ha crecido su feria. El mercado general se comunica con el de

ponchos a través de un arroyo humano. Cuatro cuadras largas de gente forman la aorta que, sabatinamente, en forma ininterrumpida, desde tempranas horas comunica los dos centros vitales.

Reyloma sigue siendo la barrera natural para dos formas de vida: la indígena y la del mestizo blanco. Tras de ella se concentra, a partir del Lechero que vigila la Laguna de Chicapán y en torno del legendario monte Imbabura, el área geográfica que mayor influencia telúrica ejerce en la vida del indio. Todavía se pueden encontrar en el árbol sagrado del Lechero ofrendas de los indios de las comunidades del Desaguadero, Pucará y La Compañía que ven en ello la mejor manera de agradar y agradecer a sus seres mitológicos. Los indios siguen temerosos del Gualambari, arco iris blanco, que empreña a las longas imprudentes y, La Cascada de Peguche y los demás pogyos, vertientes de agua, dan poderes sobrenaturales a los indios cabecillas —los Haya Humas (cabezas de diablo)— para que dirijan en buena forma a sus grupos durante las festividades de San Juan. El brujo sigue ejerciendo su hegemonía sobre la comunidad y es el ser poderoso capaz de curar del mal aire, del espanto, a guaguas e incluso adultos y de prodigar males a quienes ello se merezcan, de la misma manera como cura el corazón de los jóvenes enamorados dando pociones que despiertan reciprocidad en los sentimientos de sus amadas. Las fórmulas médicas de laboratorio a través de campañas y brigadas sanitarias y, especialmente, por la participación de organismos gubernamentales e internacionales, van poco a poco siendo aceptadas por las comunidades pero es innegable que los remedios caseros y las medicinas populares dadas por el brujo y los curanderos son más solicitadas que aquellas.

Es importante observar cómo la relación hombre - tierra, lejos de distanciarse se ha fusionado más. En cada nueva generación surge germinado el antiguo apego a la parcela, la subconciente querencia a la tierra, a los eucaliptos, a los pencos de cabuya y a los capulíes, aunque las técnicas de cultivo no se hayan modificado y se mantengan las herramientas tradicionales: los arados de madera con puntas de hierro trabajados por el herrero del pueblo. Es tan poco lo que ha cambiado que con toda seguridad las herramientas de trabajo agrícola que hoy se utilizan son las mismas que conocieron los autores del libro. Como derivación de la función agrícola, se mantienen inalterables los ritos de cosecha: las azas para

la recolección, las guayungas o los 12 mejores pares de mazorcas para los cosechadores y las chugchidoras que rastrean los campos buscando residuos de la cosecha.

En el aspecto familiar e individual las costumbres se mantienen y como observaciones de secundarios hechos modificados, en la indumentaria, se nota el cambio del sombrero de fieltro "duro hecho en Ilumán" por el de fieltro europeo. En lo demás, el indio es ceremonioso en su indumentaria y orgulloso de su propia presencia. Ha introducido mejoras en la calidad de los productos que viste pero no los ha rechazado. La mujer india hace ostenta, con coquetería, de las gualcas, las zartas de mullos de colores, de corales y de los anillos hechos en Cotacachi.

Las ceremonias relativas al bautizo, matrimonio y muerte no han sufrido transformación y hoy en día es común ver el paso de un entierro indígena precedido del indio tocador del rústico violín al que arranca monótonas pero sensibles notas.

La relación teniente político-indio perdura en las mismas condiciones. Las legislaciones sociales sólo han quedado en buenos propósitos ya que ningún cambio radical se ha operado. Socialmente el indio que ha emigrado al pueblo, si ello ha decidido, se ha cholizado e incluso ha abandonado sus vestimentas. Los hijos de los indígenas asisten ya a las escuelas vestidos como los hijos de los mestizos y los blancos y se han hecho cortar las trenzas.

Las comunidades indígenas persisten en el zapateo de San Juan y en la ceremonia solemne de San Luis Obispo con los Corazas priostes y los Loadores de loas repetidas y aprendidas año tras año. La parcialidad de Calpaquí, en comunión de rito pagano - cristiano hace coincidir el santoral de San Miguel para celebrarlo con los Pendoneros, indígenas que ascienden a las capillas de San Miguel en Cuchiloma y a la de San Rafael, en zigzagueante ritmo, flameando rojas banderas, llevando la infaltable banda de músicos indígenas, tambor y pífano y la de blanco - mestizos que pareciera que de puro milagro hacen sonar sus antiguos instrumentos, arrancándoles sonidos que algunas generaciones de indígenas han escuchado como canción de cuna y réquiem final.

Hay un hecho poderoso que llama la atención: ha crecido la cultura textil y ello, inclusive, se nota con mayor detalle en comunidades determinadas. El in-

dio ha incorporado a sus elementos de trabajo los telares mecánicos y eléctricos y ha aprendido a diagramar sus diseños. La economía que cambia que anotaba Aníbal Buitrón ha dado ya sus frutos. El indígena de Otavalo ha traspasado fronteras. La lejana Bogotá de hace más de dos ²⁰ décadas hoy no es sino una de las tantas ciudades en el itinerario comercial del indio. En el aspecto idiomático, domina el español y está aprendiendo otros idiomas, especialmente el inglés.

Se nota la creación de una nueva clase socio-económica basada en la pequeña industria. El indio, con una capacidad superior de asimilación y como lo bosquejara Aníbal Buitrón, ha entrado en los hasta hace poco vedados campos del blanco mestizo y está tomando plena conciencia de su situación real y de su incidencia en la vida de la colectividad. Es importante y halagador ver transformado al indígena rural en un pequeño industrial o comerciante urbano enfrentando al natural complejo proceso de aculturación con sustantivos rasgos propios y seguro de salir adelante porque se sabe y se siente dueño de una cimentación cultural ancestral definida frente a un grupo heterogéneo cultural que forma el sector blanco-mestizo.

La generación descrita en el libro original hoy es ya una generación adulta que ha cumplido, con creces, su compromiso socio - biológico y es la que está señalando a la nueva, a la actual, derroteros claros, positivos que permiten seguir hablando de nuestro Otavalo como "El Valle del Amanecer".

-Plutarco Cisneros A.-

S U M A R I O

EL VALLE Y SU GENTE	1
Otavalo	2
El Mercado	12
El Retorno al Hogar	29
LA JORNADA DEL INDIO	47
Agricultura	49
Trabajos Domésticos	62
Las Comidas y el Descanso	78
LA VIDA EN LA COMUNIDAD	89
Los Asuntos Civiles	90
La Religión	95
Las Fiestas	100
El Espíritu de Cooperación	116
La Posición Social	124
El Matrimonio	140
El Bautismo	143
La Enfermedad	145
La Muerte	151
EL VALLE DEL AMANECER	159
Los Cambios en la Economía	160
La Nueva Generación	180
Horizontes	194
RECONOCIMIENTOS	198
COMO SE HIZO ESTE LIBRO	199

EL VALLE Y SU GENTE



OTAVALO

Este es el Valle de Otavalo, en el Ecuador. Aquí, en el altiplano andino, han vivido los indios por muchos siglos. A lo largo de los Andes, 8 de cada 10 habitantes son indios. Ellos constituyen el destino del Ecuador, Perú y Bolivia —pero son también un peso para el país, porque los indios viven en extrema pobreza. Desde la conquista española los indios han trabajado en esclavitud, despojados de su libertad, llevando una vida sin esperanza. Aún ahora esta situación ha cambiado muy poco. Las injusticias contra el indio se han perpetuado debido a la ignorancia y la decadencia social.

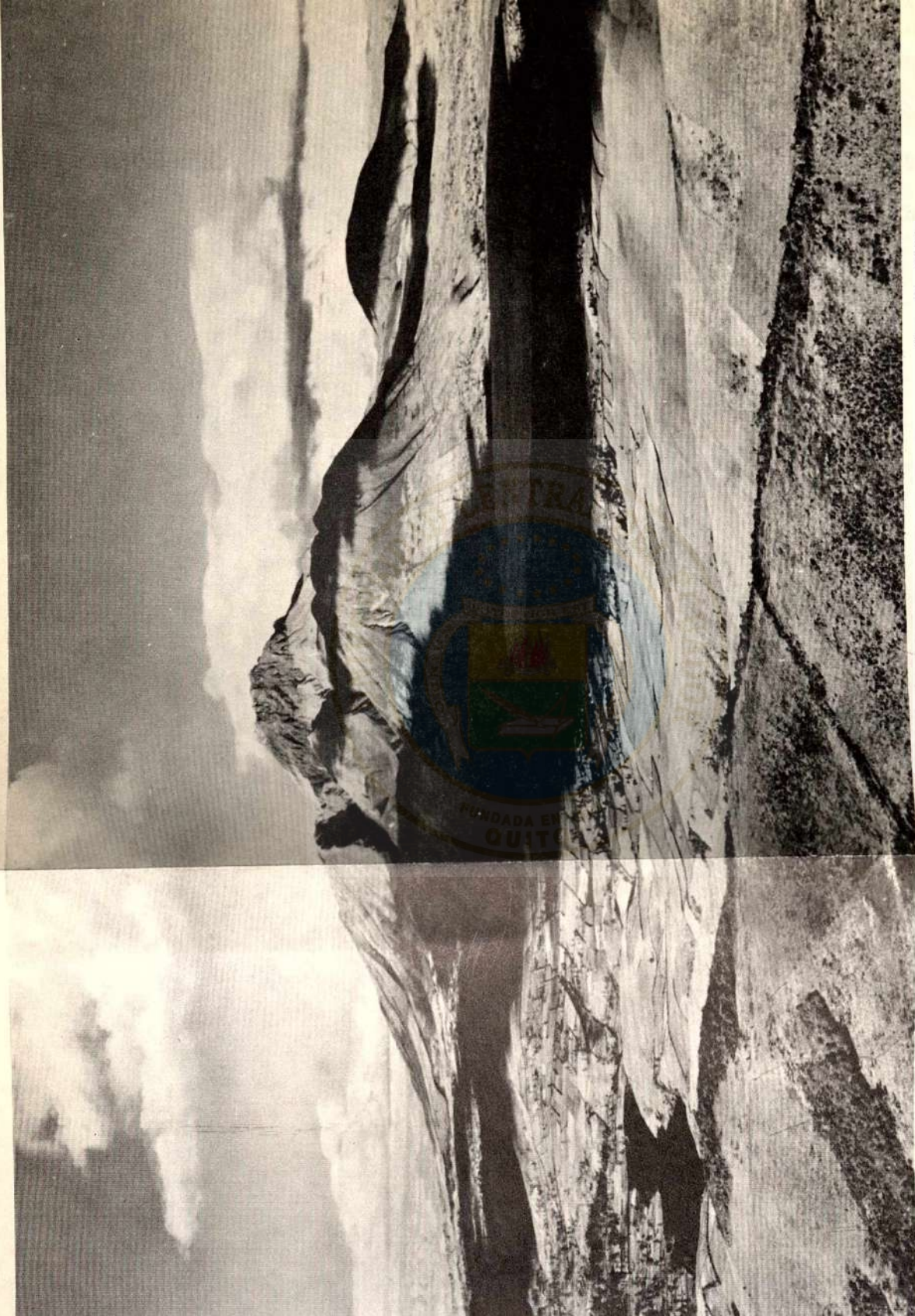
Pero en el Valle de Otavalo ha habido un despertar, un milagro de renacimiento cultural. Los indios de Otavalo se están levantando en una ola de vitalidad que está rompiendo la cadena de su tradicional pobreza, convirtiéndoles en un grupo de ciudadanos prósperos e industriales.

El resurgimiento de los indios de Otavalo es una historia única. Sin embargo, los indios del Valle del Amanecer no son diferentes de otros indios. El éxito que ellos han conquistado podría ser compartido a lo largo de los Andes porque su vitalidad nace de una energía universal, su historia es de gentes sencillas, una historia de esfuerzo, habilidad, alegría y fe. /



Monte Imbabura

• Lago San Pablo



• Lago San Pablo

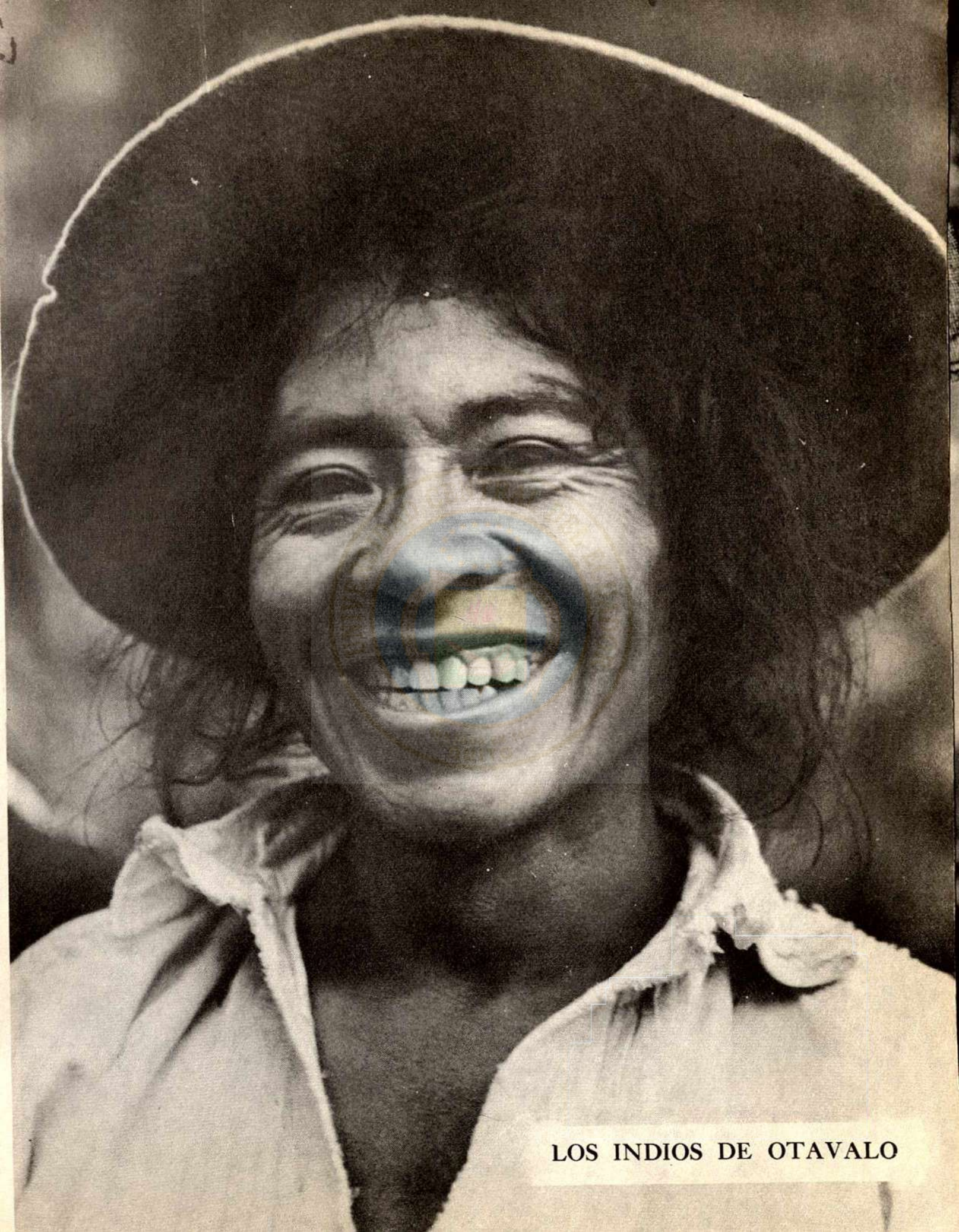
Monte Imbabura



Monte Cotacachi

La Ciudad de Otavalo





LOS INDIOS DE OTAVALO



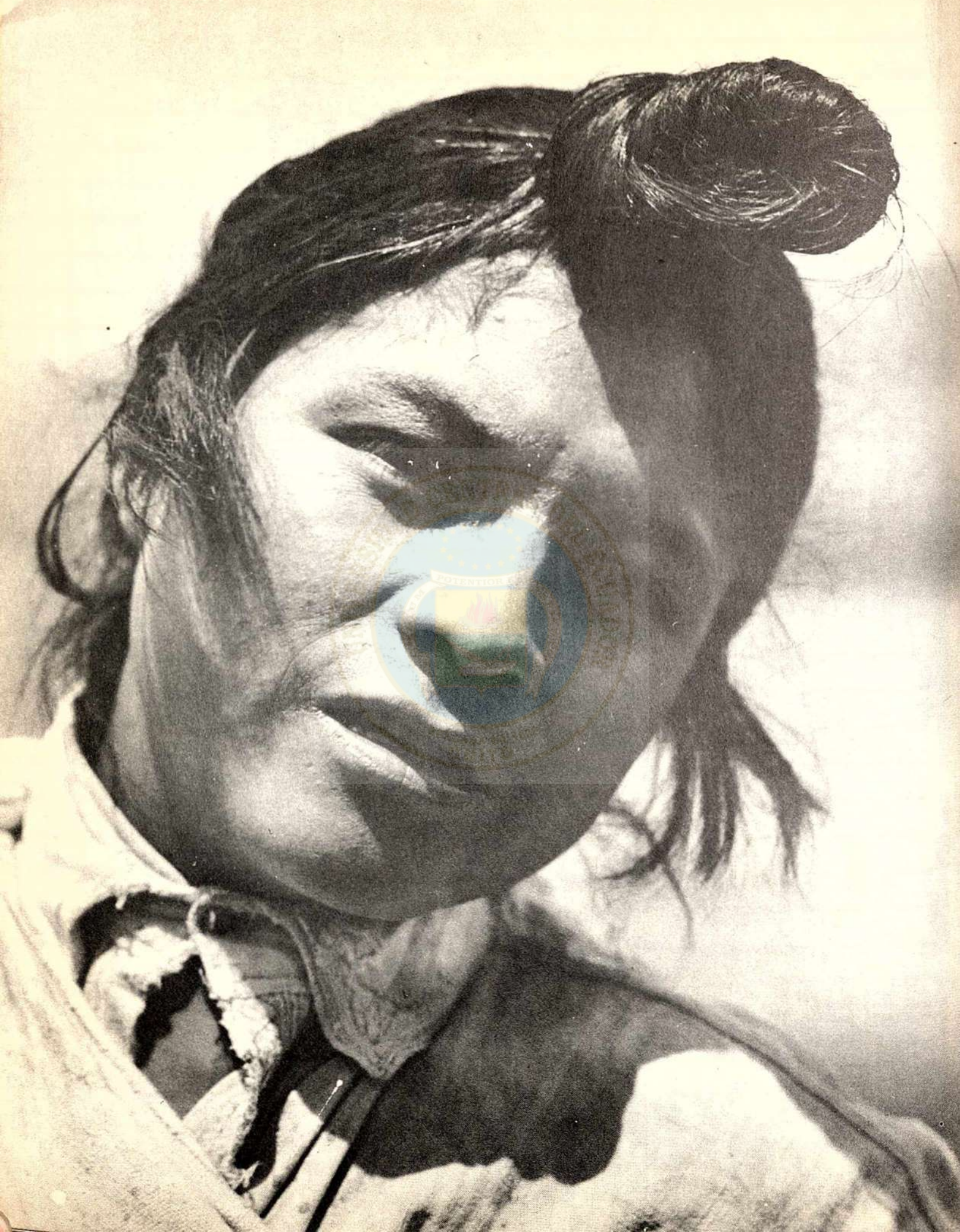














EL MERCADO

Amanecer en los Andes. Vientos helados descienden de las serradas montañas que circundan este mundo. El Imbabura se levanta al Oriente. El Cotacachi cierra el Occidente; su cima nevada brilla con la primera luz del día. Abajo, la noche todavía se aferra al Valle, envolviendo poblados y campos en la bruma que asciende a las montañas en pliegues opulentos.

Para los indios de la serranía, el día llega antes de que se haya ido la obscuridad. A la luz de las estrellas salen de sus hogares al pie del Imbabura, cargan sus pesados fardos y comienzan su viaje hacia el mercado en el fondo del Valle. Sábado de mañana. Los senderos que conducen a Otavalo están llenos de gentes, viejas y jóvenes, que avanzan aprisa, con sus pies desnudos moviéndose silenciosamente sobre los polvorientos caminos. Por todas partes hay filas de indios que, agobiados bajo el peso de su carga, vienen de todas las direcciones de su mundo circundado de montañas. Descienden por los senderos que desembocan en veredas, de éstas convergen hacia los caminos, que confluyen en Otavalo como arroyos, hasta que sus calles se convierten en ríos interminables de ponchos azul marinos, rojos, y listados en oro, verde y turquesa.

Los senderos que descienden desde la serranía se han convertido en profundas zanjas. Las viejas escalinatas que descienden a la ciudad están desgastadas por los pies que han pasado durante siglos. Porque el mercado es muy viejo. La gente del pueblo lo dirá. Sus bisabuelos nacieron cerca de la plaza del mercado. Pero es aún cientos de años más viejo. Mucho antes de que lleguen los españoles ya había mercado en el Valle. Mucho antes de que lleguen los Incas, el mercado ya estaba allí. Desde el comienzo de una época ahora ya olvidada, los indios han estado levantándose al amanecer, cargando sus fardos y descendiendo al Valle de Otavalo para comerciar.

Antes de la llegada de los españoles, los comerciantes de distintas partes del Ecuador llevaban sus productos al mercado. Los indios de las lejanas vertientes del Amazonas traían algodón y **achiote**, semillas rojas de un árbol tropical que se usan todavía para dar color a los alimentos. Traían también loras, monos y hierbas extrañas de la selva para cambiar por sal, cobijas, o perros, con los indios de la serranía.

Actualmente los indios todavía comercian con viajeros de tierras distantes,





Por esta vieja calle empedrada han pasado, rumbo al mercado, generaciones de indios.

pero lo hacen para obtener dinero con que comprar arados, azadones y hachas. Los viajeros son en su mayoría blancos y mestizos que han llegado de madrugada para comerciar con los indios.

Durante la semana, los indios -hombres, mujeres y niños- trabajan industrialmente en sus propios hogares preparando los artículos para el mercado del sábado. Cada comunidad tiene algo especial para vender. Ponchos pesados de lana que protegen contra el intenso frío de los Andes. Chales de pesada lana para las mujeres de los valles andinos. Telas de lana de muchas variedades, fajas tejidas, cobijas. Telas de algodón que usan todos los indios. Cuerdas hechas con la fibra de la **cabuya**. Esteras y aventadores hechos con la **tatora** de los lagos. Canastas y sombreros hechos con tiras de **zuro**. Ollas de barro para cocinar y otros diversos utensilios de cocina. Verduras, cereales, maíz, frijoles, habas. Gallinas y huevos. Sal, pan, carne y manteca.

Los blancos también traen sus artículos para comerciar. Toda tentación se ofrece para atraer los sures de los frugales indios. Piezas de tela de fábrica. Anilinas de todos los colores que se venden por pulgaradas. Kerosene para alumbrar sus casas. Joyas baratas, hierro y hojalata. Artículos de cuero, espejos, agujas, especias y medicamentos. Cada artículo tiene su lugar conocido en una de las cuatro plazas del mercado; semana tras semana, año tras año. Los primeros rayos del sol encuentran el mercado ya lleno y en plena actividad. En una ancha calle todos los compradores y vendedores son indios. Hombres que venden ponchos ocupan una larga fila a un costado de la plaza. Cada indio ha colocado sus ponchos en una manta extendida en el suelo y detrás de ellos se mantiene en pie, esperando pacientemente a los compradores, seguro de que su trabajo es conocido y buscado en todo el Ecuador. Un cliente examina la calidad, tamaño y color; pregunta el precio; hace una oferta, simula irse en busca de un mejor negocio, regresa y ofrece unos pocos sures. Finalmente, el vendedor y el comprador se ponen de acuerdo y se completa la transacción. Entre la multitud hay comerciantes que compran tantos ponchos y otras telas de lana como pueden llevar. Estos comerciantes llegan temprano al mercado de Otavalo a fin de escoger tranquilamente y evitar además competidores. Hacia las 7 de la mañana, los mejores ponchos, chales y casimires de lana han desaparecido, y los comerciantes se encuentran ya en camino a otros mercados de la serranía ecuatoriana tan lejanos como Tulcán hacia el Norte y Loja hacia el Sur.

En la fila siguiente a la de ponchos hay telas de lana similares a los casimires ingleses. Son hiladas y tejidas a mano y se las vende a la población blanca de las



Por esta vieja calle empedrada han pasado, rumbo al mercado, generaciones de indios.

pero lo hacen para obtener dinero con que comprar arados, azadones y hachas. Los viajeros son en su mayoría blancos y mestizos que han llegado de madrugada para comerciar con los indios.

Durante la semana, los indios -hombres, mujeres y niños- trabajan industrialmente en sus propios hogares preparando los artículos para el mercado del sábado. Cada comunidad tiene algo especial para vender. Ponchos pesados de lana que protegen contra el intenso frío de los Andes. Chales de pesada lana para las mujeres de los valles andinos. Telas de lana de muchas variedades, fajas tejidas, cobijas. Telas de algodón que usan todos los indios. Cuerdas hechas con la fibra de la **cabuya**. Esteras y aventadores hechos con la **tatora** de los lagos. Canastas y sombreros hechos con tiras de **zuro**. Ollas de barro para cocinar y otros diversos utensilios de cocina. Verduras, cereales, maíz, frijoles, habas. Gallinas y huevos. Sal, pan, carne y manteca.

Los blancos también traen sus artículos para comerciar. Toda tentación se ofrece para atraer los sures de los frugales indios. Piezas de tela de fábrica. Anilinas de todos los colores que se venden por pulgaradas. Kerosene para alumbrar sus casas. Joyas baratas, hierro y hojalata. Artículos de cuero, espejos, agujas, especias y medicamentos. Cada artículo tiene su lugar conocido en una de las cuatro plazas del mercado; semana tras semana, año tras año. Los primeros rayos del sol encuentran el mercado ya lleno y en plena actividad. En una ancha calle todos los compradores y vendedores son indios. Hombres que venden ponchos ocupan una larga fila a un costado de la plaza. Cada indio ha colocado sus ponchos en una manta extendida en el suelo y detrás de ellos se mantiene en pie, esperando pacientemente a los compradores, seguro de que su trabajo es conocido y buscado en todo el Ecuador. Un cliente examina la calidad, tamaño y color; pregunta el precio; hace una oferta, simula irse en busca de un mejor negocio, regresa y ofrece unos pocos sures. Finalmente, el vendedor y el comprador se ponen de acuerdo y se completa la transacción. Entre la multitud hay comerciantes que compran tantos ponchos y otras telas de lana como pueden llevar. Estos comerciantes llegan temprano al mercado de Otavalo a fin de escoger tranquilamente y evitar además competidores. Hacia las 7 de la mañana, los mejores ponchos, chales y casimires de lana han desaparecido, y los comerciantes se encuentran ya en camino a otros mercados de la serranía ecuatoriana tan lejanos como Tulcán hacia el Norte y Loja hacia el Sur.

En la fila siguiente a la de ponchos hay telas de lana similares a los casimires ingleses. Son hiladas y tejidas a mano y se las vende a la población blanca de las





La plaza del mercado general de Otavalo.

grandes ciudades -Quito, Bogotá y aún la lejana Caracas. En la misma fila están los chales que usan las mujeres blancas y mestizas de los pueblos, exactamente como lo hicieron sus antepasados españoles. En otra fila están los rectángulos de bayeta azul marina o negra que las mujeres andinas usan a manera de faldas o como chales. Luego vienen telas de algodón, azules o blancas, que se envuelven alrededor de la cabeza y que se llaman fachalinas; el lienzo grueso de algodón para las enaguas, camisas y calzones. y las fajas anchas y angostas usadas por todas las mujeres indígenas. Más adelante está la fila de lana que los comerciantes indígenas han traído de las haciendas de los valles cercanos; más allá están las esteras y aventadores tejidos por los indios de las cercanías del Lago de San Pablo. Luego están los platos de barro, ollas para cocinar, cántaros para agua y platos grandes y planos para tostar el maíz, hechos por mestizos y unos pocos indios de la parcialidad de Peguche. A un lado de la plaza, a la sombra de altas palmeras, se vende pan integral hecho por los indios, junto con unas pocas cebollas y repollo y otros alimentos ya preparados.

Algunas calles más arriba de la plaza indígena, está el gran mercado general. Aquí, en las primeras dos filas están las hortalizas cultivadas, en su mayor parte, por agricultores indígenas en tierras de blancos. Más allá hay puestos donde se ofrece sal, grasas de res, oveja o cerdo y carne cruda y cocida. Luego una fila de especias, medicamentos y encantamientos. Estos incluyen picos de aves de la selva occidental pezuñas de animales del altiplano y de las selvas, frutas y semillas de colores y formas extrañas, hierbas, insectos de alas iridiscentes. Si se pregunta a un vendedor, para qué son buenas estas cosas, invariablemente contesta "para enfermedades del corazón".

Cerca de ahí, blancos y mestizos venden pan blanco, maíz y frijoles, carne cruda o cocida. Luego vienen brillantes montones de naranjas, plátanos y piñas traídas de los valles tropicales, al otro lado de las montañas. Enseguida están los herreros ofreciendo picos, hachas, cuchillos, tijeras y puntas de hierro para arados de madera. Todos estos artículos pueden haber sido hechos del chasis de un camión viejo. Luego vienen los hojalateros con baldes, cafeteras y lámparas de varias clases. Enseguida están los joyeros del cercano pueblo de Cotacachi, vendiendo anillos de cobre con pedacitos de piedras de colores, cuentas cilíndricas de cobre, aretes hechos con monedas antiguas y modernas, prendedores de plata y cobre. Talabarteros, también de Cotacachi, venden portamonedas y cinturones.

Enfrente están los que ofrecen blusas bordadas, anilinas e hilos de color. Más allá están los vendedores de papas y camotes, zanahorias blancas y amarillas.

En su puesto especial, donde todos le pueden encontrar, está el policía en-

cargado de la balanza oficial. Es su deber comprobar los pesos del mercado.

Bajo el portal que se extiende a lo largo de un costado de la plaza, los vendedores exhiben para la venta una vistosa colección de telas de algodón y lana procedentes de las fábricas ecuatorianas, otras importadas de Colombia y de los Estados Unidos. Aquí se ofrecen también vestidos confeccionados, espejos, mullos dorados y corales, canicas, cinturones o agujas.

A la vuelta de la esquina, bajo un pequeño techo, mujeres indígenas preparan sopa en grandes calderas. En ellas ponen el corazón, los pulmones, el hígado y los intestinos del ganado vacuno y ovejuno, partes que los blancos se niegan a comer. A los indios les encanta esta sopa y se sirven grandes platos en el mismo lugar o la llevan a su casa en ollas.

En este mercado general, tres cuartas partes de la gente son indígenas, proporción que es valedera para toda la región. Es a esta plaza donde vienen las amas de casa de Otavalo a hacer sus compras semanales. Entre la colorida multitud de indios con ponchos rojos y azules, estas mujeres pueden ser vistas, cuidadosamente envueltas en sus mantas negras o en sus vistosos abrigos de corte moderno. A cada una le sigue una sirvienta que lleva una canasta. Aquí y allá las mujeres se detienen a regatear; a menudo llamando a un policía para obligar al vendedor, generalmente un indio, a rebajar su precio. Tan pronto como terminan sus compras, se retiran de la congestionada plaza.

Parado sobre una mesa, por encima de la multitud, está un vendedor ambulante, un ventrílocuo, cuyo muñeco ríe y habla al pueblo vendiéndoles una maravillosa medicina garantizada para cerrar cualquier herida, valorada en un sucre la botella. Más allá está un adivino con una jaula llena de gorriones. Por diez centavos consigue que un pájaro tome un pequeño papel doblado en el cual está escrito su porvenir. Monjes vestidos con hábitos cafés y blancos llevan de un lado a otro la pequeña estatua de un santo, para que sea besado por los devotos, quienes depositan una moneda por la ranura que se encuentra en su base. Un ministro evangélico, un gringo, presenta un pasaje de la Biblia con ilustraciones a colores y distribuye folletos a sus oyentes.

Además del mercado indígena y del mercado general, hay dos mercados de animales; uno donde se venden animales pequeños tales como cerdos y ovejas, y otro para caballos, ganado vacuno, mulas y burros.

A la luz de la mañana, cada mercado es una explosión de color, un dibujo sin forma que llena la plaza como una marea. Ponchos rojos, morados, azules, mezclados con chales magenta y rebozos rojo cereza, azul eléctrico y verde esmeralda, sombreros blancos y color ladrillo, camisas y calzones blancos de algodón te-

jidos a mano, blusas bordadas con colores brillantes y armoniosamente combinados, el rojo deslumbrante del coral y de los mullos dorados.

Pero pronto, después de las ocho de la mañana la mayor parte de las compras han sido hechas y los tratos cerrados, y el mar de sombreros comienza a diluirse regándose por las muchas calles del pueblo. Ahora ya se pueden distinguir las filas rectas de los vendedores y sus puestos. Las blancas lonas que cubren los puestos de venta, reciben la luz creciente del sol. Algunos grupos se han demorado murmurando y discutiendo. Los vendedores cuentan su dinero. Un perro husmea buscando alimento. El mercado se ha terminado.

Pero todavía los indios se demoran en Otavalo. Sábado es el día para ver el mundo, para bailar y cantar en las tabernas, para beber el fuerte aguardiente de caña. Es el día para traer una gallina o una canasta de huevos al compadre blanco. Así se pasan las horas, sentados en un fresco corredor, escuchando el consejo del hombre blanco y sus explicaciones de los muchos problemas que confronta un indio en el mundo de los blancos. Mientras los hombres discuten y fuman, la mujer indígena mira con devota admiración a la señora de la casa que hábilmente borda una falda o una blusa en su mágica máquina de coser. Otros indios consultan a sus abogados sobre un viejo juicio por un título perdido, que ha durado ya meses, una pelea de borrachos o el robo de una hacha. Otros, arrodillados silenciosamente en la penumbra de la iglesia, colocan una vela al pie de su santo favorito pidiendo su ayuda.

En la desierta plaza del mercado, las moscas vuelan tranquilamente sobre los desperdicios de frutas y huesos. Un policía detiene a unos pocos indios, les quita sus ponchos o sombreros, y les ordena barrer la plaza para que puedan recuperar sus "prendas".

Los indios del Valle cultivan cebollas y coles que venden a las gentes que viven en la montaña.



UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES



4023591



De todos los rincones del Valle llegan los indios al mercado. Han caminado kilómetros a lo largo de senderos polvorientos y no tienen ninguna prisa en volver a sus hogares. Miran a la multitud y toman tiempo para cada compra.





El juez de pesas resuelve imparcialmente miles de disputas. El peso justo es garantizado por este policía municipal quien comprueba los pesos sospechosos en una balanza oficial. Ha terminado el mercado. Se han vendido todos los artículos y los indios se detienen a conversar con sus amigos y a escuchar las

(1) Los tejedores llegan al mercado a comprar su lana y las brillantes anilinas que los vendedores indígenas venden por pulgaradas.



(2) Casi todas las telas indígenas son tejidas a mano. Con seis varas de lienzo indígena se hacen una camisa y un par de pantalones.



(3) Cada semana tienen que comprar kerosene para las pequeñas lámparas que alumbran el hogar indígena.





(2) Las cuerdas se fabrican en los Andes con fibra de cabuya. Las hojas lanceoladas de esta planta crecen a lo largo de todos los caminos y son convertidas fácilmente en resistentes cuerdas.



(2) Ollas y platos de barro se fabrican en la parcialidad de Peguche y se venden en el mercado a todos los otros indios de la región.



(3) La sal es valiosa en los Andes. Viene de grandes distancias y es tan codiciada que a menudo sirve como medio de intercambio.

Ha terminado el mercado. Se han vendido todos los artículos y los indios se detienen a conversar con sus amigos y a escuchar las historias de gentes de lejanas tierras.





EL REGRESO AL HOGAR

El sol está en lo más alto del cielo. Los picos gigantescos que se distinguen claramente en el cielo de la madrugada, están ahora hundidos en las nubes.

Sombras azul oscuro recorren el Valle llevándose el frío de los Andes. Los caminos que salen de Otavalo, como los radios de una rueda, están nuevamente llenos de indios. Pesados autobuses pasan envueltos en nubes de polvo llevando a los comerciantes a pueblos distantes. Lentamente agobiados por pesadas cargas, o arreando un cerdo, una vaca o un toro, los indios comienzan el largo y polvoriento ascenso a las colinas y a sus hogares. Como si volvieran a vivir la historia, cada paso les lleva más cerca de la montaña y de su ancestral modo de vida. Sus pies descalzos dejan huellas en el polvo blanquisco del sendero.

La historia del Valle está olvidada o enterrada más allá de la memoria. La vida indígena en las montañas es muy antigua. Las civilizaciones se han sucedido como los estratos de una antigua planicie. Hay leyendas, viejas costumbres, nombres tradicionales de lugares y fragmentos de alfarería, a base de los cuales se han escrito historias -historias de migraciones, conquistas e invaciones.

Hace mil años, de acuerdo con la leyenda, los Caras, antecesores de los actuales otavaleños, llegaron al Valle como invasores. Por su idioma, ellos estaban relacionados con los pueblos de habla Chibcha de Colombia y América Central. Se dice que llegaron por el mar. Vivieron y fundaron ciudades en la costa del Pacífico del Ecuador septentrional, junto a la selva tropical. Probablemente en busca de mejores climas, los Caras emigraron ascendiendo por el Río Guayllabamba hasta alcanzar la serranía andina, donde invadieron y conquistaron a los antiguos Quitus, y se diseminaron rápidamente por las tierras altas del Norte Ecuatoriano. Aquí terminó el peregrinar de los Caras. Se asentaron bajo las cimas nevadas de los Andes.

Aún en aquellos tiempos lejanos, los Caras fueron grandes agricultores. Con sus herramientas primitivas de hueso, piedra y madera, cultivaron grandes extensiones de tierra comunal. Se cree que cultivaron maíz, frijol, quinoa un cereal nativo de los Andes- altramuses y capulíes. Domesticaron cobayos y cazaron venados, conejos y pájaros. Hábiles tejedores, tejieron mantas de algodón para envolver sus cuerpos sujetándolas al hombro con un prendedor de cobre o plata, y ciñéndolas a la cintura con fajas de colores brillantes.

Sus casas fueron las de hoy en día, viviendas cuadrangulares hechas de bajareque con techos cónicos cubiertos de paja. Su modo de vida fue tan estable, y su agricultura tan buena que aún después de ser conquistados por los Incas y explotados por los blancos, han sobrevivido. Los indios todavía practican sus antiguos métodos de sembrar y de cosechar, en profunda armonía con la tierra, las frías lluvias de los Andes, los tormentosos cielos y las desoladas cimas de las montañas que limitan su mundo.

En 1455, los Incas, cuyo poderoso imperio se extendía hasta el Perú y Bolivia, comenzaron a expandirse hacia el Norte. Pueblo tras pueblo cayó bajo sus ejércitos. Primero los Paltas, luego los Cañaris, los Puruháes, los Panzaleos, y finalmente, después de 16 años de sangrienta lucha, los Caras y los Otavalos. El último jefe Cara murió en una batalla cerca de Otavalo y su hija fue tomada en matrimonio por Huayna Capac, el conquistador Inca. Atahualpa, el último emperador de los Incas, se dice que fue hijo de este matrimonio.

Los dirigentes Incas, aunque ejercieron su poder poco más de medio siglo en la región de Otavalo, reorganizaron casi todos los aspectos de la vida aborígen Cara, de acuerdo con sus propias costumbres. Introdujeron su religión, sus templos y monasterios, sus sacerdotes y vírgenes del sol, sus numerosas fiestas y liturgias. La adoración al sol fue la religión oficial, pero al mismo tiempo se permitió que cada grupo conquistado adorara a sus propios dioses, de tal manera que la influencia Incáica fue más material que espiritual. Los pueblos conquistados fueron organizados en grupos que podrían bastarse a sí mismos, que trabajaban su propia tierra, pero también la de la iglesia; porque en práctica toda la tierra pertenecía al emperador. También sirvieron en el ejército y conservaron sus magníficos caminos que los Incas construyeron en todo el imperio. En recompensa, el emperador proveía a todos con alimentos y vestidos en casos de hambruna o desastre, y en general establecieron un sistema de benevolencia en todo el imperio.

Los Incas, además, influyeron en la vida aborígen con la introducción de nuevos alimentos. Enseñaron métodos avanzados de irrigación e introdujeron el uso de fertilizantes, una práctica que aumentó grandemente la producción de los campos. El Quichua, idioma incáico, fue enseñado como el del Estado, y el idioma nativo de los Caras desapareció muy pronto. Solamente unos pocos nombres de lugares se conservan como recuerdo del idioma primitivo.

Pero la maravillosa organización y la gran expansión del Imperio de los Incas estuvieron destinadas a la extinción.

En el año 1532, Pizarro conquistó el Perú y pocos años más tarde el Capi-

tán Sebastián de Benalcázar subyugó al Ecuador, terminando para siempre el gobierno indígena de los Andes.

Los conquistadores españoles llegaron en busca de oro. Encontraron muy poco en las provincias nortañas del Imperio Incaico, pero se quedaron a fundar ciudades y adueñarse de la tierra en nombre de la corona, y de las almas de los indios en nombre de la iglesia. La resistencia indígena fue ahogada en sangrienta tortura. La cultura agraria altamente organizada de los Incas se extendió ampliamente. Los indios huyeron a los altos páramos envueltos en nubes, y a las selvas bajas y calurosas, dejando en poder de los españoles las tierras fértiles de sus valles y aun sus familias. Por 330 años, el imperio colonial español explotó la tierra y esclavizó a la gente. Grandes extensiones de tierra —haciendas— fueron mantenidas en propiedad feudal. Los indios fueron vasallos de los españoles quienes mantenían sobre ellos un poder de vida o muerte, decretando todos sus actos y forzándolos a trabajar en esclavitud.

La independencia de España y el comienzo de la República del Ecuador significó muy poco para los indios porque la economía de la hacienda continuó. Las leyes que se han escrito para la protección de los indios no han sido efectivas; en muchos lugares la deuda del padre o del abuelo todavía mantiene al indio encadenado a la hacienda. En la actualidad, la mayoría de los indios del Ecuador son huasipungueros, esclavos sin tierras que trabajan y viven en una hacienda a cambio de un miserable jornal y del uso de una parcela de tierra que cultivan para sí. Otros son peones sin tierras que trabajan en pueblos o haciendas por lo que los blancos quieren pagarles. Pero también hay comunidades de indios que nunca perdieron todas sus tierras, en lo alto de las montañas, y que las conservan con pasión inexorable.

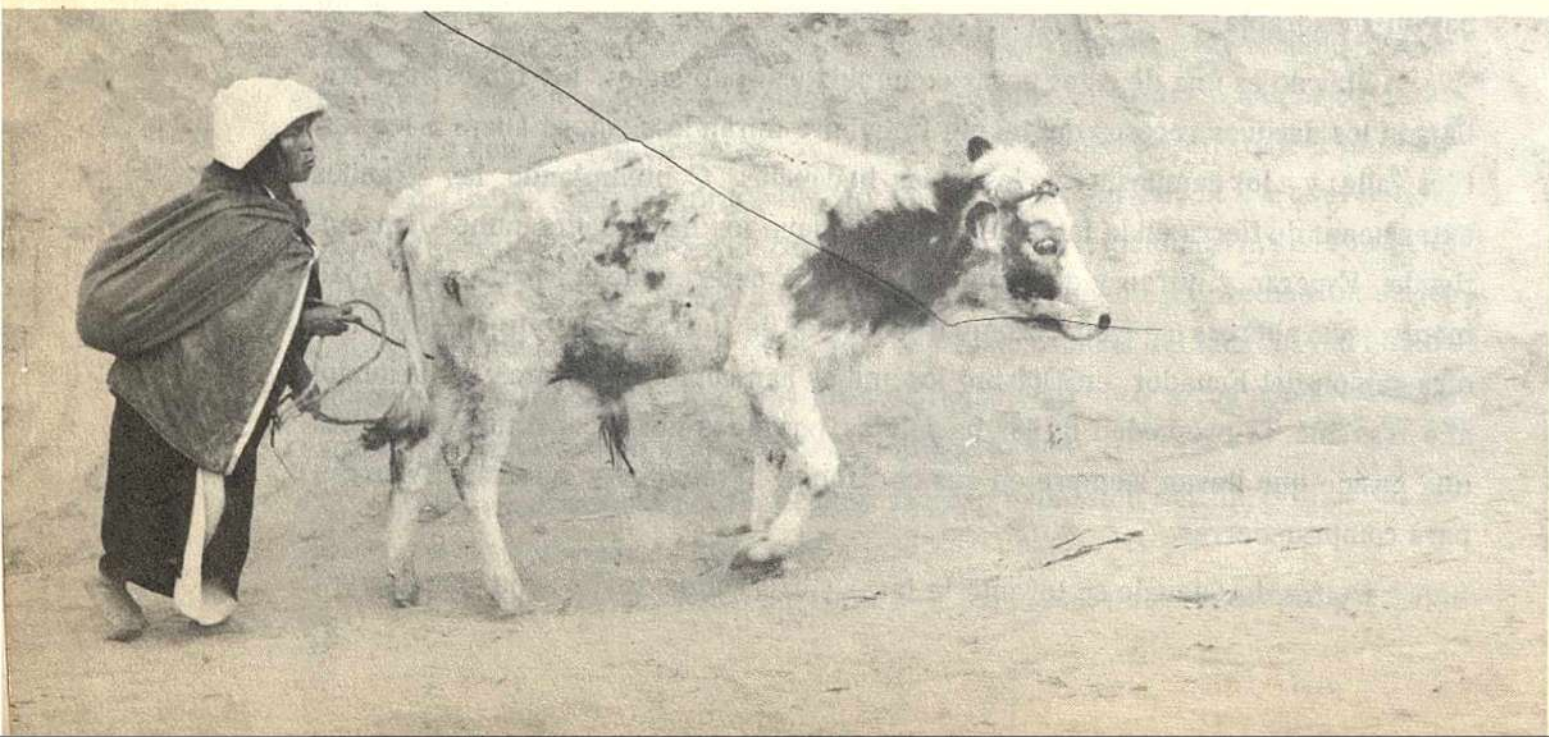
Otavalo es una de estas pocas comunidades; por siglos, los indios han trabajado los declives rocosos del monte Imbabura mirando siempre abajo a los fértiles valles y a los campos irrigados de las haciendas. Contemplando las grandes extensiones de tierra en la falda de las colinas que los hacendados nunca han cultivado. Esperan y miran y ahorran con una fija determinación, hasta que, finalmente, sus ahorros se ven recompensados con la tierra. Más que en cualquier otra región del Ecuador, en Otavalo los indios han comprado tierras, reduciendo, año tras año, la propiedad de las haciendas, porque la tierra constituye para ellos una pasión que llevan siempre en sus corazones. Trabajan y ahorran. Ahorran para comprar tierras.

◀ Detrás de Otavalo se levanta la larga y baja colina de Reyloma, una barrera

entre el mundo blanco y la comunidad indígena que se extiende a las faldas del Imbabura y alrededor del Lago de San Pablo. La carretera y la línea férrea dan vueltas en suave pendiente, pero los senderos de los indios van derecho hacia arriba. Los indios que regresan del mercado a sus hogares miran abajo el pueblo de Otavalo, con sus calles rectas, sus casas de paredes blancas y techos de teja roja, los campanarios de las iglesias y las anchas plazas. Este es el modelo traído al valle, hace cuatro siglos, por los conquistadores españoles. Un orden extraño que les privó de su derecho y de su Valle. Aún la línea férrea, serpenteando sobre las colinas en dirección a Quito, envuelve el mundo de los indios en sus bandas de acero.

El sendero avanza por la cima de la colina. La hierba de páramo se extiende hacia uno y otro lado. Al Occidente están Otavalo y las haciendas del Valle; al Este las montañas y las aguas frías y azules del Lago de San Pablo que, como una hoja de navaja, cortan el paso del majestuoso Imbabura. Los indios se detienen con sus ponchos flotando como alas. Algunos ponen sus cargas en el suelo; otros, de pie, respiran profundamente en este ámbito de nubes y montañas. Sus tierras se asientan al otro lado del Lago en un laberinto de pequeños campos y pequeñas casas que se extienden hacia arriba en las faldas del Imbabura, en una curva cada vez más empinada.

Cada uno mira su propio hogar y su parcela. Ahí está su maizal, un punto dorado en el inmenso tapete de torcidos bordes. Y, exactamente a la izquierda, que fácil es ver la tierra obscura y rica del campo que fue arado ayer. Claramente, sus ojos siguen el serpenteante sendero que pasa por la casa del amigo. Aquí se pierde en el follaje obscuro de los eucaliptos. Ahí continúa nuevamente hacia abajo



por las pendientes hasta el Lago. El mundo extraño queda en el olvido. Ante él se extiende la abundante madre tierra bajo el ceñero pico de Taita Imbabura, padre de todos los misterios. Ante él está su pasado y su futuro. Un destino tejido en un modelo inmemorial de tierra, semilla y cosecha. Ante él están no una parcialidad sino una serie de parcialidades divididas unas de otras por un río, una quebrada o un derrumbe. Cada parcialidad representa un sistema bien integrado de tierras privadas, cada propiedad separada de las de su vecino por cercas de agaves, piedras y paredes de tierra. Las casas no están juntas formando un pueblo sino diseminadas sobre los campos cultivados, cada casa cuidando y vigilando la propiedad de la familia. Las parcelas son generalmente muy pequeñas, pero cada metro están intensamente cultivado. Cada metro debe rendir su cosecha al trabajo laborioso del agricultor indígena.

Un murmullo se desprende del grupo. Riendo, cargan sus fardos y en una larga fila descienden por el sendero que conduce al Lago. A ambos costados, los campos de trigo se mecen al viento. Por todas partes hay parcelas cuidadosamente cercadas, parcelas de frijol, parcelas de maíz, y aquí una choza de bajareque, allí una casa moderna de paredes de tapia con techo de teja roja.

El sendero desciende inesperadamente, llegando de una vez al nivel del Lago. Aquí el sendero se une al camino bastante transitado que sigue por las orillas del Lago de San Pablo. El camino está lleno de indios que han preferido la vía más larga, alrededor de la colina. Muchos llevan pesados fardos, pero otros caminan libremente, tambaleándose por el alcohol que han bebido en las tabernas del camino. Algunos están tristes, hablando plañideramente consigo mismos de las mil dificultades que presenta la vida. Pero otros van cantando y gritando. Llamando a las montañas, llamando al resplandeciente lago y a las frescas y verdes totoras que se mecen a lo largo de la orilla, llamando a las vacas que casi enterradas en las claras aguas del Lago mastican las hierbas acuáticas. Llamando a las muchachas que están lavando en la orilla, porque se acercan a sus hogares. Son felices.

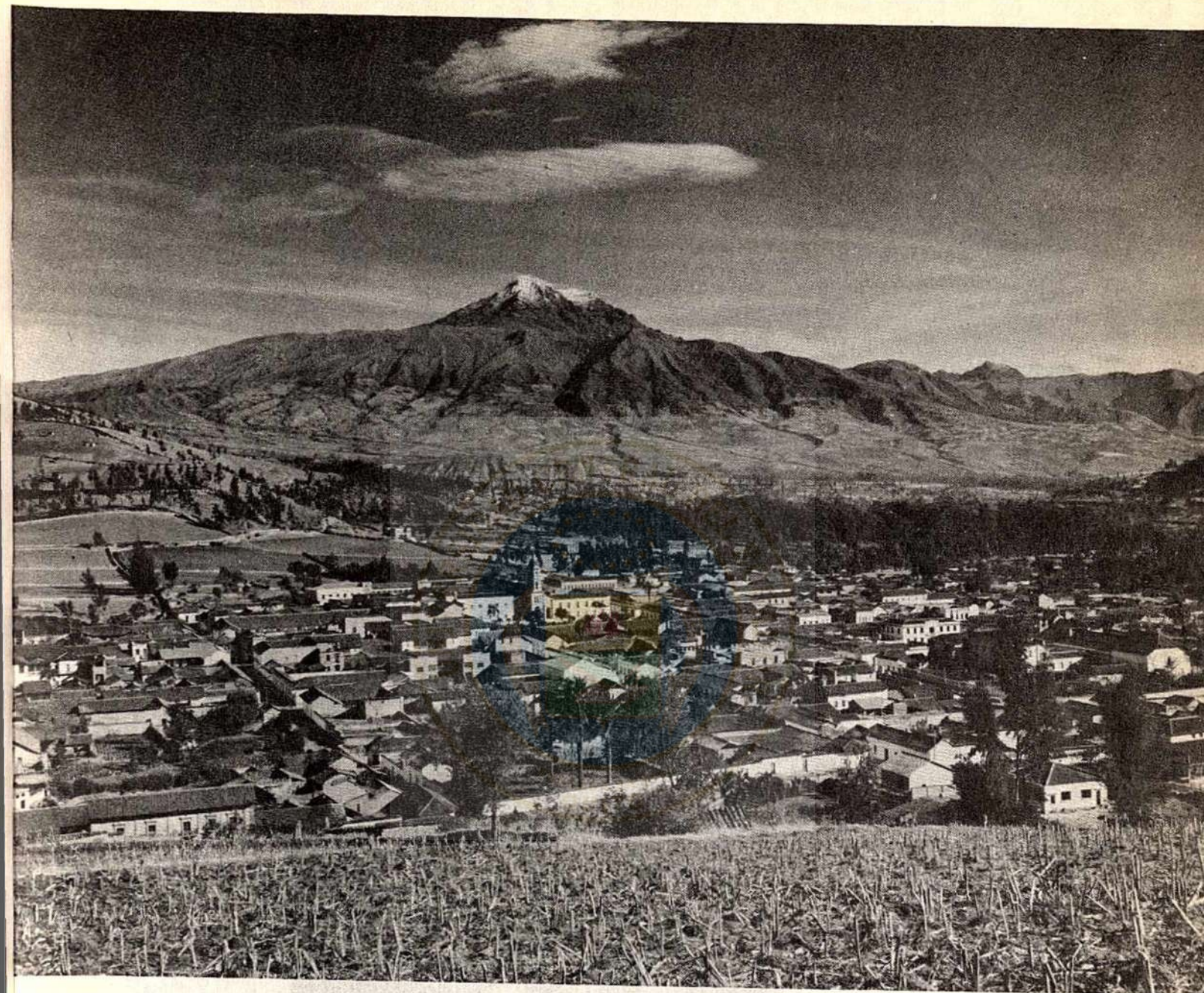
En el centro de la parcela recién arada se levanta una casa, el comienzo y el fin de todo viaje; los cansados ojos del indio la saludan. Cada detalle familiar es saludado con una amorosa mirada. Sus sólidas paredes de tierra, la inclinación especial de su empinado techo de paja que no se parece a ningún otro. Esto no es únicamente el hogar; es el centro de todas las cosas, es todo el mundo, todo lo que la vida puede dar al agricultor indígena. Seguro y callado, entra en su casa.



por las pendientes hasta el lago. El mundo extraño queda en el olvido. Ante él se extiende la sorprendente madre tierra bajo el cenizo pico de Taita Inaburra. Parte de todos los misterios. Ante él está su pasado y su futuro. Un destino lejano en un modelo inmemorial de tierra, semilla y cosecha. Ante él están no una parcelada sino una serie de parcelados divididos unas de otras por un río, una quebrada o un derrumbe. Cada parcelado representa un sistema bien definido de tierras privadas, cada propiedad separada de las de su entorno por cercas de alfileres y paredes de tierra. Las casas no están juntas formando un pueblo sino distribuidas sobre los campos cultivados, cada casa rodeada por un jardín la propiedad de la familia. Las parcelas son generalmente muy pequeñas pero cada una está intensamente cultivada. Cada metro debe rendir su parte al trabajo laborioso del agricultor indígena.

Un murmullo se despierta del grupo. Riendo taragan sus labios, se van largos fila descendiendo por el sendero que conduce al lago. A sus alrededores los campos de trigo se mecen al viento. Por todas partes parcelas cuidadosamente cercadas, parcelas de frijol, parcelas de maíz y aún una zona de pajonales. Allí una casa moderna de paredes de yeso con techo de teja roja.



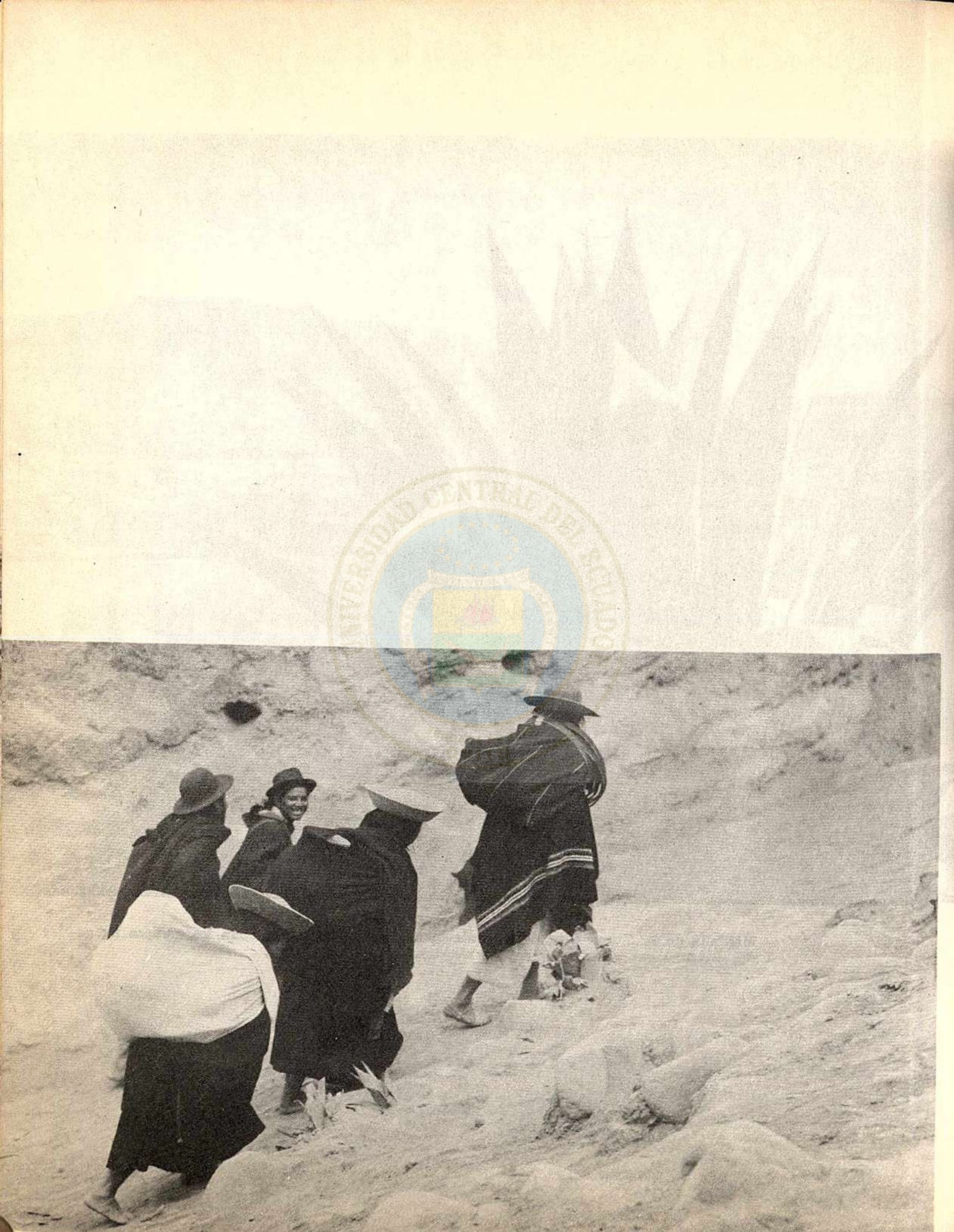


El pueblo de Otavalo es el mundo del hombre blanco. Los indios entran a él con desconfianza y salen con gusto hacia la paz y tradición de sus montañas.





Más allá de la última casa de la gente blanca del pueblo, comienzan los campos indígenas cercados por grandes plantas de maguey.





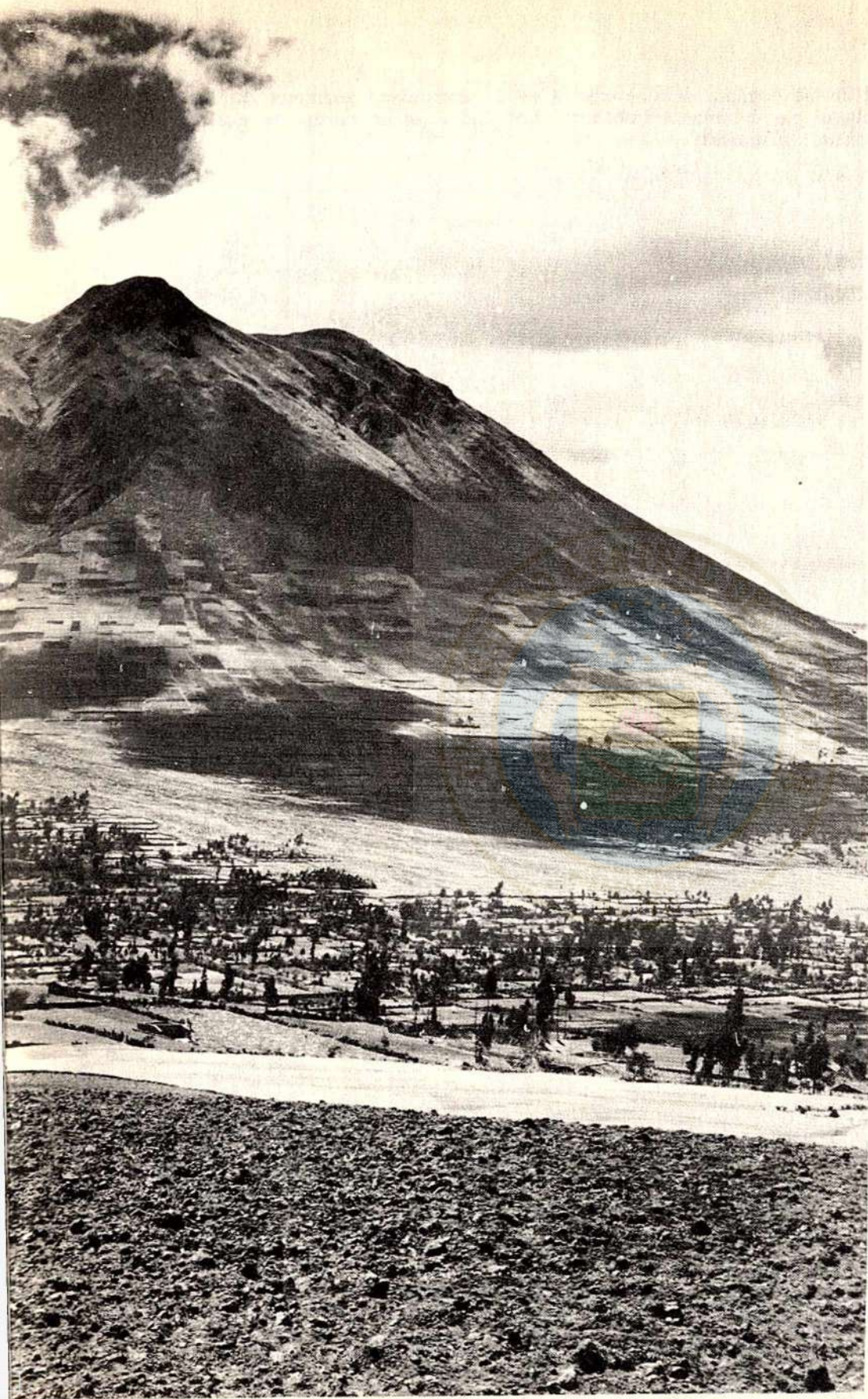
La mayor parte del Valle pertenece a ricos hacendados, quienes a menudo dejan sus tierras ociosas; pero las colinas pertenecen a los indios y allí cada centímetro está trabajado con cariño.



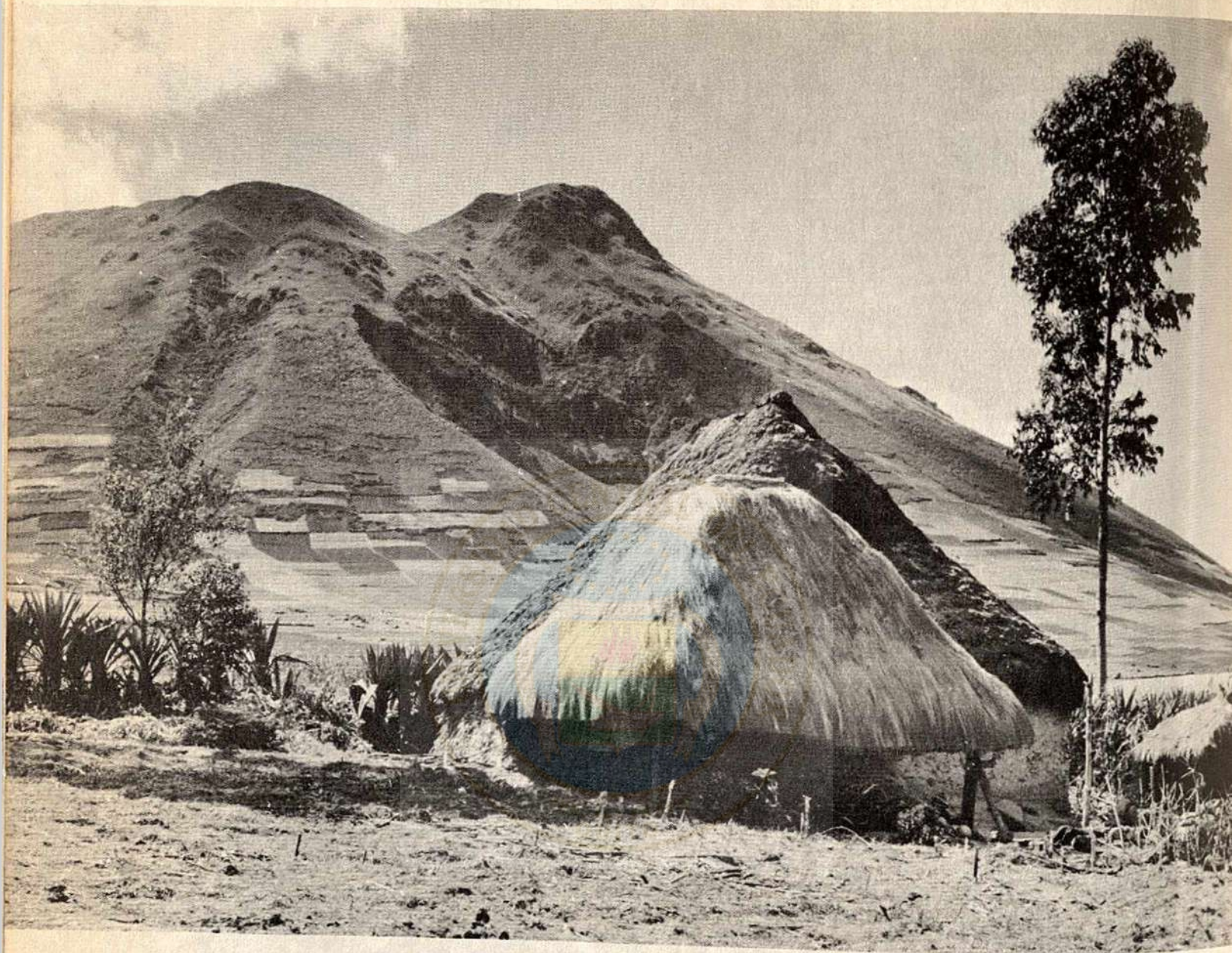


Las carreteras en los Andes están llenas de curvas que hacen perder el tiempo; los indios prefieren sus propios senderos que avanzan en línea recta sobre las colinas.





Parcelas indígenas
en los declives del
monte Imbabura.



Por fin en la casa. El indio vuelve al centro de su vida —su tierra—, de la que nace toda prosperidad, y su hogar, que es el fin de todo su trabajo.

LA JORNADA DEL INDIO





AGRICULTURA

Para el indio, el día se extiende del amanecer al anochecer. A menudo comienza su día de trabajo en la obscuridad. Antes del desayuno asciende por los senderos pedregosos hacia su parcela en la montaña, a arar y cultivar mientras el rocío está todavía sobre la tierra, o a cosechar cuando el sol de la mañana está brillante y caluroso, porque para el medio día puede estar nublado, pueden comenzar a soplar los vientos fríos y la llovizna andina puede envolver la tierra de los páramos. A las cinco de la mañana, el agricultor está en camino, arreando sus bueyes y llevando sobre sus hombros el arado de madera. Le sigue su esposa llevando un azadón, y su hijo o hija cargando un atado de maíz tostado para el almuerzo. El indio otavaleño, como todos los indios de la región andina, es sobre todo agricultor. Sus antecesores labraron la tierra desde los tiempos más antiguos. Mucho antes de la llegada de los Incas ya cultivaban el maíz, varias clases de frijol, papa y capulíes. Los Incas introdujeron nuevas variedades de tubérculos, yucas, ocas, camote y maní. Más tarde, los españoles llegaron con una gran variedad de plantas, especialmente cereales, hortalizas y frutas.

La variedad de las cosechas en los Andes está determinada no por las estaciones, sino por la altura. En los valles y en la orilla húmeda del Lago, crecen casi todos los productos de la zona templada —maíz, frijol, calabazas, hortalizas y muchas otras plantas. Conforme los campos se extienden hacia la montaña, la tierra es más seca y las noches más frías. Aquí el maíz, el frijol y las arvejas son los principales productos; pero conforme se sigue ascendiendo a la montaña, el trigo y la cebada reemplazan al maíz. Y más arriba aún, donde estos granos europeos no crecen, el grano nativo de los Andes, la quinua, todavía se produce. Muchas clases de tubérculos se cultivan. Las variedades cambian con la altura. Finalmente, a una altura de diez a once mil pies, aún los agricultores indígenas tienen que detenerse. A estas alturas, la única planta que puede crecer es una pequeña papa, apenas más grande que un maní.

Es posible que en tiempos pre-incaicos la única herramienta agrícola en la sierra ecuatoriana haya sido la **chaquitaclla** —un palo afilado en un extremo y endurecido al fuego—. Con este instrumento se pueden hacer agujeros para echar las semillas y se puede aflojar la tierra alrededor de las plantas sin tener que arar todo el campo. Los conquistadores Incas introdujeron pocos

cambios en esta técnica, porque ellos también usaron la **chaquitacla**, pero la suya había sido mejorada con la adición de un travesaño que permitía al agricultor enterrar el palo en la tierra empujándolo con el pie y el peso de su cuerpo. Las principales innovaciones de los Incas no fueron en cuanto a herramientas y plantas, sino en los métodos agrícolas. Introdujeron fertilizantes, canales de irrigación y los andenes o terrazas en las faldas de las montañas. La más importante contribución de los españoles a las técnicas nativas fueron las herramientas de hierro —el arado, el azadón, la pala— y el uso de animales de tracción, bueyes y caballos. Actualmente los indios usan arados de madera con puntas de hierro trabajados por el herrero del pueblo. Aran con una yunta de bueyes de su propiedad o alquilados.

Las siembras son en noviembre, que es un mes de lluvia, y tan pronto como la humedad ha aflojado la tierra, comienzan a arar. El agricultor ara el campo en una dirección y luego vuelve a ararlo siguiendo en ángulo recto. Luego desnuda la tierra con una rastra de tres palos amarrados en triángulo y lastrada con piedras. Abandona el campo por uno o dos meses hasta que se pudre la tierra y, finalmente, vuelve a ararla formando los surcos para la siembra. Siempre que es posible, los indios siembran inmediatamente después de haber hecho los surcos. Mientras el agricultor anima a los bueyes, su esposa e hijos posiblemente con la ayuda de un vecino, caminan detrás del arado dejando caer las semillas en los surcos. Pero si la siembra se demora hasta el siguiente día, el agricultor usa una **chaquitacla** o una pala angosta de madera, avanza a lo largo de los surcos haciendo agujeros a iguales intervalos y colocando en cada uno, de cuatro a seis granos de maíz; la esposa le sigue detrás depositando tres o cuatro granos de frijol junto a los de maíz, cubriéndolos con la tierra que empuja con su pie.

Detrás de ella vienen los hijos que hacen nuevos agujeros en los cuales depositan de tres a cuatro granos de haba y los cubren de tierra. En los contornos de la parcela, y a veces en filas entre el maíz, siembran quinua. Finalmente, unas pocas semillas de calabaza al voleo sobre los surcos, y la parcela queda a merced de las lluvias.

Pronto el campo se cubre de tiernos retoños y la familia vuelve a la parcela para el primer beneficio, el deshierbe. Con palas y azadones nivelan los surcos aflojando la tierra y cortando las hierbas de raíz. Las malas hierbas, aquellas que vuelven a crecer, son arrojadas lejos, pero las buenas hierbas, aquellas que se secan rápidamente, se dejan en la superficie para que sirvan como fertilizante. Un mes más tarde viene el segundo beneficio en el que se vuelven a formar

50

los surcos con el arado. Después de otro mes viene el aporque con pala y azadón. Este es el último de los tres beneficios, con un mes de intervalo cada uno. En las tierras altas el maíz necesita solamente un beneficio, el deshierbe un mes después de la siembra.

Las flores del maíz se cortan a mediados de marzo para evitar que los vientos fuertes de abril quiebren la planta. Las flores sirven para alimento del ganado y a menudo se venden en el mercado. En abril, los primeros choclos están maduros. Desde entonces hasta cuando las plantas secan, una olla de choclos nunca falta en el fogón indígena. Entre julio y agosto se ha cosechado el frijol, algunas veces todavía verde, junto con los choclos, y otras ya seco, poco antes de cosechar el maíz. Los frijoles tiernos y los choclos desgranados, se hierven juntos para preparar el **chiflimote**, que se vende frecuentemente en el pueblo, listo para servirse. Las mujeres indígenas también comercian con las habas crudas y cocidas, y con calabazas verdes o maduras. Durante la cosecha del maíz, en agosto, toda la familia trabaja junta. Si la parcela es muy grande, algunos amigos son invitados a ayudar en la cosecha a cambio de un número de canastas de maíz, a más de los alimentos durante los días de trabajo. Los cosechadores avanzan equipados con una manta cuyas cuatro esquinas amarran juntas y se pasan por sobre el hombro. El saco así formado, cuelga bajo el brazo derecho; cada trabajador avanza por los surcos inclinando las cañas, arrancando las mazorcas y depositándolas en el improvisado saco. Cuando el saco está lleno, los indios regresan a la casa y depositan el maíz en el corredor. Las hojas de unas pocas mazorcas, las tiran hacia atrás y las amarran en pares para colgarlas en un palo o en una cuerda tendida bajo el techo del corredor o de la habitación. Las mejores mazorcas de maíz, aquellas de tusa larga y grano grueso, se escogen para semilla y se guardan separadamente. Terminada la cosecha, los indios forman una cruz con las cañas secas y la plantan encima del montón de maíz. Mujeres pobres pasan por los campos cosechados buscando mazorcas que no fueron vistas en las cañas o que cayeron al suelo.

Después de algunos días, las cañas secas se cortan con hoces y se las dejan regadas en el campo secándose para recogerlas un mes más tarde y formar con ellas un montículo llamado parva. En el día señalado para hacer la parva, todos los miembros de la familia y quizá algunos parientes y amigos, recogen las cañas en un solo lugar. El jefe de familia las arregla en un círculo capa por capa. Haces de caña van pasándole uno tras otro, y pronto la parva está tan alta que los haces tienen que ser lanzados al jefe de familia que está en la cima, de pie, recogiendo y arreglándolos en su lugar. Más tarde se utiliza una escalera para subir-

los. Cuando la parva está terminada puede alcanzar una altura de 3 o 4 metros. De esta manera las cañas secas del maíz se guardan durante el año. El ganado, especialmente los bueyes y vacas, se alimentan con estas cañas desde agosto hasta marzo. Para entonces el maíz está en flor y hay abundancia de hierba y hojas de maíz.

El trigo, la cebada, los choclos, la quinua, las lentejas, y a veces las arvejas y habas, se cosechan cortando los tallos o arrancando toda la planta. Así son llevados a la casa para que terminen de secarse. Más tarde se extienden en el patio y se las golpea con largos palos para que se abran las vainas y queden limpios los granos. La paja del trigo o cebada se guarda en parvas como las cañas de maíz.

Las estaciones secas y las estaciones húmedas no son las únicas guías para el agricultor indígena. Las fases de la luna y los días de la semana son también importantes. Los jueves y viernes son los días escogidos para sembrar porque en estos días los pájaros del cielo no hacen daño. Es considerado oportuno sembrar y cosechar por lo menos tres días después de la luna nueva porque de otra manera las semillas o las cosechas se pudren. Respetuoso de las tradiciones y costumbres antiguas, el agricultor indígena va por sus campos con la autoridad de generaciones devotas al trabajo. Con su sistema de agricultura de subsistencia intensiva, trabaja tranquilamente dentro del equilibrio de la naturaleza, estando sus cosechas tan ligadas a la tierra como la hierba al páramo en las montañas, o la totora al agua en las orillas del Lago.

Los indios aran tres veces preparando sus campos para la siembra. Utilizan el arado con punta de hierro y los bueyes traídos por los conquistadores españoles hace cuatro siglos.





La rastra indígena es tan simple como un arado —un triángulo de palos amarrados y lastrados con grandes piedras.

(1) Subiendo por la montaña y los pajonales. Una anciana continúa hilando mientras conduce su rebaño por un pedregoso sendero.



(2) Después de arar, el agricultor rompe los terrones con primitivo arado.



(3) En lo alto de la montaña los indios siembran tubérculos tales como papas y ocas, o cereales de clima frío como la cebada y la quinoa.





Muy de mañana los indios regresan a sus casas. Han terminado de arar y en el hogar les esperan muchas otras tareas.





Los indios transportan a la espalda la cosecha de frijol, y otras, de la montaña a la casa.



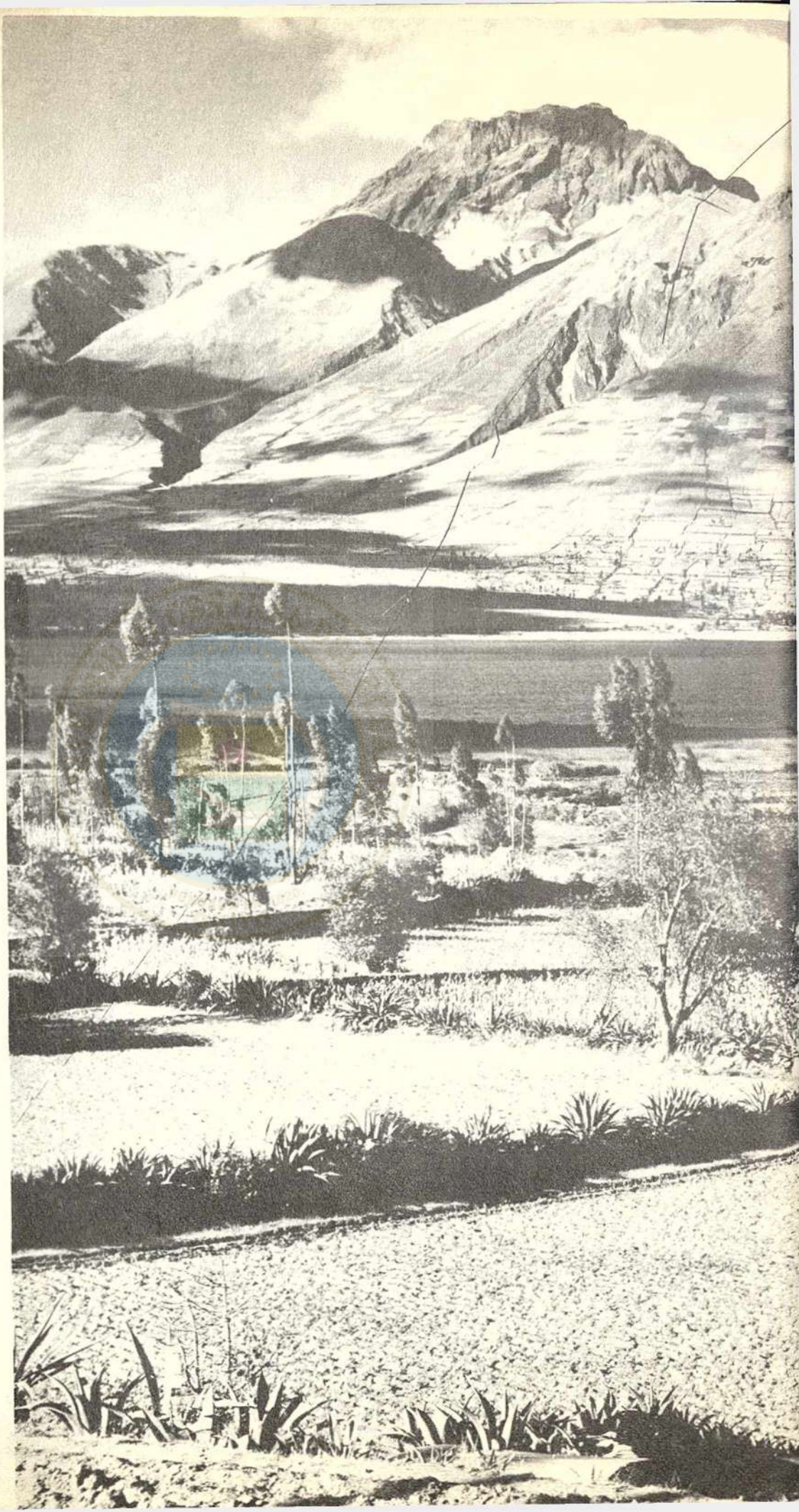
Muy de mañana los indios regresan a sus casas. Han terminado de arar y en el hogar les esperan muchas otras tareas.



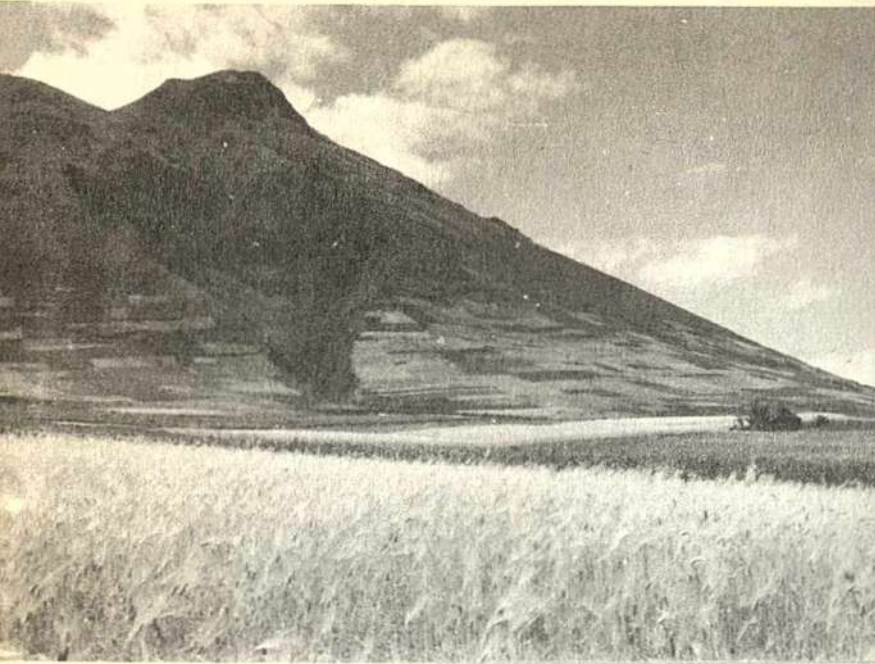


Los indios transportan a la espalda la cosecha de frijol, y otras, de la montaña a la casa.

Las parcialidades indígenas se extienden desde las orillas del Lago hasta muy arriba de la montaña.







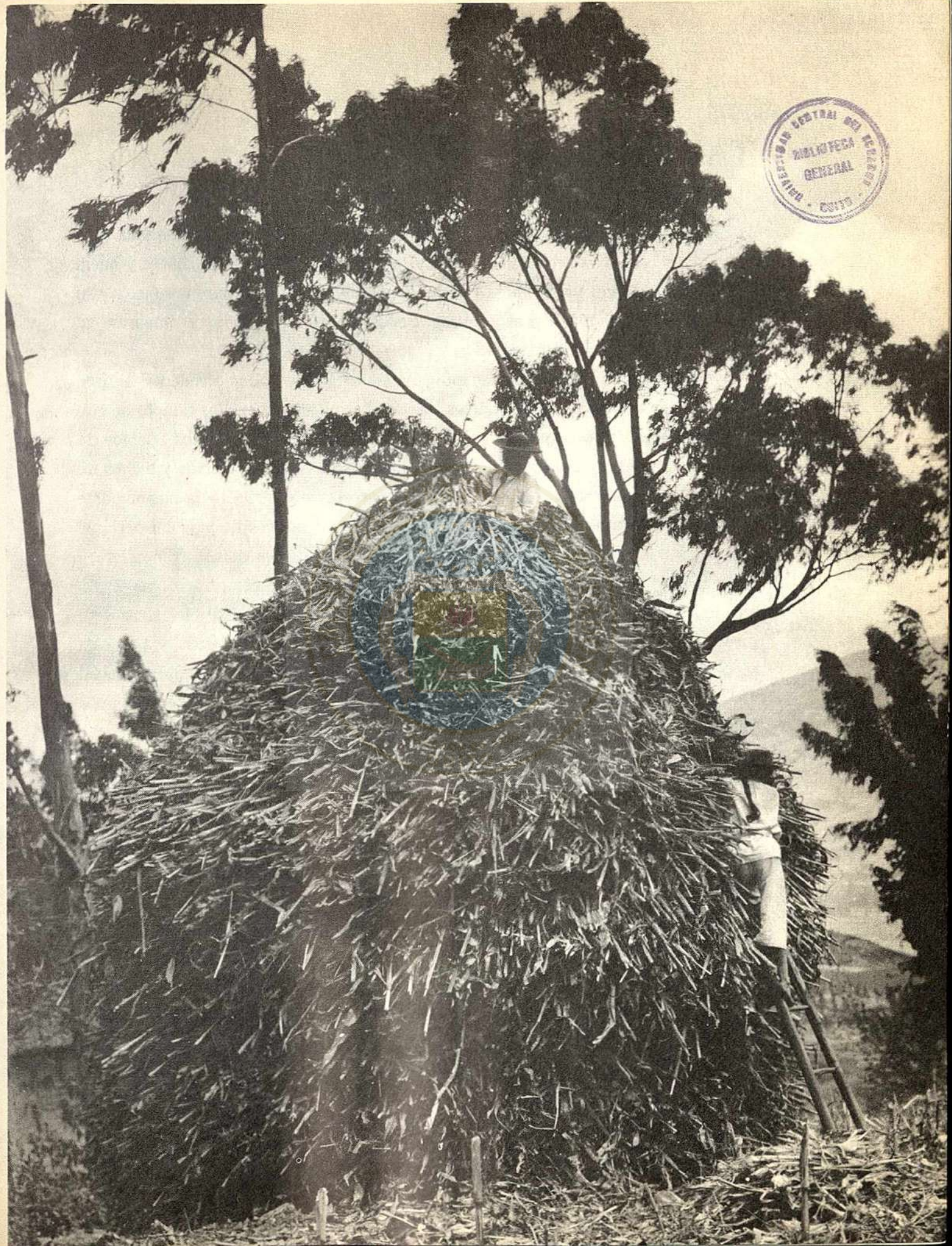
(1) Campos dorados de trigo y cebada se mecen al viento helado de los Andes.



(2) Las parcialidades indígenas son pequeñas pero prolijamente sembradas. Con una hoz, el agricultor recoge su preciosa cosecha de cebada.



(3) El maíz es la base de la vida. Recogen y guardan cuidadosamente en sus hogares cada mazorca de maíz. Las cañas se las arregla en parvas para alimento del ganado.



TAREAS DEL HOGAR

La Vida se mueve constantemente en el hogar indígena. La pequeña casa es el centro de actividad de todos. De ella todos salen a sus labores y hacia ella regresan los productos de todas sus energías. Aquí guardan su maíz y su frijol y la lana para tejer. Las gruesas paredes protegen sus vidas y amparan su prosperidad ganada duramente.

Las casas de una parcialidad indígena no están asentadas alrededor de una plaza como en los pueblos españoles. Están diseminadas sobre los campos de cultivo, cada casa en su pequeña parcela. En las parcelas cercanas a los pueblos, la mayor parte de las casas están hechas de paredes de tierra apisonada y techos de teja española comprada en el pueblo. En las parcelas más aisladas, la mayor parte de las casas están hechas de bajareque, con techos empinados de paja del páramo. Las casas con techo de teja son generalmente más grandes que las chozas, pero los planos son los mismos. Ambas consisten de una sola habitación sin ventanas, con una pequeña puerta que se abre hacia un corredor. No hay cielos rasos ni pisos. Frente al corredor se extiende un patio de tierra apisonada, y a un costado de él un pequeño huerto donde los indios cultivan hierbas medicinales, coles, una pocas cebollas y —por ser indispensables en la práctica de brujería— unos pocos claveles.

El corredor de la casa indígena es el taller donde se realiza casi todo el trabajo diario. Aquí la luz es buena para trabajar, el techo le protege de la luz deslumbrante del sol y la pared de la casa le guarda de los vientos polvorientos y corrientes. En el corredor de casi todas las casas hay un telar español, un telar indígena, o los dos. La piedra de moler, también está en el corredor, donde se muele el maíz para la **mazamorra** diaria, o donde la cebada o la **chuchuca** —granos verdes de maíz medio hervidos y secos— se preparan para la sopa.

Los indios nunca están ociosos. Trabajan a un ritmo continuo y sin prisa, cambiando de ocupación de cuando en cuando, cada vez que se sienten cansados. Mientras la madre prepara la comida del medio día, el padre puede uncir los bueyes para arar la parcela cercana o trabajar con el azadón aporcando las pequeñas plantas de maíz. En el momento de calor al medio día, se pueden sentar en el corredor a tejer un poncho, una faja, o una pieza de bayeta para faldas de mujer. Quizá se ponga a torcer una cuerda con las fibras que ha extraído de las hojas de cabu-



ya que crecen a orillas de los campos. Los muchachos y muchachas más jóvenes pastorean a las ovejas y a los cerdos por las colinas y quebradas. Los más grandes trabajan con sus padres, los muchachos aprenden a cultivar la tierra y a tejer. A las muchachas se las enseña a cocinar y a bordar, a hilar la lana y el algodón con el huso o con la rueca, a lavar y a coser.

El hilado y el tejido se realizan todo el día en el industrioso hogar indígena, porque no solamente son los tejidos la principal fuente de negocios y de dinero, sino que casi todos sus vestidos son hilados y tejidos por ellos mismos. No en todas las casas se tejen todas las clases de telas, pero casi todos tejen algunas de las muchas variedades que se utilizan para el vestido indígena.

En toda la región de Otavalo usan generalmente los mismos vestidos. Sin embargo, hay muchos detalles del vestido que distinguen a los indios de una comunidad de los de otra. Por ejemplo, en las comunidades alejadas de los pueblos, las mujeres cosen todos los vestidos de la familia, mientras que en las comunidades cercanas a los pueblos estas prendas son hechas por costureras profesionales en máquinas de coser.

El hombre indígena usa camisa y calzones de una gruesa y blanca tela de algodón tejida en el telar español, o de una tela similar hecha en las fábricas ecuatorianas. Los indios que viven en estrecho contacto con el pueblo, generalmente visten camisas con puños y cuellos de una tela blanca más fina, comprada en los almacenes. Las costureras en el pueblo bordan el cuello, los puños y la pechera en sus máquinas de coser con diseños geométricos y con hilos de colores vivos. Cuando los indios mismos cosen sus camisas, bordan el cuello y puños con pequeñas figuras estilizadas -un caballo, un perro, un hombre pequeño o un sol naciente- casi siempre con hilo rojo de lana. Los pantalones cortos les llegan hasta poco más abajo de la rodilla y no tienen ningún adorno.

Sobre este vestido de algodón, el indio usa uno y a veces dos pesados ponchos de lana de brillantes colores. Si es rico, tendrá un poncho de dos caras, de un color por un lado y de otro por el revés. Estos ponchos se tejen en telares precolombinos. Se caracterizan por la ancha faja de cuero con que el tejedor se ata a la varilla que sostiene la urdimbre. Cuando se inclina para atrás, el tejedor da la tensión necesaria a la urdimbre. Las fajas se tejen siguiendo este mismo procedimiento; aunque su urdimbre puede ser solamente una pulgada y media de ancho.

Hombres y mujeres usan sombreros de fieltro, que es una parte muy valiosa del vestuario. El sombrero del indio puede ser típico, de fieltro duro y pesado, con copa redonda o ligeramente cónica y de alas anchas y curvadas, pintado de



blanco con almidón o de rojo con polvo de ladrillo. O también puede ser un sombrero de suave fieltro europeo. El estilo de los sombreros varía poco de una comunidad a otra. En las comunidades cercanas a los pueblos, el sombrero de fieltro europeo empieza a predominar entre los hombres jóvenes. Las mujeres siempre usan el de fieltro duro y pesado. De vez en cuando los indios usan sandalias con suela de cuerda de cabuya y cubiertas de tela, o simplemente suelas de cuero o de llantas viejas de automóviles, que se amarran al pie con correas. Las mujeres casi nunca usan sandalias de ninguna clase.

La mujer usa una camisa de muselina blanca tejida en la casa o hecha en la fábrica, que llega hasta los tobillos. Casi siempre las mujeres bordan esta prenda alrededor del cuello y de las cortas mangas, o hacen que se las borde alguna india o mestiza que hace de ello su negocio. En lugar de esta camisa bordada, las mujeres indígenas de comunidades aisladas, frecuentemente usan un rectángulo de tela color crema, enrollado al cuerpo en forma de túnica y sujeto a los hombros con prendedores de plata o cobre. Esta túnica responde a la descripción dada en las antiguas crónicas del vestido pre-hispánico.

El resto de la indumentaria de la mujer indígena está hecho de rectángulos de tela de algodón o lana, que pueden estar bastillados en los bordes, pero que no tienen otra costura. La falta de cortes y confecciones indican lo antiguo de los modelos. Sobre su camisa, la mujer se envuelve una pieza rectangular de franela color azul marino o negro, para formar una falda, **anaco**, con un lado abierto que permite libertad de movimiento. Esta franela puede ser tejida por los mismos indios o hecha de un material importado más fino. La tela importada se borda a veces en la orilla inferior, con hilo de color y con dibujos geométricos. Una mujer indígena rica puede usar debajo de esta falda de franela color azul marino o negro, una de franela blanca. La **fachalina**, una pieza rectangular de algodón tejida por los indios en blanco o a rayas blancas y azules, tiene varios usos. La mujer indígena lleva una **fachalina** sobre sus hombros cubriendo su blusa y otra, convenientemente doblada, sobre su cabeza, a manera de sombrero. Sobre sus hombros también lleva una pieza rectangular de bayeta fina de lana, llamada rebozo, con borde inferior bordado con hilos de colores en diseños geométricos. Las indias ricas o de parcialidades cercanas a los pueblos, usan rebozos de bayeta importada de colores brillantes: azul, rojo y verde son los más populares. Las mujeres de las parcialidades usan únicamente rebozos de bayeta del país, azul oscura o negra, y cuando caminan visten solamente una **fachalina** de algodón sobre sus hombros y llevan el rebozo de lana sobre el sombrero o al brazo.

La falda de la mujer indígena está sujeta a la cintura con dos fajas. Una

ancha llamada "mamachumbi", o sea faja madre, de color rojo con bordes verdes, hecha de cabuya y lana fuerte como un cincho. Sobre esta faja se envuelve otra, larga y angosta, de muchos colores y diseños intrincados, llamada "guaguachumbi", o faja niña, o simplemente faja. Cuando la mujer lleva sombrero, éste está colocado sobre la fachalina que le cubre la cabeza.

Ningún vestido está completo sin las joyas. Las mujeres indígenas gozan llevando muchas sertas de mullos, algunos dorados o brillantes, otros de coral, otros rojos. El pecho de una mujer rica puede estar lleno de corales. De sus orejas cuelgan pequeñas sertas de corales verdaderos o falsos. En las muñecas se envuelven largas sertas de coral o mullos, a modo de pulsera y como lugar para guardar sus monedas. Tanto los hombres como las mujeres, llevan muchos anillos, tres o cuatro en cada dedo de ambas manos. Estos anillos son siempre de cobre aunque unos pocos pueden ser de plata. Están adornados con piedras de vidrio de color





En la familia indígena no hay desocupación. Los hombres están en el campo, las mujeres lavan en el Lago; mientras tanto la industria textil en el hogar sigue sin interrupción —las tareas de hilado y tejido y el trabajo de la casa continúan desde el amanecer hasta el anochecer.

(1) Solamente los indios que están en estrecho contacto con la población blanco-mestiza, mandan a coser sus vestidos con las costureras de los pueblos.



(2) Todos los demás cosen sus vestidos ellos mismos y bordan sus blusas hábilmente y con buen gusto.



(3) La mujer indígena se enorgullece de sus hermosos vestidos y cuando tiene visitas le gusta ponerse los mejores, aun para realizar las simples tareas domésticas.





Las primeras telas indígenas fueron tejidas de algodón. En la actualidad, todavía hilan el algodón con el mismo método utilizado hace siglos.

El tejido de fajas es el más sencillo y probablemente la más vieja de las actividades textiles. Fajas de colores con diseños geométricos o figuras estilizadas, son parte importante de los vestidos de la mujer indígena.





Todo hombre debe tener su poncho en las frías montañas del Ecuador. Sentado junto a su aparato para urdir, el tejedor comienza a transformar el hilo en un hermoso poncho.

El telar indígena con su urdimbre sin fin es de tan complicada operación como de simple diseño. Hay una sola manera de tejer un poncho y es la manera como los indios los han tejido mucho antes de la llegada de los blancos.





Muy lejos de los hogares indígenas, al pie del Imbabura, están las aguas resplandecientes del Lago de San Pablo. Muchos senderos conducen a sus orillas. Durante todo el día los indios van y vienen porque aman al Lago. Con cualquier pretexto suspenden su trabajo y se encaminan a la orilla cubierta de vegetación verde y fresca, posiblemente a buscar una vaca extraviada que casi enterrada en el agua, se alimenta con hierbas acuáticas.

En las calientes, los indios lavan su lana en las aguas frías del Lago y de los ríos.

(1) En las aguas frías del Lago, los indios lavan su lana antes de hilarla.



(2) Llegan al Lago a lavar sus vestidos, a bañarse y lavar su largo y brillante cabello.



(3) Llegan también a llenar sus cántaros de barro con agua fresca para llevar a la casa.





Llevando a la casa su caballete, un haz de totora que flota en el agua y sobre el cual cabalgan como si fuera un caballo.

En sus caballetes, los indios navegan impulsándose con un remo, por los pantanos en busca de huevos de aves o de hierbas, o para cortar totora. Con la totora tejen esteras y aventadores que indios y blancos de todo el Cantón compran en la feria semanal.



ALIMENTACION Y DESCANSO

Desayuno, almuerzo y cena no tienen para el indio un horario preciso. El desayuno puede servirse en la montaña mientras la familia descansa junto al arado —un puñado de maíz tostado, al tiempo que el sol se levanta detrás de la montaña. El almuerzo y la cena se sirven cuando la fatiga y el hambre vencen a los trabajadores. A veces las comidas se preparan en el corredor, pero más comúnmente en el interior de la casa. Son siempre comidas sencillas, preparadas pacientemente sobre el fuego hecho con ramas, cañas secas y hojas de maíz.

Solamente donde hay sol hay calor en las regiones altas del Ecuador, por esto la habitación de la casa indígena es oscura, húmeda y fría. Junto a una pared, o en el centro de la habitación, está la cocina donde tres piedras forman un fogón en el cual cocinan. Detrás de él están las paredes negras debido al humo. Arriba, las vigas están llenas de hollín y el humo encuentra su escape a través de las tejas o de la paja del techado. La leña es escasa en los Andes y por eso la cocina indígena es simple. Entre comidas, las brasas se amontonan para que se conserven hasta la comida siguiente. Los fósforos son caros, y si el fuego se apaga, la mujer se encamina donde el vecino más cercano en busca de unas pocas brasas.

Arrimadas a la pared están las vasijas de varios tamaños, de boca ancha, para guardar el agua y la chicha, bebida nativa que se hace con maíz fermentado. Diseñadas para ser llevadas a la espalda, las vasijas tienen bases cónicas, y para que puedan pararse deben ser enterradas casi hasta la mitad. Aquí y allá, pequeñas estacas sobresalen de la pared para colgar los vestidos, atados de lana, ruedas para la rueca y otros diversos objetos. Alrededor del fogón están las ollas y cazuelas de barro para cocinar, los tiestos para tostar el maíz y cucharas y cucharones de madera. Estos son los utensilios de cocina indispensables que se encuentran en todo hogar indígena. En las cocinas indígenas a las que ha llegado la influencia de la cultura occidental, a este equipo básico se agregan utensilios europeos. Junto a las ollas de barro están los calderos de metal; junto a los platos de barro hay uno o dos de china o peltre; junto a la cuchara de madera están algunas de metal.

En un extremo de la habitación, una escalera conduce a una plataforma hecha con cañas de bambú asentadas sobre las paredes de la casa, debajo del techo. Aquí el maíz y otros granos se conservan seguros y secos. En una esquina de la habitación hay una plataforma baja sobre la cual se coloca una estera, una piel



El maíz tostado es la base de la alimentación. Las mujeres tuestan el maíz todos los días porque nunca debe faltar en la mesa indígena.

un puñado de maíz medio tostado y la harina que obtiene la cocina en un cazo de cerda de caballo. Hecoras al fuego, con un poco de sal, tocinos y una rama de cebolla en el agua hirviendo. Luego agrega la harina y la mueve con un cucharón de madera hasta que se deshaga. Pasa una buena parte, las lava y trita con unas cuantas hojas de col, las añade a la sopa de maíz. Cuando las papas y la col están cocidas, la espesa sopa o matamoras está lista para servirse.

La familia se reúne alrededor del fuego, sentada sobre la tierra o sobre pequeños bancos de madera. La madre pasa la olla de la cocina a la plaza de

curtida y varios ponchos. Esta es la cama del indígena. En algunas parcialidades, los indios duermen en el centro de la habitación, cerca del fuego que arde lentamente toda la noche. En otras duermen en el corredor, sobre una estera o sobre una piel de ganado. En el lado opuesto a la puerta se ve un nicho cavado en la pared, donde los indios conservan los objetos religiosos que quieren tener.

Los cobayos corretean en la habitación. Uno o dos perros duermen en el corredor o en el patio. Las gallinas van por todas partes en busca de alimento y por la noche duermen en las ramas de un lechero o en un palo amarrado bajo el alero de la casa con ese propósito. En las esquinas del corredor cuelgan de las paredes canastas con un poco de paja, donde las gallinas ponen sus huevos.

Aquellos que viven en parcialidades alejadas de los pueblos, se alimentan casi exclusivamente con los productos de su propia tierra y compran en el mercado sólo un poco de sal, grasa o cebollas. Los que viven en parcialidades cercanas a los pueblos casi siempre suplementan los alimentos producidos por ellos con otros que compran en tiendas y mercados.

El maíz es el alimento básico de todos los indios. Cada día la mujer indígena sube a la plataforma del depósito a llenar una canasta con mazorcas de maíz. Lo desgrana, prende el fuego y coloca el tiesto sobre las tres piedras del fogón. Alimenta el fuego con cañas de maíz y tusas o con ramas secas que ella misma ha recogido, con la ayuda de su esposo o su hijo, en las quebradas de la montaña. En la superficie plana del tiesto pone unos cuantos puñados de maíz que mueve con una cuchara de madera o con una tusa. Sus movimientos son precisos y rítmicos. El maíz en el tiesto se mueve de aquí para allá, tostándose uniformemente. De vez en cuando aviva el fuego soplando a través de una caña hasta que el maíz queda dorado. Deposita el maíz tostado en una canasta para que se enfríe y cuidadosamente regresa el tiesto a su lugar, contra la pared.

Ahora, la mujer indígena acerca las tres piedras del fogón y coloca sobre ellas una olla grande de barro. La llena con agua que saca de la vasija con un mate. Mientras se calienta el agua, sale al corredor donde muele, en la piedra de moler, un puñado de maíz medio tostado, y la harina que obtiene la cierne en un cedazo de cerda de caballo. Regresa al fogón, pone un poco de sal, manteca y una rama de cebolla en el agua hirviente. Luego agrega la harina y la mueve con un cucharón de madera hasta que se disuelve. Pela unas pocas papas, las lava y junto con unas cuantas hojas de col, las añade a la sopa de maíz. Cuando las papas y la col están cocidas, la espesa sopa o mazamorra está lista para servirse.

La familia se reúne alrededor del fuego, sentada sobre la tierra o sobre pequeños bancos de madera. La madre saca la olla del fogón, llena los platos de

barro con la mazamorra caliente y los pasa a los miembros de su familia. La canasta de maíz tostado pasa de mano en mano y cada quien se sirve lo que quiere. Los platos son llenados de nuevo y, finalmente, el padre llena un plato para el perro y el gato que han estado esperando su turno pacientemente.

En la noche, la familia indígena se sienta por un momento en el corredor y el padre o uno de los hijos toca la flauta o el rondador. Las notas dulces y melancólicas de la música indígena se oyen primero en una casa y luego en otra. Las sombras de la noche bajan por los costados de la montaña. Una lámpara rústica de kerosene ilumina la choza con una llama roja. Los perros ladran a la noche. Poco tiempo después apagan la lámpara y la familia se acuesta a dormir.





Esta es la manera como han molido el maíz por cientos de años, y esta es la manera como será molido por muchos años más.

Sobre tres piedras, entre las cuales arde un fuego alimentado con cañas secas de maíz, colocan la caldera de hierro o la olla de barro para cocinar la mazamorra —sopa espesa de maíz—. La alimentación puede carecer de variedad, pero nunca de abundancia.



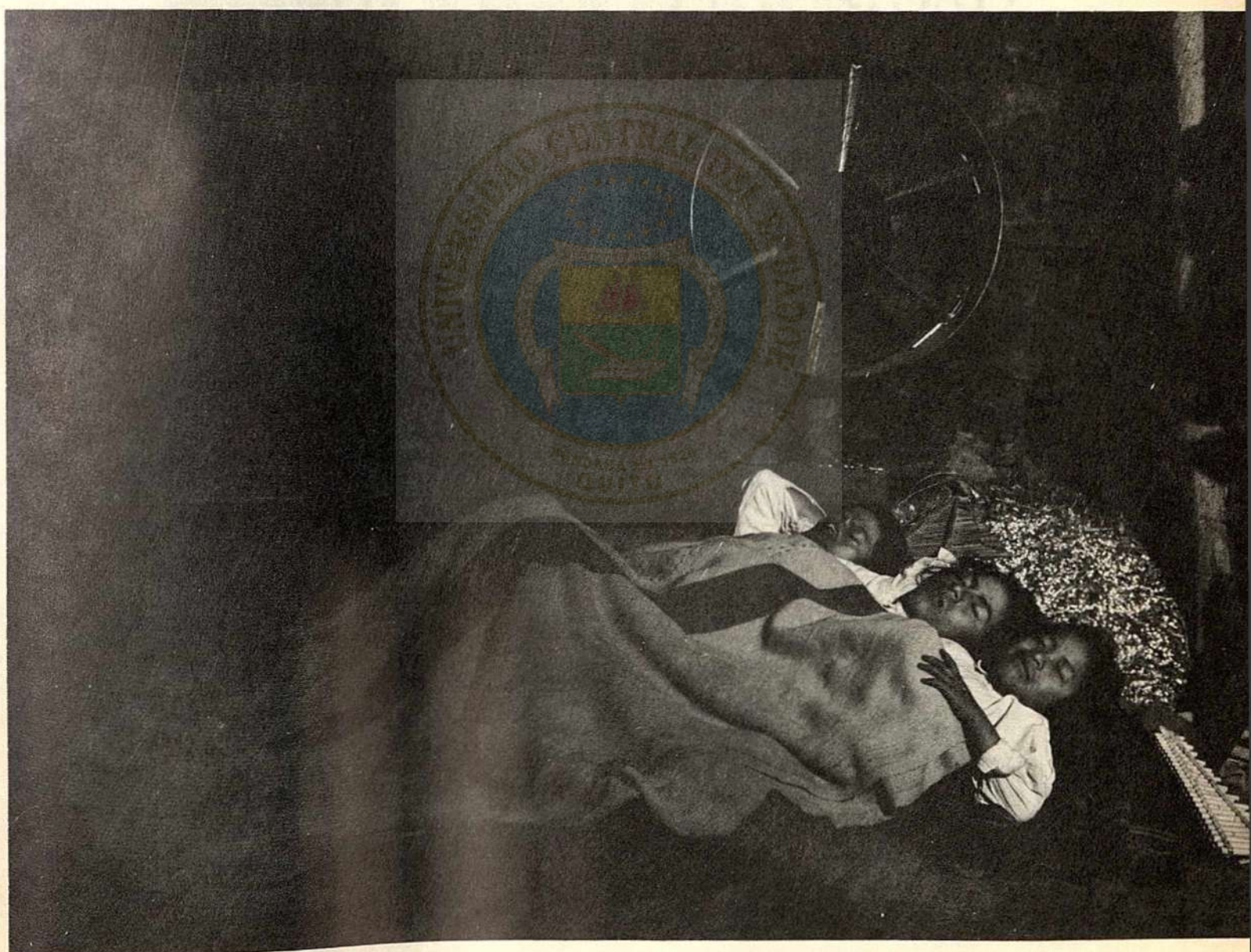






Terminado el trabajo del día, con el estómago lleno y la conciencia tranquila, es bueno gozar de un poco de música antes de acostarse.

Ha terminado el día. El padre y la madre duermen dentro de la casa, pero los hijos tienden una estera y duermen en el piso de tierra del corredor.



LA VIDA EN LA COMUNIDAD



ASUNTOS POLITICOS Y SOCIALES

La relación de los indios de Otavalo con el mundo blanco - mestizo que los rodea se ha desarrollado lentamente desde la conquista española hasta alcanzar un patrón definido de costumbres políticas y sociales que prevalecen actualmente. Los indios de Otavalo han vivido por siglos una vida de obediencia servil. Bajo el Imperio Incásico, su vida estuvo controlada por una ley indiscutible. Los conquistadores españoles continuaron con el patrón incásico, pero con un significado nuevo. Mientras la autoridad incásica tomó la forma de un gobierno benevolente, la autoridad española vino a significar una esclavitud social y económica. Con obediencia estoica, el indio andino se inclinó a esta explotación y hoy, gran parte de este patrón colonial, queda todavía en evidencia.

Hay tres clases sociales en el Ecuador actual llamadas generalmente blanca, mestiza e india. Originalmente estas clases representaban distinciones raciales —los conquistadores españoles y sus descendientes, los indios nativos y sus descendientes, y los mestizos. Actualmente, la composición racial está mezclada de tal manera que las diferencias físicas no son extremas, pero las designaciones se usan todavía para indicar distinciones sociales y culturales. Blancos son aquellos con alguna posición, riqueza o educación, que usan vestidos europeos. Los mestizos o cholos son generalmente más pobres, a veces muy pobres, con poca o ninguna posición social, que se visten a la manera tradicional de la España colonial; los hombres usan pantalones y sacos de tela de algodón, las mujeres faldas largas y chales. Indios son aquellos que todavía se identifican ellos mismos con las viejas culturas indígenas, que usan los vestidos indígenas, que llevan el pelo largo y que hablan el idioma indígena en vez del español. Afortunadamente, no existe un verdadero prejuicio racial. El hecho de que cualquier indio, si es que habla español, pueda convertirse en mestizo y aún en blanco mediante el simple abandono de su comunidad y el cambio de su vestido, es una indicación de que el abuso que se comete con el indio no se debe a su raza, sino a su posición humilde y resignada, asociada con su vestido y su cultura.

La discriminación social o de clase, sin embargo, es todavía muy real. En sus relaciones con los blancos o mestizos, los indios siempre se enfrentan a la explotación. Cualquier blanco o mestizo se cree autorizado para quitar una “prenda” a un indio —quizás su sombrero de alas anchas— para obligarle a trabajar en

un proyecto público o privado sin ninguna remuneración. Cuando aparecen blancos o mestizos en las comunidades indígenas, especialmente en aquellas alejadas de los pueblos, los indios, escondiéndose detrás de las cercas, miran a los extraños con suspicacia. La experiencia les ha enseñado que nada bueno pueden esperar de tales visitas, porque los indios han sido y son explotados sin piedad; se les ha mantenido y se les mantiene ^{continúa esto de de la explotación} en la ignorancia. Existen leyes para la protección del indio y para contener los abusos, pero las autoridades no las ponen en práctica. Excepto por estos abusos de las pequeñas autoridades, los indios no tienen conflicto con el gobierno. Temen a la ley y tratan de cumplirla aunque para ellos tiene poco significado.

El indio continúa en obediencia al mundo del hombre blanco y, sin embargo, sobrevive por virtud de una filosofía sutil que lleva muy dentro de sí. Se somete a humillaciones sin perder vitalidad en su vida indígena. Sus relaciones internas son con valores vastos y permanentes— las montañas, la lluvia, el sol y los vientos. Su contacto con estas fuerzas significa más para él que las motivaciones calculadas que caracterizan al mundo de los blancos. La fatiga de llevar una carga por las montañas en obediencia a los deseos del hombre blanco, no toca los centros de su vitalidad; no les humilla ni afecta en su orgullo y sentido de libertad como sucedería en el caso de un hombre blanco. Si el indio encontrara sus montañas profanadas, su lago sagrado destruido, su tierra ancestral arrebatada, perecería rápidamente. Pero si se le deja su antiguo patrón de arar y cosechar, si se le deja su tierra y sus misterios primitivos, puede soportar con dignidad el más pesado yugo.

La tierra de los indios alrededor de Otavalo está dividida en parcialidades o comunidades. Estas están basadas en los títulos dados por los primeros españoles, porque después de las primeras décadas de arrebatamiento indiscriminado de la tierra, los monarcas españoles instituyeron la política de asignar tierras a las comunidades indígenas. La propiedad de la tierra fue dada a las comunidades como tales, siendo posible dividirla entre los miembros de la comunidad, como en verdad sucedió, pero no podía ser enajenada a la comunidad. Mas como las mejores tierras de los valles ya habían sido tomadas para las haciendas de los españoles, la mayor parte de las tierras indígenas quedaron en las laderas de las montañas o en las lomas. A través de los años, los indios en la región de Otavalo han recuperado algunas tierras de los valles.

Las varias comunidades indígenas están claramente limitadas por accidentes geográficos. Las que se encuentran en las laderas de las montañas limitan por quebradas o derrumbes; aquellas de los valles, por ríos y caminos públicos; o una comunidad puede ocupar una pequeña colina. Algunas comunidades tienen más



Los indios respetan el orden y la paz. La violencia es castigada por la ley. Herir a otro es un crimen y el comisario del Cantón ordena que los culpables sean castigados.

(1) El indio culpable es arrestado y sentenciado.



(2) Tiene que ir a la cárcel.



(3) Otro desempeña ciertas tareas en las plazas, en el mercado y en las calles de Otavalo.



tierra que otras, ésta es mejor en unas que en otras; pero, a pesar de esta división desigual, los límites tradicionales se conservan y respetan.

Cada comunidad tiene su alcalde elegido en teoría por el voto directo de los indios, pero en la práctica nombrado por el teniente político de la parroquia a la cual pertenece la comunidad. Cada año el teniente político patrocina lo que en el Ecuador se llaman "elecciones libres", durante las cuales él nombra para cada comunidad indígena un comité compuesto por un presidente, vice-presidente, secretario, tesorero y síndico. Los indios no entienden estos nombres y llaman a todos los miembros del comité, alcaldes.

Los alcaldes indígenas no reciben sueldo, sirven "patrióticamente". Sus obligaciones verdaderas, no aquellas señaladas por la ley, consisten en ir de casa en casa reclutando los trabajadores que necesita el teniente político de la parroquia o algún otro empleado del gobierno, para realizar trabajos públicos o privados. Los indios así reclutados limpian las plazas, las calles o los caminos, o un huerto, un jardín o un corral particular sin recibir salario alguno. Cada vez que el teniente político, el comisario o el policía de la parroquia necesitan huevos, cuyes o gallinas, el alcalde recibe el dinero y va de casa en casa obligando a los indios a venderle estos productos a un precio mínimo fijado por la autoridad de la parroquia. Muy pocos indios desean tener estos puestos. Muchos se resisten a aceptarlos después de haber sido nombrados porque pierden su tiempo en constantes caminatas de casa en casa y porque el cumplimiento de sus obligaciones les crean enemigos y la desaprobación de otros miembros de la comunidad. No sin razón se acusa a los alcaldes de ser perezosos, de pasar todo el santo día caminando de casa en casa.

RELIGION

La obediencia de los indios a las leyes civiles incluye también obediencia a las disposiciones religiosas. Cuando los indios de Otavalo fueron conquistados por los Incas, se les obligó a aceptar la religión del Estado Incásico que consistía en la adoración al sol, pero se les permitió continuar adorando a sus propios dioses. Los españoles adoptaron una actitud similar en relación con la aceptación del catolicismo por parte de los indios. Si éstos aceptaban ser cristianos y bautizaban a sus hijos en la iglesia, los sacerdotes católicos no hacían mayores demandas. Así se puede decir que en la actualidad los indios de Otavalo profesan una religión pagano-católica. Oyen la misa sin entenderla. Piden favores a un santo con la misma fe y esperanza con que adoran al monte Imbabura. Asimismo, tienen fe en los brujos, quienes con la misma facilidad traen o alejan la lluvia, señalan a un ladrón o a otro agente del mal, indican el lugar en que se oculta un objeto perdido o curan a los enfermos. Tienen temor al arco iris que persigue y viola a las muchachas jóvenes; evitan de manera especial las cascadas porque allí se encuentra siempre el arco iris. A los albinos y a los niños de ojos azules que nacen ocasionalmente de la unión de un noble terrateniente con una india, se les llama hijos de Taita Imbabura.

Los indios, como mucha gente, son más devotos cuando tienen alguna necesidad o problema que no pueden resolver ellos mismos.

En tiempo de sequía pagan para que se diga una misa a los santos y también llevan una ofrenda a Taita Imbabura. Cuando caen las tan necesitadas lluvias no les preocupa saber quien les hizo el favor, los santos o la montaña.

Domingo es el día de oír misa. Muy temprano los indios salen de sus casas y descienden por las colinas hacia los pueblos. Como pájaros llenan las calles con sus brillantes ponchos y con sus blancas y bordadas blusas. Riendo y hablando se encaminan hacia la iglesia preferida. Entran, mojan sus dedos en fuente de agua bendita y piadosamente se persignan. Besan los pies de algún santo y se arrodillan en el suelo o sobre una banca. Las mujeres indígenas se sientan en grupos al pie de los altares. Mientras el sacerdote celebra misa, las mujeres indígenas amamantan a sus hijos y permiten que los de más edad correen sin alejarse demasiado. Los niños indígenas miran todas las cosas con grandes ojos, juegan juntos y a veces lloran, haciendo tanto ruido que el sacerdote ordena sacarlos



fuera de la iglesia junto con sus madres. Cuando el sacerdote o el sacristán se acercan a recoger la limosna, los indios invariablemente depositan sus monedas. Cuando ha terminado la misa, besan nuevamente los pies del santo, se persignan con dos dedos mojados en agua bendita y salen de la iglesia.

Después de la misa muchos indios van a la taberna, piden una media botella de aguardiente y ofrecen el licor a sus parientes y amigos. La pequeña copa, siempre llena y desbordante, pasa de mano en mano y de boca en boca. Los indios beben con un goce y un placer que se dibuja en todos los músculos de la cara. Cuando la primera media botella se termina, alguien pide una segunda, luego una tercera. Algún indio comienza a tocar la flauta o el rondín, el rondador o la guitarra. Los demás forman un círculo o bailan zapateando fuertemente y en perfecto ritmo con la música; primero avanzando en una dirección y luego en la otra. El piso entablado de la taberna retumba como un tambor bajo los golpes de los pies desnudos de los indios. Cuando cesa la música, los indios cantan sus cantos guturales una y otra vez,

Jala-ja!, ja!, ja!; Jala-ja, ja! ja!

y continúa la danza. Las mujeres miran la danza, sentadas en el suelo o en bancas. De tiempo en tiempo se unen a los danzantes, ya sea en el mismo círculo o formando otro separado. Cuando el esposo bebe, la mujer se exime y apenas prueba un poco de licor de tiempo en tiempo. Uno de los dos, más a menudo la esposa, tiene que mantenerse en juicio para cuidar al otro y poder llegar a la casa sin novedad.

Una a una las parejas abandonan la taberna e inician el largo camino a sus parcialidades y sus casas. El indio borracho avanza lentamente y con la cabeza doblada hacia adelante, incapaz de caminar derecho, amenazando caerse a cada paso, murmurando, exclamando y amenazando con su puño. Solamente ahora que está borracho se siente igual a cualquier blanco. Su esposa camina junto a él, sopor-tándole y animándole a seguir adelante. Así pasan por las calles del pueblo hasta alcanzar los senderos. Avanzan lenta y trabajosamente. Por último, el indio borracho no puede más y cae pesadamente al suelo. Allí duerme en el camino, bajo el sol o la lluvia. Su esposa, pacientemente, se sienta junto a él, cuidándolo y esperando que despierte para poder continuar el viaje.



El domingo no es sólo el día de oír misa. Es también el día destinado a ver el mundo, para bailar y cantar, para encontrarse con los amigos en la taberna del pueblo.

El aguardiente hace bailar y reír. Pero también llena de furia el corazón y lo empuja por los caminos a sufrir su agonía. Allí se duerme como un muerto bajo la sombra de un maguey al cuidado de un amigo o de su fiel esposa.



FIESTAS

Los días de fiesta tienen para los indios un viejo y profundo significado. Las fiestas son más que celebraciones, a pesar de que su primitivo significado religioso se ha perdido y sus formas aborígenes se han confundido y mezclado con el catolicismo. Cualquiera que sea el significado para el mundo de los blancos, para el indio las fiestas resumen el orden social de su vida. Las fiestas dividen el año y crean una estructura tan ordenada como las estaciones de invierno y verano en otras latitudes.

La vida en los Andes es dura. Es una continua lucha. Es una tremenda carga que hay que llevar para arriba y para abajo por tortuosos senderos. Es la vida que se respira en la helada y sutil atmósfera a nueve o diez mil pies de altura. La vida es un trabajo incesante desde el amanecer hasta el anochecer. Sólo las fiestas interrumpen este incansable ritmo.

Una fiesta es una ola de júbilo que empuja todo lo que encuentra a su paso. Desciende desde la montaña, se riega por todo el Valle y llena las calles de Otavalo como una avalancha de energía pagana.

Cantando monótona, pero rítmicamente, los indios llegan a la carretera, sus ojos brillando ferozmente, la piel de un rojo subido, sus ágiles pies levantando nubes de polvo veraniego. La fila de indios avanza serpenteando a uno y otro costado del camino, como en una antigua procesión, hasta cuando se juntan a otros cientos de indios que tocan flautas y bailan en círculo a lo largo de las calles del pueblo. El mundo blanco retrocede ante ellos dejando lugar a esta marea de pasiones. Borrachos como los dioses, tambaléandose por efecto de la chicha, los indios beben con una capacidad y un vigor inigualables en este mundo. Beben, danzan, beben, hasta cuando caen inconscientes bajo el sol ecuatoriano. Sin embargo, la bebida y la danza no son parte de una orgía de disipación. Es más bien un llamamiento de las energías violentas de su vida, un éxtasis y una exaltación.

Año tras año los indios celebran sus fiestas, gastando sus ahorros, consumiendo cantidades de chicha y aguardiente, bailando a menudo ocho días seguidos. La resistencia, tanto de los indios como de los mestizos que se unen a la celebración, es increíble. No les importa ni el sol ni la lluvia, ni el calor ni el frío. Danzan sin descansar respirando espesas nubes de polvo levantadas por el golpeo de sus pies. Día y noche bailan y beben al son de la flauta, el rondador, la gui-

tarra y el tambor, o quizás a los acordes de una banda de músicos del pueblo. El sacerdote católico que acompañó a los conquistadores españoles y más tarde a los colonos, sabiamente no intentó suprimir las fiestas indígenas. Se sabe que los sacerdotes organizaron fiestas en honor de los santos del calendario católico supliendo o aprovechando las fechas tradicionales de los festivales paganos. El éxtasis pagano fue simplemente convertido en Cristianismo mediante la adición del día del santo, de una misa y una bendición. Para los indios de Otavalo, la fiesta más grande tiene lugar durante la última semana de junio y el 24 de junio es el día de un gran santo católico, Juan Bautista. Por eso ahora en nombre de San Juan, los indios bajan de las colinas, beben chicha durante cinco días con sus noches, llenan el aire con la música triste y melancólica de sus flautas, y bailan y lloran y ríen.

El origen de la fiesta de San Juan es desconocido. No hay duda de que los indios de Otavalo la celebraban mucho antes de la llegada de los españoles. Los cronistas hablan de una gran fiesta nativa que se celebraba durante el solsticio de verano. Es posible que la fiesta actual de San Juan sea una continuación de esta antigua celebración pagana. Nadie sabe cuál pudo haber sido el significado original de esta fiesta. Parece haber sido una batalla simulada, o quizás real, entre diferentes grupos de parcialidades, cada una de las cuales trataba de adueñarse de la pequeña plaza donde debían tener lugar las danzas. Estas batallas ocurrieron hasta hace unos pocos años dando siempre como resultado algunos muertos y heridos. La parcialidad o grupo de parcialidades aliadas que llegaban primero, tomaban posesión de la pequeña plaza y comenzaban a bailar. Otras parcialidades o grupos de ellas descendían de las colinas circundantes, entraban a la plaza y peleaban con los puños y aún con cuchillos, para desalojar a los primeros. Cada grupo estaba rodeado de espectadores que gritaban consejos y animaban a los luchadores. Cuando terminaba una pelea y se planeaba una nueva, los indios cantaban acompañándose con flautas y rondadores con caracoles y cueros de ganado. Cuando comenzaba nuevamente la pelea los círculos se desintegraban, cesaba el baile y todos corrían a tomar parte en la lucha insultando y amenazando al enemigo, y haciendo alarde de su propio coraje y de sus fuerzas. Cuando por fin se decidió poner fin a esta costumbre considerada salvaje por los blancos, la policía de Otavalo resultó incapaz de guardar el orden y tuvo que ser reforzada con policías y soldados de Ibarra, capital de la Provincia.

Actualmente, a pesar de la prohibición de las peleas, la fiesta continúa con el mismo entusiasmo. Durante tres días, los indios celebran su fiesta en la pequeña plaza de San Juan en las afueras de Otavalo. Círculos de danzantes se mueven alrededor de la plaza bailando y bailando. El aire se llena con sus cantos, con la

**La fiesta de San Luis Obispo en la
parroquia de San Rafael.**





En el centro de la imagen se encuentra un sacerdote o religioso, vestido con una túnica blanca y un tocado alto y blanco. A su alrededor se congrega una gran multitud de personas, muchas de ellas con atuendos tradicionales como ponchos y sombreros. Se observan también varas altas con adornos o lanternas. El fondo muestra una edificación de mampostería con un tejado de tejas.

música de sus flautas, rondadores, armónicas, guitarras y tambores. Una y otra vez repiten el canto clásico:



Jala-ja! ja! ja!; Jala-ja! ja! ja! Jala-ja! ja! ja!; Jala-ja! ja! ja!

Y continúan los danzantes dando vueltas primero en una dirección y luego en la otra, y asentando los pies con fuerza y ritmo. Ahora deteniéndose y amenazando con sus puños, tratando de comenzar una pelea con un grupo de enemigos porque los indios animados con el aguardiente ignoran a la autoridad. La población blanco-mestiza de Otavalo va a mirar las danzas. Pequeños puestos de venta se establecen en los costados de la pequeña plaza donde se ofrecen dulces, galletas, tortillas de papa, licor y chicha y hasta algunos refrescos preparados con la nieve traída desde la cima perpetuamente nevada del Cotacachi.

Durante los tres días, el camino de Otavalo a la plaza de San Juan está lleno de gente que va y viene. Las mismas calles de Otavalo están llenas de danzantes indígenas que pasan cantando en dirección a la plaza o a sus hogares. Todo indio que puede hacerlo, paga por el privilegio de ofrecer una misa en honor a una cruz o a un santo, por ésto los altares de las iglesias se ven llenos de pequeñas estatuas de San Juan y grandes Cruces de madera adornadas con cintas, papeles de colores y billetes de cinco y diez sucres. Los santos y las cruces son transportados a los hogares indígenas con gran ceremonia y colocados en un altar de la casa, desde donde reparten sus bendiciones a todos los que se reúnen en ella.

Los disfraces utilizados para la fiesta de San Juan han cambiado poco en los últimos años. El más general de los disfraces es una imitación de los vestidos de los blancos. Con anticipación los indios van a las casas del pueblo en busca de zapatos, polainas, gorras y cascos militares, pantalones de montar, chalecos y sacos usados para alquilar o para comprarlos. En los últimos años, los indios han añadido a estas prendas sweaters y anteojos para el sol, que compran en los almacenes. Además, los indios ocupan a la costurera del pueblo para que les confeccione calzones especiales de tela de colores escandalosos. El disfraz se completa con una máscara de cartón o de tela de alambre. Un disfraz favorito es el de soldado, el cual usualmente requiere solamente una gorra y una chaqueta militar. Otro disfraz preferido es el de mayordomo, o supervisor de una hacienda, con zamarros, chaleco, sombrero de paja, espuelas y un largo fute. Otro que aparece cada año es el de mono o diablito, con un vestido de una sola pieza cubriendo todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies, con agujeros para los ojos y la boca y una larga cola atrás. Las parcialidades alejadas del pueblo celebran la fiesta en algún lu-

gar cercano, donde se reúnen todos los grupos vecinos. Los indios de la parroquia de Ilumán, cuatro o cinco millas al Norte de Otavalo, celebran la fiesta en su propia comunidad. Las comunidades que pertenecen a las parroquias de San Rafael, González Suárez y San Pablo, en las orillas orientales y australes del Lago de San Pablo, celebran San Juan juntos en la plaza de Araque, cerca a las orillas del Lago. Los indios de estas comunidades prefieren vestirse de mayordomos con anchos zamarros. Sobre los hombros llevan una pieza rectangular de cuero a la que han amarrado muchas campanas de bronce de varios tamaños. A cada paso suenan las campanas marcando el ritmo de la danza. Estos indios tocan flautas de un metro de largo y bailan sosteniendo sobre sus hombros un palo en posición horizontal. Unos pocos se disfrazan de mujeres utilizando las hermosas blusas bordadas de sus esposas.

La fiesta de San Luis Obispo, el 19 de agosto, es quizás mejor organizada y más celebrada que la de San Juan. Hace algunos años esta fiesta tenía lugar en Otavalo, pero ahora se celebra solamente en la Parroquia de San Rafael; un pequeño pueblo sobre el Lago de San Pablo. Cuentan los viejos que uno de los sacerdotes de San Rafael desesperado con la pobreza de su parroquia y convencido de que esto se debía al hecho de que los indios, en vez de celebrar sus fiestas en el pueblo, las celebraban en Otavalo, decidió convencerles de que gasten su dinero en San Rafael. Pidió a un escultor hacer una estatua de San Luis Obispo. Un día un indio que pasaba por detrás de la iglesia descubrió cerca de las viejas paredes del convento la figura de San Luis. La noticia se regó en la comunidad y casi toda la gente estuvo en la plaza conversando sobre variadas y fantásticas versiones de la aparición milagrosa del santo; entonces salió el sacerdote e invitó a la gente a la iglesia. Desde el púlpito agradeció al cielo por su divino favor al acordarse de San Rafael para que sucediera allí un milagro. Explicó a la gente que si San Luis ha aparecido en San Rafael es porque el santo quiere que su día sea celebrado allí. Desde entonces esta fiesta se ha celebrado en el pueblo y la parroquia antes pobre, es ahora rica y ambicionada por muchos sacerdotes.

La fiesta de San Luis está auspiciada por ocho o diez priostes llamados corazas. Cada prioste está acompañado por dos indios vestidos de yumbos —indios salvajes de la selva amazónica— y por un loa —loador—. El vestido de coraza es muy intrincado y elegante. Consiste en pantalones y blusa de tela decorada con encajes, lentejuelas y oropeles; medias blancas, sandalias amarradas con cintas y un sombrero en forma de media luna invertida con su borde superior lleno de plumas de color y colgando del borde inferior joyas de oro y piedras pre-

ciosas. Este vestido, particularmente el "sombbrero", cuesta varios miles de sucres. El coraza nombra a su mejor amigo para que le cuide y éste le sigue como si fuera su sombra durante la celebración de la fiesta. El coraza mismo no bebe para no correr el riesgo de perder alguna de las joyas. Los yumbos visten blusas y pantalones rojos o azules adornados con unos pocos oropeles, medias, sandalias y una corona de cartón adornada en su borde superior con plumas de colores. El loa, que usualmente es un muchacho blanco o mestizo, viste como el coraza, pero sin joyas.

El coraza, los yumbos y el loa hacen arreglos con algunas mujeres del pueblo de San Rafael para que les preparen sus vestidos para la fiesta. La noche anterior a la fiesta, cada coraza va a la casa de la mujer encargada de confeccionar su vestido, para que le arregle su cabello. La mujer le hace una especie de permanente, mojándolo con chicha y amarrándolo en rulos con tiras de trapo viejo. El coraza da un regalo a la mujer. El día de la fiesta todos los corazas llegan para ser vestidos con sus disfraces y para que les pinten los rostros de blancos con círculos rojos en las mejillas.

Así vestido el prioste, a veces a caballo y a veces a pie, atravieza el pueblo seguido de sus yumbos y de su loa. Delante del grupo va una orquesta indígena de tres músicos que tocan pequeños rondadores y un tambor. Antes de la misa de fiesta, el coraza y sus compañeros hacen la entrada oficial precedidos de la banda de músicos de San Rafael que tocan la pieza especial de esta fiesta. Dan vuelta a la plaza y entran a la iglesia a sentarse ceremoniosamente en sillas colocadas a un costado del altar mayor. La banda se retira para hacer su entrada con otro prioste y sus acompañantes, hasta cuando todos los priostes han llegado, por turno, precedidos por la banda de música.

La plaza y las calles del pueblo están llenas de indios. Por todos lados se oye la música de rondadores y tambores. La música dulce y melancólica evoca una pasada grandeza.

Cuando termina la misa, los corazas salen uno a uno mientras en la plaza revientan con sonido ensordecedor cohetes y camaretas. Algunos de los priostes llevan dos largas cadenas de viejas monedas de plata amarradas a la cintura, que se extienden hacia atrás, sostenidas por parientes y amigos. El prioste camina con pasos pausados y ceremoniosos sosteniendo en su mano derecha un cetro adornado con flores y cintas. El rostro casi oculto por las joyas que cuelgan del borde del sombrero. El encargado de cuidarle le cubre con un paraguas. El loa camina junto a los yumbos a uno y otro costados. Cambiando su sombrero por uno de fieltro, con la falda anterior doblada hacia arriba adornada con oropeles y lentejuelas,

el prioste monta en un caballo cubierto con un gran manto de tela de color. El loa y los yumbos montan otros caballos igualmente adornados y todos comienzan a galopar alrededor de la plaza. Se acercan al atrio de la iglesia y aquí el loa da su discurso alabando al prioste quien no ha escatimado esfuerzos para honrar la fiesta de San Luis, alabando la bondad y santidad del cura, alabando la honradez y entusiasmo del teniente político, y terminando con vivas para cada una de estas gentes, para el pueblo y para sí mismo. Inmediatamente el coraza sale al galope seguido de cerca por el loa y los yumbos quienes tratan de pegarle en la cara con pedazos de raspadura hasta sacarle sangre. El coraza puede defenderse solamente huyendo de sus perseguidores o esquivando su cabeza, pero no puede protegerse la cara con las manos y no lleva caramelos ni pedazos de raspadura para contestarles. De la plaza, el grupo va a la taberna, luego a la casa del coraza, donde la fiesta continúa por varios días.



Prioste de la fiesta de San Luis Obispo.





Desde parcialidades distantes conducen cruces y santos para que sean bendecidos en la misa de fiesta.







Los indios que no bailan o tocan la flauta permanecen de pie vistiendo sus brillantes ponchos y mirando la fiesta.

Frente a la capilla de la comunidad indígena, vestidos ridículamente como blancos, soldados y hacendados, bailan la danza monótona de San Juan moviéndose en círculo, tocando flautas y gritando.





Hay lugares tradicionales donde se celebra la fiesta de San Juan, como esta ancha plaza, al pie del monte Imbabura.



(1) Tonadas suaves, como de pájaros, se tocan una y otra vez en las flautas.



(2) La fiesta de San Juan es ocasión para hacer burlas y payasadas.



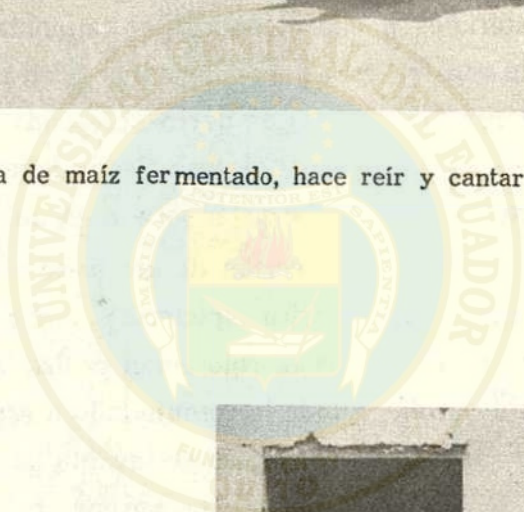
(3) Desde la mañana hasta la noche, borrachos o en juicio, tambalean y zapatean al ritmo del canto, la flauta o el rondín.

Todas las noches, durante cinco días, los danzantes disfrazados van de casa en casa bebiendo chicha y comiendo mote.

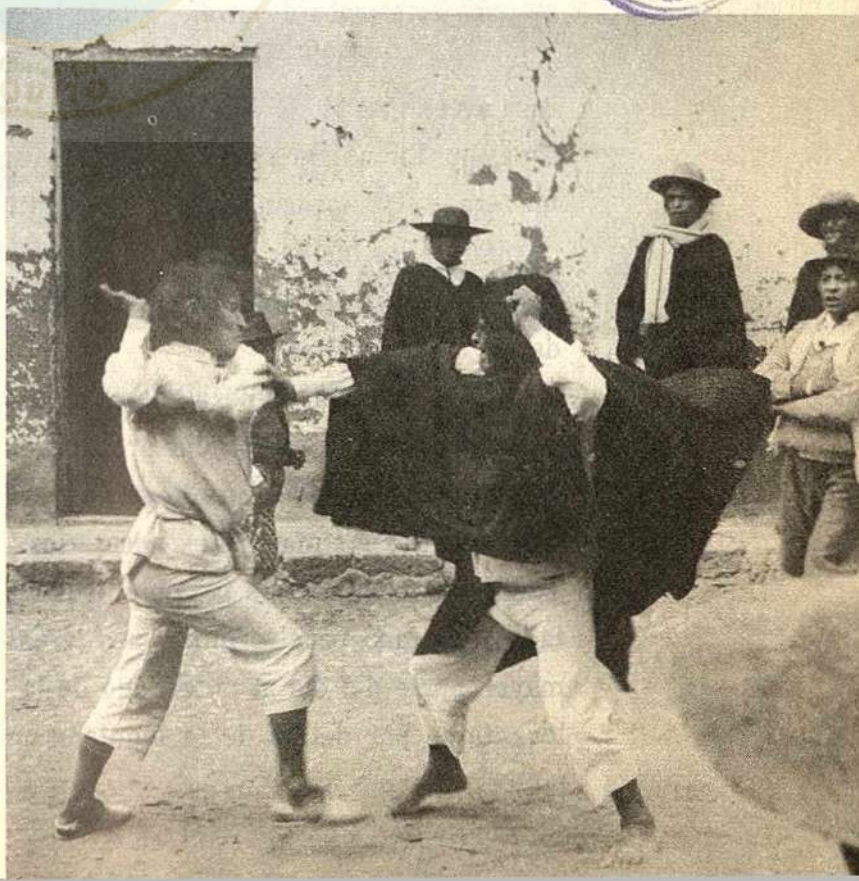




La chicha, bebida indígena de maíz fermentado, hace reír y cantar a los hombres.



Pero el aguardiente hace llorar y pelear a los hombres. Viejas rivalidades se traducen en peleas sangrientas. El tiempo retrocede y los indios parecen luchar por el liderazgo tradicional del Valle.



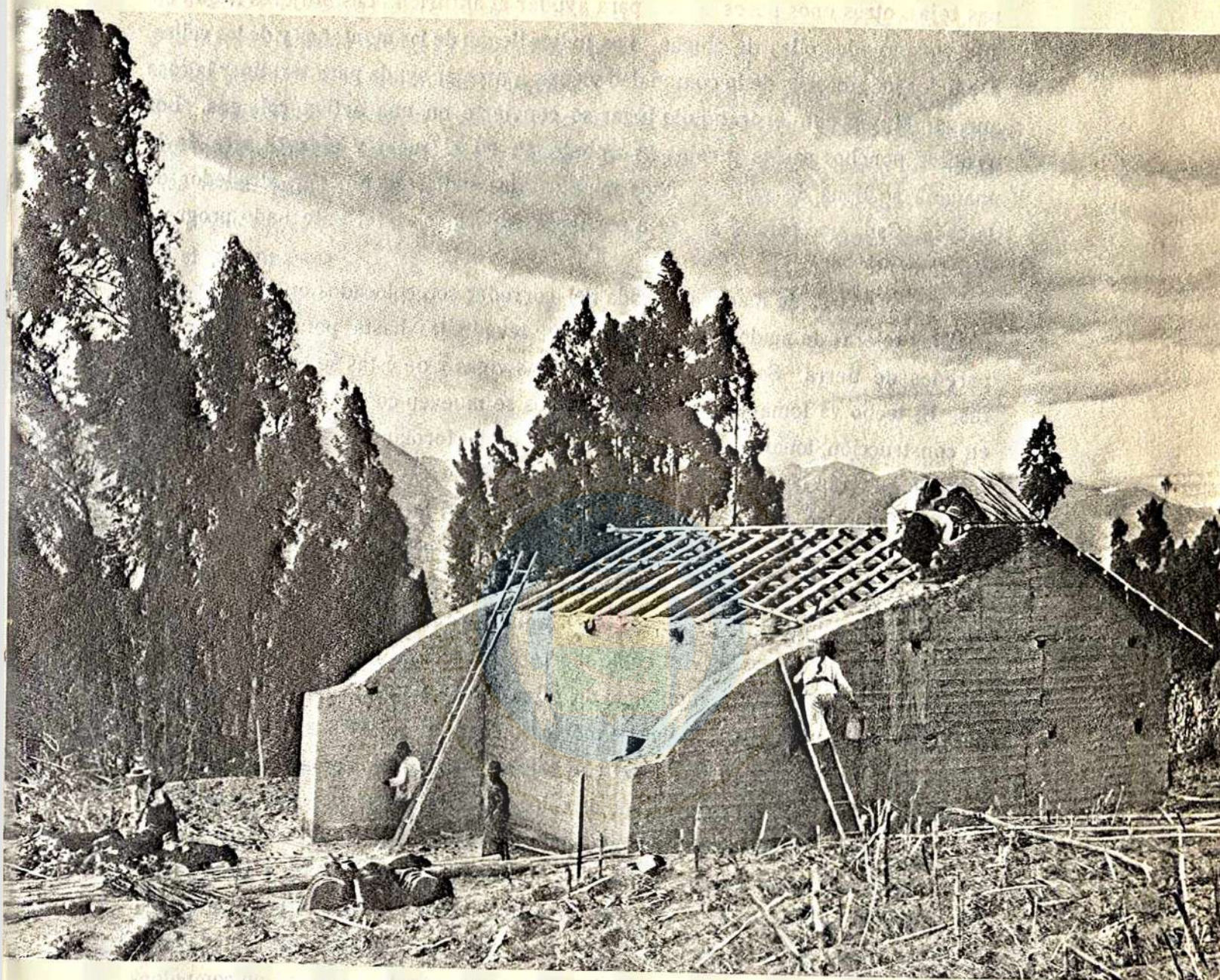
EL ESPIRITU DE COOPERACION

La construcción de una casa es una ocasión especial. Es una expresión del espíritu cooperativo mediante el cual la comunidad indígena termina en poco tiempo una tarea que demandaría mucho tiempo a un solo individuo, convirtiendo además un trabajo duro y tedioso en una reunión social y festiva. Es también un momento importante en la vida de un indio, la cosecha de sus esfuerzos, un signo de prestigio y de bienestar.

Si un indio desea una casa sencilla y tradicional de bajareque y techo de paja, todos los materiales puede obtenerlos en la montaña y, con la ayuda de parientes y amigos, la construcción puede terminarse en un día. Pero si desea una casa indígena moderna, de paredes de tierra apisonada y techo de paja, la construcción es más complicada. Las paredes de tierra tienen que ser construídas lentamente porque cada sección debe estar seca antes de construir la siguiente. Las paredes se construyen bajo la dirección de un maestro tapialero porque requiere habilidad y experiencia. El maestro tapialero necesita sólo unos pocos ayudantes. Pero para la tarea final de la colocación de las tejas se necesita a todos y es para este trabajo que llega toda la comunidad en espíritu de fiesta.

En un claro rodeado de eucaliptos se levanta la armazón rectangular de la casa secándose al sol por varios meses. Sus paredes de tierra tienen dos pies de espesor. En su superficie se pueden ver las marcas dejadas por los moldes de madera entre los cuales se apisona la tierra húmeda y suelta, y las huellas del cambio de los moldes ya sea para comenzar una nueva sección al mismo nivel, o para iniciar un segundo nivel sobre el primero y aún un tercero si las paredes deben ser más altas.

El día señalado para entechar, el dueño de la casa se levanta muy temprano para trabajar con su familia preparando grandes cantidades de alimentos y bebidas para los invitados que llegarán a trabajar. Alrededor de la construcción están amontonados los materiales necesarios: tejas, fibra de cabuya, carrizos y palos. Todos los miembros de la comunidad han sido invitados. Muchos se han levantado temprano para terminar sus tareas diarias con el fin de poder dedicar la mayor parte del día al entechado de la nueva casa. El sol apenas comienza a levantarse por detrás de la montaña cuando los invitados comienzan a llegar.



La construcción de una casa es una tarea demasiado grande para una sola familia; por esto los indios organizan una fiesta de trabajo comunal.

Los hombres llegan con palas y azadones, unos pocos traen como obsequio algunas tejas, otros unos pocos sures para ayudar al anfitrión. Las mujeres llegan en fila con grandes ollas de chicha. Los indios llegan de las montañas y de los valles. De todos los rincones de la comunidad vienen a prestar ayuda para terminar la casa nueva. Muy pronto el tranquilo lugar se convierte en una activa colmena. Los gruesos ponchos azules y rojos se amontonan en el suelo y el sutil aire de la mañana se llena de gritos y risas mientras los indios se mueven alrededor de la casa. Cada uno conoce su tarea por larga experiencia y el entechado progresa rápidamente.

Los pilares de madera labrada del corredor son colocados en su lugar. Dos pesadas soleras de madera de eucalipto son levantadas hasta ponerlas sobre las paredes de tierra. Sobre ellas se clavan las vigas y de éstas se levantan las tijeras. El techo va tomando forma. Los indios se mueven como pájaros en el techo en construcción, amarrando palos y carrizos hasta formar una plataforma sólida sobre la que irán las tejas.

El maestro albañil entonces se hace cargo de la obra. Es un mestizo y, al igual que el maestro tapialero, trabaja a jornal. La actividad ahora cambia como si se tratara de un nuevo paso de danza. Los indios corren de aquí para allá, comienzan una pequeña excavación, traen agua, desmenuzan la tierra y la mezclan para hacer el lodo que servirá como mortero para el entechado. Los indios forman una hilera desde los montones de tejas hasta el techo. De mano en mano pasan las tejas, unas pocas llenas de mortero, hasta el maestro albañil, quien las coloca con exactitud a lo largo del cumbrero y los aleros. Tomando como punto de partida estas tejas claves, los indios colocan las demás hasta terminar el techo.

En medio de toda esta actividad, el dueño de la casa, un verdadero anfitrión, se mueve entre sus invitados ofreciéndoles mates de chicha y haciéndoles beber hasta que la alegría se desborda en gritos, chistes y risas. Desde la cocina fluye sin interrupción la mazamorra, el mote y el maíz tostado y los trabajadores comen hasta no poder. Todos trabajan más y más rápido, cada uno en competencia con su vecino para ver quien pone más tejas. Uno que otro transeúnte se convierte en el blanco de sus chistes y amenazas de bombardeo con lodo desde lo más alto del techo si no accede a unirse a ellos en el trabajo. El anfitrión se apresura en ofrecer chicha al recién llegado. Muy pocos se niegan a ayudar. A nadie se le obliga, pero los indios comprenden la ventaja mutua de la cooperación. Alguien día, cada uno de ellos necesitará la ayuda de la comunidad y el indio que ayuda espera ser ayudado.

Así, la construcción de una casa es algo más que una tarea, pronto se con-

vierte en una alegre fiesta. Hay una excitación y alegría que se contagia de uno a otro como si la nueva casa fuera suya. Todos trabajan duro admirando las rojas tejas y la madera labrada de vigas y soleras. En la cooperación y sociabilidad se forja la unidad y fuerza de la comunidad indígena.

El trabajo puede ser terminado en un día, en dos o tres. Cuando se ha concluido de entechar, las mujeres trasladan la cocina a la nueva casa y preparan más mazamorra y mote y la fiesta continúa con abundancia de buenos alimentos y chicha, con danzas al son melancólico de flautas y rondadores, hasta cuando el agotamiento le pone fin.





(1) Los invitados llegan con espíritu de fiesta, listos para trabajar y jugar. Se distribuyen por el tejado amarrando los palos, preparando la base de las tejas.



(2) Clavan expertamente los soportes para el alero; cada uno conoce su tarea y el trabajo avanza rápidamente.



(3) Todos trabajan con la mejor voluntad y se embroman y molestan, se tiran lodo, comen grandes cantidades de mazamorra y beben interminablemente mates llenos de chicha.

(1) Bajo la dirección del maestro albañil, colocan las primeras tejas del cumbrero.

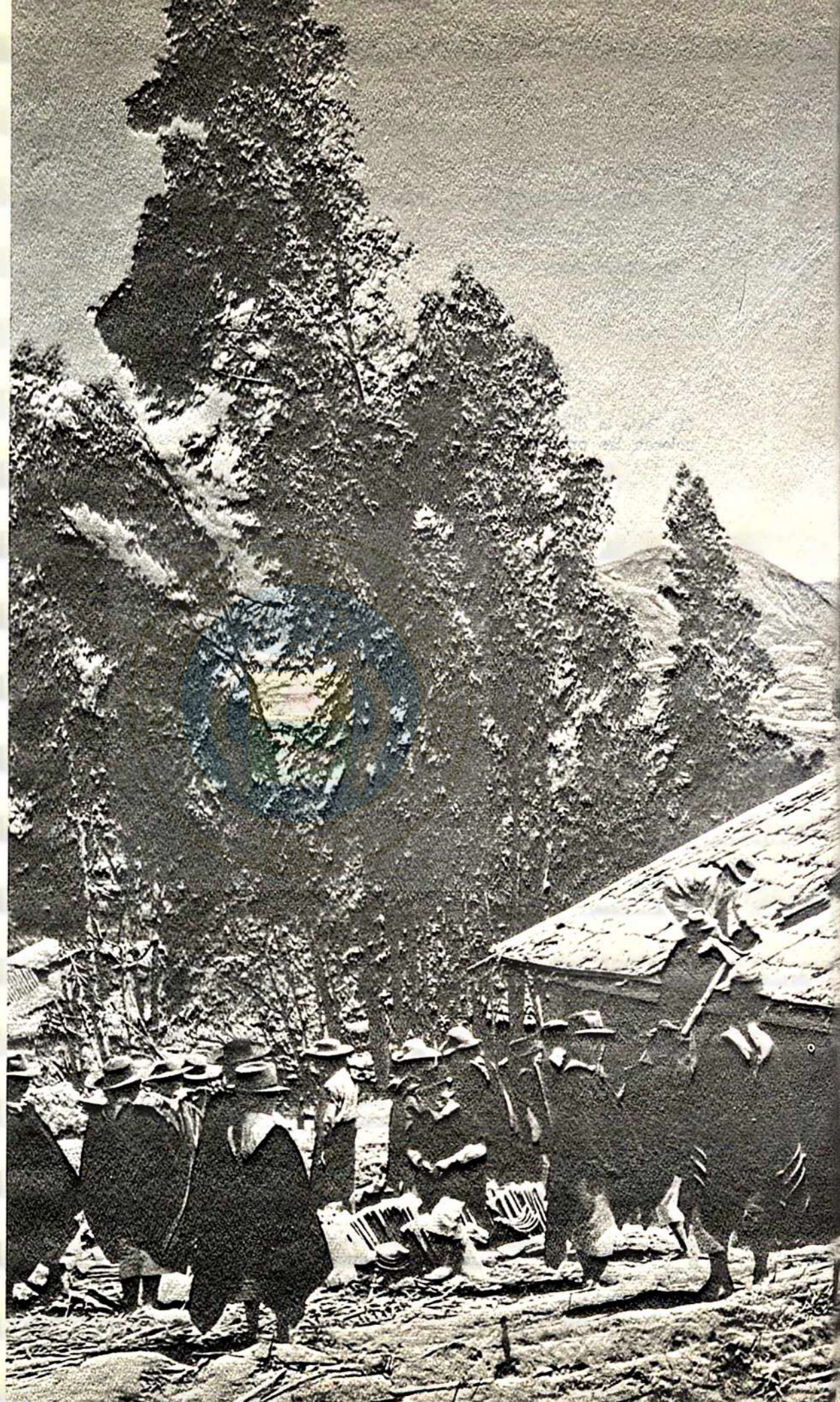


(2) Pasan las tejas de abajo hacia arriba formando una línea y rápidamente son colocadas en su lugar y aseguradas con un poco de lodo.



(3) Con un nuevo hogar y un futuro seguro ante sus ojos, la madre indígena mira su casa terminada.







no alcanza a llegar a la plataforma y mientras el pueblo grita, toma posesión del botín.

Esta ceremonia de tres días es solamente la mitad del paso de cargo. El capitán y el paje deben inmediatamente señalar una fecha para una segunda e idéntica celebración, dentro de tres o cuatro meses. Durante este período, los patrocinadores de la fiesta retienen sus títulos de capitán y paje. Solamente después de que se ha completado la segunda parte han cumplido ellos con su obligación de patrocinar una fiesta.



Las fiestas comienzan en una iglesia de Otavalo con una misa y una bendición al santo patrón de la parcialidad a la cual pertenece el prioste. Después de la misa, los indios se dedican a beber, bailar y cantar en la taberna más cercana. La danza continúa durante todo el trayecto hasta la capilla de la comunidad donde vuelven a colocar al santo en su lugar.



tales como sal, pan, fruta y chicha—. El capitán espera a sus invitados a la entrada de la casa, les agradece por sus obsequios y les ofrece con sus propias manos un mate de chicha y un plato de mazamorra. Otros miembros de la comunidad están reunidos en la casa del paje donde tiene lugar una fiesta similar con la banda de músicos que va de una casa a otra tocando sus melodías.

Al medio día del tercer día comienza la ceremonia final de la fiesta. Montado a caballo, el paje sale de su casa seguido de sus parientes y amigos, y a campo traviesa se dirige a la casa del capitán. Monta a caballo con el esplendor de un potentado. Brilla de pies a cabeza en su vestido de azul y rosa lleno de adornos de papel plateado y plumas rojas. El capitán, vestido en forma similar, también monta a caballo y espera la llegada de su paje. Junto a él, en un tercer caballo, está el pequeño loa, un muchacho de ocho o diez años, vestido tan esplendorosamente como sus mayores. Sus ojos brillan de entusiasmo, pero permanece sentado en su caballo con calma y control. Los dos grupos se saludan con dignidad. El capitán se inclina y besa la mejilla del paje. El pequeño loa recita un poema en honor de la ocasión, pero su voz chillona se pierde entre los cuchicheos y las risas. La banda toca nuevamente y mates de chicha vuelven a pasar de mano en mano.

Ahora el capitán, el paje y el loa salen de la casa del primero seguidos por la banda y los invitados que bailan. En lenta y serpenteante procesión descienden la montaña a caballo, hacia la comunidad. Revientan voladores y truenos. Las camaretas suenan como pequeños cañones. La banda sigue tocando su música y el cortejo llega a la capilla envuelto en el humo de la pólvora. La plaza se llena de indios mientras los fuegos artificiales continúan. El capitán, el paje y el loa se separan. Cada uno es rodeado por grupos de parientes y amigos que desean ofrecerles una copa de aguardiente o más chicha. Con gran dignidad, éstos aceptan las manifestaciones de aprecio y homenaje. No hay duda que ellos son el alma de la fiesta y que el paso de cargo les trae gran prestigio.

El capitán desmonta, y seguido por el paje, el loa y el resto de los invitados, entra a la iglesia. Uno detrás de otro se dirigen al altar, besan el manto y los pies del santo y salen. Continúa la danza en la pequeña plaza. Cuando comienza a entrar la noche, la fiesta termina plantando un tronco de eucalipto, delgado y recto, al cual se ha acabado de quitar la corteza. En lo alto de este tronco se amarra una plataforma llena de dinero, pan, fruta, otros productos alimenticios, y ropa. Niños y adultos tratan de trepar este resbaloso palo. Se organizan grupos para ayudarse unos a otros. Ascenden, resbalan y caen. Los espectadores, entre ellos los curiosos de los pueblos cercanos, rien con deleite. Finalmente, algu-

126



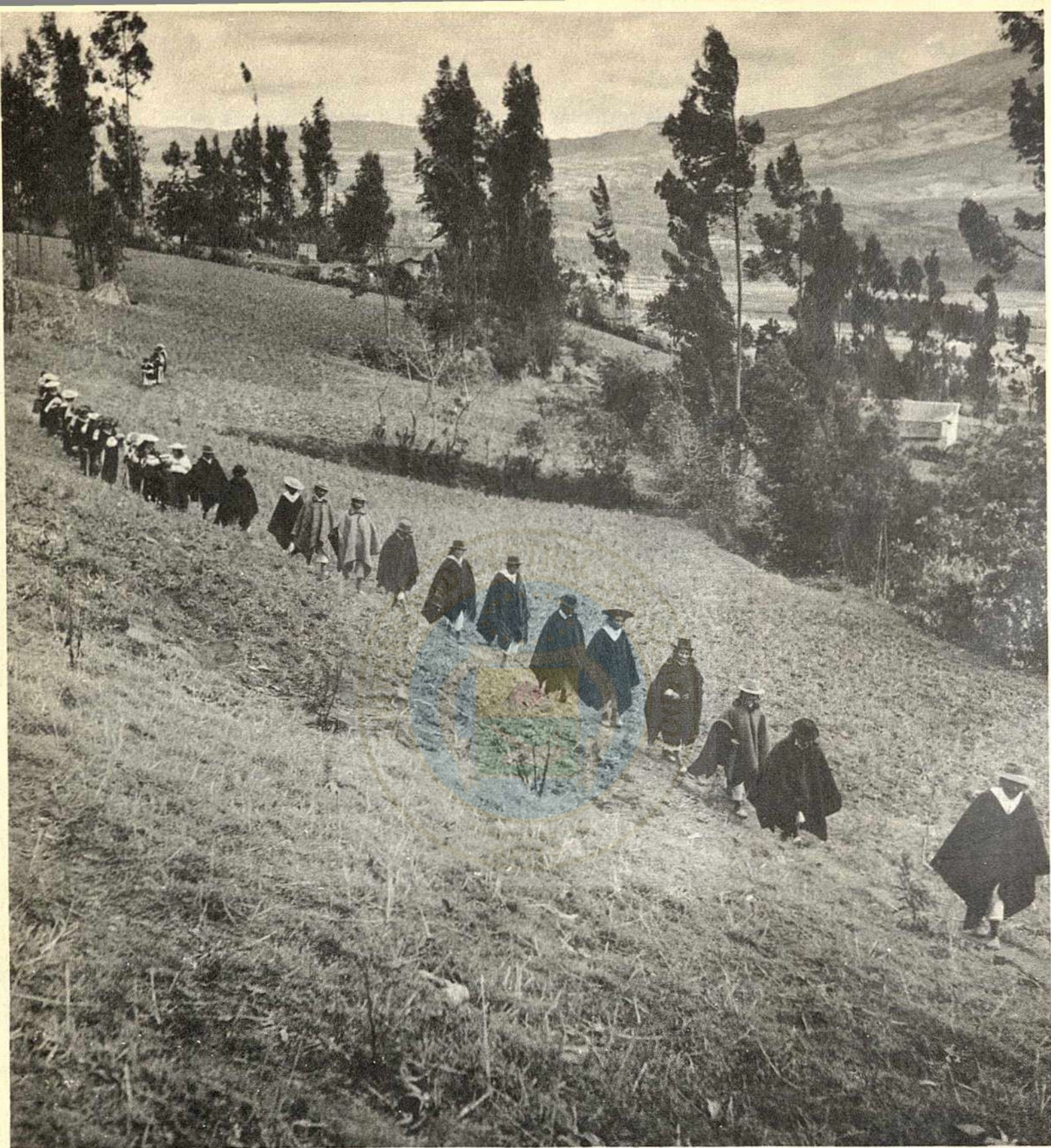
no alcanza a llegar a la plataforma y mientras el pueblo grita, toma posesión del botín.

Esta ceremonia de tres días es solamente la mitad del paso de cargo. El capitán y el paje deben inmediatamente señalar una fecha para una segunda e idéntica celebración, dentro de tres o cuatro meses. Durante este período, los patrocinadores de la fiesta retienen sus títulos de capitán y paje. Solamente después de que se ha completado la segunda parte han cumplido ellos con su obligación de patrocinar una fiesta.



Las fiestas comienzan en una iglesia de Otavalo con una misa y una bendición al santo patrón de la parcialidad a la cual pertenece el prioste. Después de la misa, los indios se dedican a beber, bailar y cantar en la taberna más cercana. La danza continúa durante todo el trayecto hasta la capilla de la comunidad donde vuelven a colocar al santo en su lugar.





Por tres días continúa la fiesta en la casa del prioste o capitán. Todos los amigos y parientes llegan con regalos —chicha, sal, pan, fruta y dinero— porque la fiesta cuesta miles de sures y todos desean ayudar.

El capitán recibe a los invitados a la entrada de su casa con un mate de chicha. Brinda por todos y cada uno de ellos y comienza la alegría.







Chicha, música y baile.

Pólvora, tierra y rocas apretadas en un pesado molde de bronce, explotan como pequeños volcanes despidiendo llamas y humo.





El capitán, el paje y el loa, vistiendo sus elegantes disfraces, son las figuras centrales alrededor de las cuales se desarrolla la ceremonia. Brindan por los tres y el loa recita un poema.

Ahora todo el grupo sigue a sus dirigentes a la plaza de la comunidad bailando y cantando mientras descienden la colina.





Aquí se dispersa el grupo. Algunos continúan danzando, otros entran a la humilde capilla a besar los pies del santo.





El capitán todavía cabalga sobre su caballo como un rey, pero su fin se acerca. Entre los invitados pasan una tras otra las botellas de aguardiente. La embriaguez vence por fin al capitán. Se desploma en el suelo y se queda dormido. La fiesta ha terminado.



EL MATRIMONIO

El matrimonio es una ceremonia compleja, un suceso comunal tan impresionante como las fiestas ya descritas, costoso y significativo. Hace algunos años, la mayoría de los matrimonios eran arreglados por los padres.

Los novios, a veces de sólo doce años de edad, ignoraban el asunto hasta el día de la ceremonia. A menudo los jóvenes no se habían conocido antes. Actualmente, la mayoría de los matrimonios, especialmente en las comunidades cercanas a los pueblos, tienen lugar entre muchachos y muchachas de unos dieciocho años de edad, después de un breve y simple noviazgo.

Usualmente el muchacho indígena se interesa por la hija de un vecino o de un cercano amigo de la familia a quien puede ver frecuentemente. Sigue a la muchacha a distancia prudente cada vez que se presenta la oportunidad. Al principio no hace otra cosa que seguirla, permitiendo que la muchacha conozca indirectamente que está interesado en ella. Luego, una de estas veces, escondido detrás de una pared o de un árbol, le arroja pequeños terrones o piedras. Más tarde habla con ella, embromándola, pero aún guardando distancia. Finalmente, se acerca y lucha con ella para arrebatarse la fachalina, el rectángulo de tela que lleva sobre la cabeza. La muchacha se defiende con todas sus fuerzas para no dejarse arrebatarse la fachalina. Si ha decidido aceptarle como novio, termina la lucha permitiéndole que se la lleve. En caso contrario ella no se da por vencida.

El muchacho que ha obtenido la fachalina, y con ella el consentimiento de su novia, informa a sus padres que ha escogido una esposa. Sus padres visitan a la familia de la muchacha y discuten las condiciones y circunstancias del proyectado matrimonio. Al llegar a un acuerdo, los padres del muchacho regresan después de pocos días, con una vasija de papas cocidas, huevos, cuyes, gallinas y una botella de aguardiente para la familia de la novia. Después de ofrecer doce regalos como éste, y luego de haber invitado a la familia de la novia varias veces a la taberna, la ceremonia llamada "puesta del rosario" tiene lugar. El alcalde de la comunidad indígena coloca un largo rosario de corales, cuentas de cobre, monedas viejas de plata y un enorme crucifijo de plata, primero alrededor del cuello de la novia y luego alrededor del cuello del novio, mientras los dos permanecen arrodillados frente a él. El alcalde bendice a la pareja. El padre de la novia bendice al novio, y el padre del novio bendice a la novia. En tiempos pre-colombinos es-

te acto, o una variación de él, fue probablemente parte o toda la ceremonia del matrimonio. Aún ahora los indios se consideran legalmente casados después de la "puesta del rosario". Algún tiempo después, la pareja va a la oficina del registro civil en donde son casados de acuerdo con la ley de la República. Los indios dan poca importancia a esta ceremonia que la celebran sólo en cumplimiento de la ley para evitarse complicaciones o castigos. Finalmente, después de un período de tiempo que varía de un mes a un año, tiene lugar la ceremonia religiosa. Tanto para el matrimonio civil como para el religioso se necesitan dos testigos. Como la mayoría de los indios son analfabetos, estos testigos son generalmente blancos quienes firman el registro declarando conocer a la pareja —un servicio por el cual se pagan uno o dos sucres. Para el matrimonio religioso debe haber padrinos. Generalmente los padrinos son indios, quizás los padres de uno de los novios. Cuando el matrimonio ha sido inscrito en el registro de la iglesia, cuando los testigos han firmado, cuando el cura ha recibido sus cincuenta sucres y el sacristán otros cinco, los novios, acompañados de sus padrinos y parientes, entran a la iglesia y se arrojan al pie del altar mayor. La novia y el novio, cada uno con una vela en la mano, son envueltos con un velo que les cubre la cabeza, mientras el cura celebra la misa. Cuando termina la misa y los novios y sus acompañantes salen de la iglesia, la pareja agradecida besa las manos de sus padrinos.

Los novios y sus acompañantes pasan un rato bebiendo en una taberna. De ella van a la casa del novio a continuar bebiendo chicha y aguardiente y a comer mote y mazamorra con cuy. Al final del día, los padrinos llevan a los novios a un cuarto y los encierran con llave. Afuera continúa la danza. Las copas de aguardiente y los jarros de chicha levantan el humor y apagan la sed. El arpa, cuya música es indispensable en los matrimonios, la manejan dos músicos, uno tocando las cuerdas y el otro golpeándola como si fuera tambor. Guitarras, flautas y tamboriles completan la orquesta. Revientan voladores asustando a los perros que corren y ladran. La tierra resuena bajo los pies descalzos de los indios que bailan. Así pasan toda la noche.

A la mañana siguiente llegan los amigos y parientes de la comunidad, cada uno trayendo una gallina, un cuy, huevos, sal, papas, chicha, aguardiente o dinero. Los regalos son entregados al padre del novio, quien agradece a cada invitado y personalmente le ofrece un jarro de chicha y un plato de mazamorra con cuy. Un indio especialmente designado toma a su cargo los objetos y alimentos y los distribuye para que sean preparados y servidos. A medio día, los indios se dirigen bailando al cuarto donde dejaron encerrados a los novios. Con el arpa, la guitarra y la flauta, dan una serenata a la pareja. El padre abre la puerta y todos se

precipitan adentro gritando: aquí venimos, cuidado con estar besando a tu novia, no le abras, ya tuvistes toda la noche para éso.

Todos ríen y gozan de las bromas. Algunos indios traen baldes de agua de canela con aguardiente y azúcar y pan, y ofrecen primero a los novios y luego a los demás. Salen al patio y los novios bailan en un círculo con todos los invitados. Aquellos que se emborrachan son prontamente llevados a una habitación y encerrados allí. Cuando les pasa la embriaguez salen nuevamente a participar de la fiesta. De esta manera los indios evitan riñas y escándalos.

Después del baile de los novios todos se dirigen a la casa de la novia, donde se sirve la comida tradicional de los matrimonios —mazamorra con cuy—. Inmediatamente después de la comida, todos se dirigen al arroyo donde tiene lugar la ceremonia llamada *ñavi-mayllay*, o sea lavado de la cara. Los padrinos toman un poco de agua en una palangana o en un recipiente de madera, y riegan en ella los pétalos de claveles y rosas, y ayudados por el novio bañan la cara, los brazos y las piernas de la novia mientras la aconsejan que sea una buena esposa. Cambian el agua, depositan nuevos pétalos de flores y los padrinos, con la ayuda de la novia, bañan la cara, brazos y piernas del novio aconsejándole que sea un buen esposo. Después de esta ceremonia algunos indios arreglan una mesa en el campo, tendiendo fachalinas en el suelo y colocando sobre ellas cantidades de maíz tostado, arvejas, frijol, mote, papas y queso. Todos se sientan alrededor de esta mesa y comen y platican. Algunos indios sirven chicha y aguardiente. Al regresar a la casa de la novia, la fiesta continúa, bailando y bebiendo. Al tercer día la fiesta tiene lugar en la casa de los padrinos. A menudo continúa por ocho o diez días, pasando de una casa a otra.

EL BAUTISMO

Todos los niños indígenas son bautizados en la iglesia, dándoles nombres de los santos del calendario católico. Los nombres más populares para los muchachos son: Juan, Pedro, Manuel, Miguel, José y Andrés; para las muchachas, María, Rosa, Juana, Carmen, Manuela y Dolores.

Al siguiente día del nacimiento o a más tardar el quinto día, el padre, acompañado de varios parientes, lleva al niño a la casa del amigo que ha escogido para compadre. Como esta relación exige ayuda y confianza mutuas, el indio generalmente escoge a un hombre blanco que pueda ayudarle en caso de dificultades con la ley. Todo indio tiene algún amigo blanco que está dispuesto a servirle de padrino de su hijo. El padre indígena llega con un regalo consistente en una gallina, huevos, pan y fruta, para pedir a su amigo que le haga el honor de llevar a su hijo a bautizar. El compadre acepta los regalos. Le pregunta al padre si tiene certificado de nacimiento del registro civil y si está listo, el compadre arregla con el cura la hora del bautizo. Hecho ésto, el compadre compra para el niño una camisa y un pañuelo grande de color amarillo, rojo o azul. Tan pronto como el compadre presenta estas prendas, se viste con ellas al niño. Entonces el niño es llevado a la iglesia para la ceremonia del bautizo católico. Si el cura necesita trabajadores para cortar o acarrear leña, para deshierbar o cultivar su jardín o para barrer la iglesia o convento, exige este servicio por adelantado a cambio del bautizo. Cuando no necesita ningún trabajo, el compadre paga al cura en dinero. En ambos casos, el compadre paga al sacristán. Después del bautizo los indios agradecen al compadre, le besan la mano y regresan a su comunidad. A veces van primero a la casa del compadre, donde a cada uno se le brinda una copita de aguardiente. Ocasionalmente, los padrinos de bautizo son indios, en este caso al salir de la iglesia van a una taberna, beben cantidades de aguardiente y regresan a sus casas a continuar bebiendo y bailando.

Exactamente un mes después del bautizo, el padre, la madre y el niño, acompañados de parientes y amigos, llegan a la casa del compadre con otro rega-

lo similar al primero, para presentar al niño a su padrino. El padrino sirve copas de aguardiente y los indios llaman a todos los miembros de la familia del padrino, "compadres" o "comadres". Cuando se despiden los indios besan las manos de cada uno de los miembros de la familia del compadre.

LA ENFERMEDAD

Para el indio la enfermedad es una lucha con los malos espíritus. Solamente el brujo o el curandero pueden sacar del enfermo los malos espíritus. El brujo comienza su carrera como aprendiz de otro ya reconocido. Frecuentemente la profesión del padre pasa al hijo. No se confina a un solo sexo, tanto hombres como mujeres practican la brujería y alcanzan igual prestigio. Las actividades del brujo son varias. Puede tan fácilmente curar a una persona enferma, como enfermar a una persona sana. Puede provocar o evitar la lluvia, identificar a un ladrón, indicar el lugar donde puede encontrarse un objeto perdido, provocar en uno el amor y en otro el odio, hacer a un tirano benévolo y viceversa. Los indios creen que los mejores brujos viven en la selva amazónica y en Santo Domingo de los Colorados, un valle tropical al Oeste de Quito. Por esta razón un brujo otavaleño que desea perfeccionar su conocimiento y adquirir prestigio tiene que pasar algún tiempo en una de estas dos regiones.

El brujo no ejerce su profesión todo el tiempo ni espera poder vivir de ella. Sus actividades como brujo tienen lugar por la noche, quizás unas dos o tres veces a la semana. El resto del tiempo es un indio como cualquiera otro, trabaja y se divierte como los demás.

Aunque el brujo tiene muchas funciones, la principal es la de médico. Los indios se acercan a él con toda confianza cada vez que se sienten enfermos. Su creencia respecto a la causa de las enfermedades es la misma que se encuentra en casi todos los pueblos primitivos —la creencia de que un objeto extraño ha entrado en su cuerpo—. Si este objeto extraño —una astilla, una lagartija, escarabajo u otro insecto— puede ser extraído, la enfermedad desaparecerá. Este razonamiento es lógico y convincente para los indios, ya que el enfermo puede ver con sus propios ojos la extracción de la causa de su enfermedad. El brujo tiene primero que determinar la naturaleza de la enfermedad que aqueja al paciente. Frota el cuerpo del enfermo con una vela a la que luego examina detenida y cuidadosamente, porque en su superficie, como en una radiografía, aparece la causa de la enfermedad. Como la enfermedad está regada en todo el cuerpo, tiene que ser concentrada en un solo lugar. Para ésto el brujo frota al enfermo con ramas de hierbas medicinales. Una vez que la enfermedad ha sido diagnosticada y concentrada en un lugar, hace falta únicamente extraerla. Esto se puede hacer ab-



sorbiendo con la boca el área de concentración de la enfermedad y produciendo, ante la sorpresa del paciente, un sapo o una lagartija. El brujo puede también frotar el área infectada con huevos que tienen el poder de absorber la enfermedad; los huevos se vuelven negros y la enfermedad que han absorbido los vuelve tan duros que no pueden romperlos ni contra una piedra. Este tratamiento básico es acompañado de ceremonias complejas y misteriosas que impresionan al paciente.

El enfermo llega a la casa del brujo con todos los artículos necesarios para su tratamiento: una botella de aguardiente, cigarrillos, fósforos, huevos, rosas rojas, claveles y hierbas medicinales recogidas en la montaña. El brujo vistiendo un gran poncho rojo y amarrada la cabeza con un pañuelo grande de seda de varios colores, comienza su trabajo arreglando una mesa o altar en el piso de tierra de la casa. Sobre una estera extiende una fachalina. Coloca sobre ella pétalos de rosas y claveles. En cada esquina pone un huevo, hierbas y cigarrillos. En un costado de la fachalina deposita dos velas asentadas sobre platos de china y entre ellas una taza con aguardiente. Más allá pone otras ramas de hierbas medicinales.

El brujo se sienta junto a este altar. A su derecha está su ayudante. A su izquierda se sienta el paciente, su cabeza amarrada con un pañuelo blanco, su mano izquierda sosteniendo una lanza para que los malos espíritus vean que está bien armado y se alejen de él. El brujo enciende las velas y el aguardiente de la taza. El, su ayudante y el paciente, encienden cigarrillos. El brujo lanza bocanadas de humo de su cigarrillo produciendo un ruido como de viento fuerte e invocando las bendiciones de los brujos de Santo Domingo de los Colorados, el poder de las montañas y de las cascadas. Luego toma un bocado de aguardiente y lo sopla asperjándole finamente sobre la llama de las velas. El vapor del aguardiente se enciende al pasar sobre las velas. La habitación se llena de una luz azul. El brujo continúa con sus exorcismos, blandiendo en su mano derecha primero la botella de aguardiente y luego una vara de madera adornada con anillos de cobre. Sigue soplando humo y aguardiente a las velas y sobre la cabeza del enfermo quien permanece sentado e inmóvil sosteniendo la lanza. Los conjuros aumentan en intensidad. De pronto el brujo se inclina hacia adelante, toma dos de los huevos y frota con ellos la espalda y el pecho del enfermo. La enfermedad es absorbida por los huevos.

El tratamiento ha terminado y el brujo ceremoniosamente deshace el altar. Sopla otra nube de humo y aguardiente mientras mueve la botella y la vara en círculos sobre la fachalina y bendice el altar haciendo la señal de la cruz con una mano. Dobla la fachalina cuidadosamente quedando todos los pé-

talos de las flores adentro. El ayudante recoge las hierbas y huevos y los arroja lejos en la obscuridad de la noche porque están llenos de la enfermedad que ha sido extraída del paciente. La fachalina doblada se la entrega al enfermo. Se le advierte que debe dormir sobre ella toda la noche para asegurar el éxito del tratamiento.

El enfermo se siente bien. Su mejoría ha sido inmediata. Su rostro ya no refleja ni dolor ni preocupación, sonríe y está tranquilo. Agradece al brujo y le paga quince o veinte sucres de acuerdo con lo convenido de antemano y se dirige a su hogar. No solamente los indios sino también los blancos tienen fe en los brujos. Cuando un brujo adquiere fama llegan sus clientes de todas partes del Ecuador. Se cuentan historias de brujos que han restablecido la salud de enfermos desahuciados por los mejores doctores, y de clientes ricos y aristócratas que han pagado a los brujos con valiosos regalos proclamando su gratitud.

Tanta fe tienen los indios en sus brujos que nunca consideran las acciones de éstos a la luz de la razón. El truco más simple engaña al indio más inteligente. Cuando un brujo, por ejemplo, se propone adivinar el autor de un robo o el lugar donde puede encontrarse un artículo perdido, deja a su cliente dentro de la casa, sale al corredor y con una voz fingida dice quien es el ladrón o donde está el objeto perdido. El cliente supone que ha oído al brujo hablando con un fantasma o con algún otro espíritu.

Los brujos saben cómo preparar filtros para despertar el amor, el odio, la compasión o para volver loco a un hombre. Desinteresados e imparciales, actúan de acuerdo con las necesidades de sus clientes. No hace mucho tiempo un hacendado español casi no escapaba a la muerte por un filtro dado por su cocinera india; los peones de la hacienda cansados del duro trato de su patrón, obtuvieron el filtro de un brujo con el fin de hacer menos duro a su amo. En otro caso, el dueño de un molino enloqueció temporalmente por haber comido un melón envenenado, obsequiado por un indio. El envenenador no tardó en confesar su culpa, pero explicó que había tratado solamente de mejorar el mal carácter del dueño del molino y hacerle un hombre más feliz.

Las relaciones místicas que sienten los indios con el sol, la lluvia, la tierra, y los poderes del bien y del mal, convierten al brujo en una persona importante de la comunidad. Sus poderes son respetados por todos.



El brujo bendice su altar mágico. El tratamiento ha terminado; el paciente ya se siente libre de los malos espíritus que han estado causando su enfermedad.



LA MUERTE

El indio acepta la muerte con callada resignación. Sus sentimientos son hondos. Cree en la inmortalidad del alma y honra al difunto con un funeral de dignidad sencilla. El deceso de un niño tiene un significado diferente al de un adulto. El indio cree que si un niño ha sido bautizado antes de morir, se convierte en un ángel y va directamente al cielo. La muerte de un niño bautizado, es pues, motivo de regocijo y no de pena. Los parientes del niño, que han quedado en el mundo, tienen ahora quien interceda por ellos en el cielo, ayudándoles a ganar el paraíso cuando mueran. Sientan al niño, como si estuviera vivo, sobre una mesa o plataforma improvisada, manteniéndolo así por medio de cuerdas. Un arco de ramas y flores le hace marco. Las velas flamean a ambos lados.

Parientes y amigos se reúnen en la casa del finado. Mientras velan el cuerpo, beben chicha y licor y bailan al son de flautas o rondadores. Al segundo o tercer día, colocan el cuerpo en un ataúd de madera y lo entierran en el cementerio del pueblo más cercano. Al regreso del cementerio entran a una taberna y beben un vaso más antes de volver a sus hogares.

La muerte de un adulto es motivo de pena. Los parientes más cercanos lloran inconsolablemente. Bañan el cuerpo del difunto con agua en la cual han hervido ciertas hierbas que se cree tienen la propiedad de preservar el cadáver temporalmente. Luego visten al difunto con sus mejores ropas y lo colocan en un ataúd tan pronto como lo han podido traer del pueblo. El ataúd que generalmente lo pintan de anaranjado, descansa sobre una mesa o plataforma con una vela encendida en cada esquina. Los parientes y amigos se sientan en bancos o en el suelo, arrimados a las paredes del corredor o de la habitación. Se sirve constantemente chicha y aguardiente. Los acompañantes beben, conversan y rezan; repiten un rosario dirigido por un indio que conoce unas pocas oraciones. Pasan el primero y segundo días. Uno de los parientes va al pueblo a la oficina del registro civil a inscribir la defunción y a obtener el certificado correspondiente.

Al tercer día, los hombres, por turno, llevan el ataúd sobre sus hombros al pueblo más cercano. Todos los parientes y amigos del difunto, sin distinción de sexo o edad, caminan detrás. La procesión la encabeza un indio que toca un violín rústico. Algunos hombres llevan picos y palas para cavar la fosa y cuerdas para descender el ataúd. Al llegar al pueblo, uno de los indios se adelanta a la

iglesia y paga al sacristán dos sures para que doble las campanas. El cortejo se detiene en una esquina antes de la iglesia y no avanza un paso hasta cuando las campanas comienzan a doblar. La procesión fúnebre pasa frente a la iglesia escuchando el doblar de las campanas. Avanza hasta el cementerio que está dividido en dos partes, una para indios y otra para blancos. Los acompañantes entran y depositan el ataúd al pie de una gran cruz de piedra y se sientan alrededor en el suelo. Las mujeres entonan un salmo alabando las virtudes del muerto. Algunos miembros del grupo aprovechan la oportunidad para visitar las tumbas de sus parientes y hacer decir algunas oraciones por sus almas. Algunas gentes del pueblo están siempre listas para seguir a las procesiones fúnebres hasta el cementerio y rezar responzos a cambio de un poco de maíz tostado, pan, fruta o huevos. La mayor parte de los indios no conocen las oraciones católicas y tienen que pagar a alguien para que las diga.

Uno de los indios levanta la tapa del ataúd y coloca junto al cuerpo una aguja con hilo. Esto es para que el difunto pueda remendar sus vestidos cuando éstos se desgarran en el largo y difícil viaje. Colocan también en el ataúd una pequeña escoba de ramas, con la cual el espíritu pueda barrer su casa, y una cuerda para que en la otra vida lleve leña desde la montaña a la cocina. Luego, todos los que están alrededor del ataúd, encargan al difunto mensajes para sus parientes que hicieron ya el largo viaje. Cierran el ataúd y lo llevan a la fosa que han abierto varios indios. Lo descenden con cuerdas, lenta y cuidadosamente. Luego llenan de tierra la fosa. Uno de los indios aplana y apisona la tierra con sus pies. Lo que queda de la tierra removida sirve para formar un pequeño montículo en uno de cuyos extremos se planta una cruz de madera sin pintar, y a veces pintada de rosa, verde o amarillo. En el travesaño de ella, el sepulturero escribe con lápiz el nombre del difunto y la fecha de su muerte. El día del funeral o al siguiente, se reúnen todos en la casa del difunto. Allí un rezador, un indio que conoce las oraciones, dirige un último canto fúnebre por el alma del difunto.

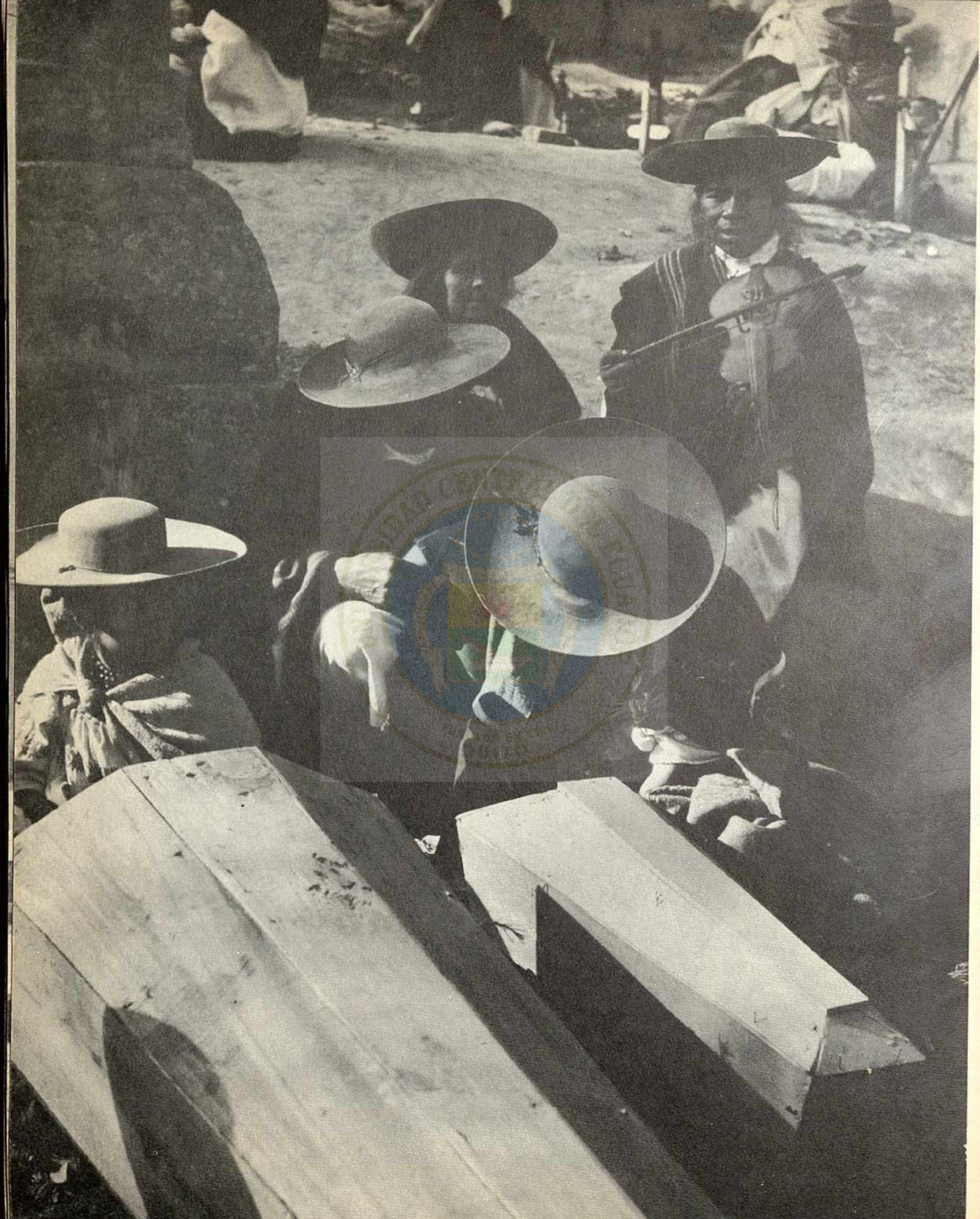
En las primeras horas de la mañana llega el cortejo fúnebre a la sección indígena del cementerio de Otavalo.





Rezadores profesionales están siempre esperando, listos a ofrecer sus oraciones por el alma del difunto a cambio de un poco de dinero, un puñado de tostado o un poco de pan. El llanto se confunde con las notas dulces y melancólicas de un primitivo violín celebrando la ascensión del indio al paraíso.





(1) Riegan agua bendita sobre la fosa y
descienden a su fondo el ataúd.



(2) Llenan la fosa con tierra y la apisonan
con sus pies.



(3) Sobre la tumba colocan una cruz de
color rosado brillante. El sepulturero ha
escrito en ella con lápiz el nombre del di-
funto y la fecha de su defunción.



EL VALLE DEL AMANECER



UNA ECONOMIA QUE CAMBIA

Hace treinta años, un hacendado blanco pidió a un indio de los alrededores de Otavalo que le tejiera un corte de casimir para un vestido. El indio, que nunca había tejido otra cosa que ponchos y bayetas, arregló su telar y con gran habilidad copió una muestra de casimir inglés. El hombre blanco quedó muy complacido. Ahora no tendría que hacer traer desde Londres el casimir para sus trajes. Dió la noticia a sus amigos. Estos también mandaron a hacer casimires. El tejedor pasó algunos trabajos a un amigo, y así se construyeron los cimientos para una nueva empresa.

Antes de que los otavaleños comercializaran sus tejidos, vivían únicamente de la tierra, cultivando sólo para comer, tejiendo solamente lo necesario para vestirse y hacer cambios en el mercado a fin de cubrir sus sencillas necesidades. Sus tierras eran poco adecuadas para mantener su economía de subsistencia y no tenían más fuente de ingreso para ensanchar sus propiedades que el exiguo jornal de las haciendas cercanas o de las insalubres plantaciones de las tierras bajas.

Ahora los indios otavaleños tienen la oportunidad de ganar dinero sin necesidad de trabajar lejos de sus casas o de fatigarse en las haciendas. En una generación la cultura del cultivo primitivo se ha transformado en una economía industrial y mercantil. Las utilidades hacen que los otavaleños puedan comprar más tierra. En un período relativamente corto, los otavaleños han desarrollado una nueva forma de cultura que les diferencia de otros indios ecuatorianos. Se han vuelto tan industriosos y emprendedores, que tanto extranjeros como nativos los han llegado a considerar como un grupo indígena diferente de los demás. Es difícil pensar que los actuales otavaleños son los mismos que estaban esclavizados en las haciendas. El éxito del Valle del Amanecer no ha cambiado, sin embargo, el desdeñoso concepto del blanco acerca del "indio sin esperanza". Pero esta descripción ya no puede aplicarse a los otavaleños, porque el cambio operado en su economía les ha convertido en gentes nuevas.

Es de esperarse que comunidades que poseen pequeñas extensiones de tierra, o poco fértiles, se dediquen a la industria y el comercio. Por el contrario, las comunidades que tienen fértiles extensiones de tierra, son las más industrializadas o las que han desarrollado el comercio en mayor grado. Esto se explica por el hecho de que la tierra, más que cualquier otra cosa, da al indio inde-



El telar español traído a este Continente por los conquistadores españoles hace cientos de años, está ahora abriendo el camino a los indios de Otavalo hacia su libertad económica.



pendencia, tiempo y dinero. Solamente cuando tiene tierra le es posible comprar el telar, la materia prima, y disponer del tiempo para el intenso adiestramiento que es necesario para la producción de tejidos.

La cultura textil de los otavaleños se remonta a los primeros años de la historia de los indios andinos. Antes de la conquista, antes de la llegada de los Incas, los Otavaleños y otras tribus indígenas del Ecuador ya tejían cobijas y mantas de algodón que obtenían mediante el comercio con los pueblos de la selva amazónica. El telar indígena que les sirvió en los primeros tiempos sigue todavía en uso para el tejido de cobijas y ponchos. Los indios llaman a estos telares pre-colombinos "tejedores de ponchos" para diferenciarlos de los telares europeos introducidos por los españoles. Cuando los indios aprendieron a cuidar las llamas de los incas y las ovejas y cabras de los españoles, aprendieron también a tejer la lana de estos animales como lo habían hecho con el algodón tradicional.

Inmediatamente después de la llegada de los españoles a la América, los indios hacían uso de dos telares: el nativo y el español. Actualmente, casi todos los indios del distrito de Otavalo saben cómo tejer, pero los tejedores se dividen en dos grupos. Algunos tejen sólo las telas para vestirse, pero otros tejen para vender sus productos en el mercado. El primer grupo usa exclusivamente el telar nativo; el segundo grupo usa los dos, el nativo y el español. El primer grupo teje solamente ponchos y bayetas; el segundo grupo casimires de estilo europeo, cobijas, chales, telas gruesas de algodón, fachalinas y fajas. El primer grupo hila a mano, una tarea exclusivamente de las mujeres, utilizando un huso hecho de una caña delgada. En el segundo grupo, tanto los hombres como las mujeres hilan utilizando un torno que acelera el proceso por lo menos cinco veces. El primer grupo teje la lana en sus colores naturales. El segundo grupo está familiarizado con muchas clases de tinturas. No todos los indios del segundo grupo tejen los mismos artículos o emplean el mismo tiempo en esta industria. Varias comunidades han desarrollado especializaciones. En Carabuela, por ejemplo, todos tejen ponchos; en San Miguel, lienzos de algodón y fachalinas; en Peguche, chales y casimires de lana; en Quinchuquí, cobijas; en Agato, bayetas y casimires; en La Compañía, ponchos y fajas. El indio otavaleño es, indudablemente, uno de los mejores tejedores de los Andes. Los productos de sus telares son buscados en todos los mercados del país. Tejedores indígenas han sido empleados como profesores en escuelas de artes y oficios del Ecuador y de otros países de América del Sur.

En el hogar indígena todos trabajan —hombres, mujeres, niños y viejos, Para cada uno hay una tarea apropiada: lavar la lana, teñirla, limpiarla, golper-

la, con varas flexibles para aflojar los cuerpos extraños, cardarlas para enderezar las fibras, hilarla, hacer madejas, teñirlas, lavarlas y secarlas nuevamente. Cuando la lana ha sido hilada y teñida, los hombres de la familia comienzan su propio trabajo: el urdido y el tejido. En el corredor de la casa se realizan, al mismo tiempo, todas estas actividades. El esposo puede estar tejiendo un poncho, una pieza de bayeta para la falda de una mujer o un corte de casimir, mientras la mujer hila la lana y los hijos la golpean, la tiñen o la cardan y envuelven el hilo en forma de una pelota.

La comercialización de las comunidades indígenas no se limita al tejido del algodón o la lana. Este entusiasmo por la industria se ha extendido a otras actividades. Ciertas comunidades han aprovechado la existencia de materias primas para desarrollar nuevas industrias. Los indios de Punyaro tejen canastas de todos tamaños, formas y colores, así como sombreros y abanicos de juncos que crecen en el cercano páramo de Mojanda. Las tierras donde crecen estos juncos pertenecen a una hacienda y los indios de Punyaro tienen que trabajar un día en la hacienda a cambio de los juncos que llevan a sus hogares.

Los indios de San Miguel y San Roque tejen esteras y aventadores de la totora que crece en las orillas del Lago de San Pablo. Gentes de otros pueblos hacen cuerdas con la fibra del agave. Unos pocos indios de Peguche, los únicos alfareros del distrito de Otavalo, utilizan depósitos de arcilla para producir vasijas, ollas, jarros y platos que están siempre de venta en los mercados locales.

Los comerciantes han ayudado a este rápido crecimiento de las industrias domésticas. Indios que anteriormente sólo comerciaban con animales y lana, ahora comercian también con telas indígenas. Estos comerciantes compran cantidades de ponchos, chales, bufandas, cobijas y casimires en el mercado de los sábados, para revenderlos en todo el país. Ultimamente han cruzado las fronteras del Ecuador hacia Colombia. Llevan sus mercancías a la lejana Bogotá. A miles de kilómetros de sus hogares, no es nada raro ver a estos comerciantes en las ciudades del Norte. Se los encuentra en los portales, en los edificios y oficinas y en las plazas, ofreciendo sus cortes de casimir al público. Sus vestidos blancos de telas de algodón, están siempre limpios bajo sus ponchos; su cabello siempre cuidadosamente peinado. Los cortes de casimir están prensados dando la apariencia de finos casimires ingleses.

Los indios de Otavalo han demostrado convincentemente su iniciativa y coraje en las aventuras comerciales. La mayoría de los comerciantes indígenas saben leer y escribir y se están familiarizando con toda clase de transportes y transacciones comerciales. En su propio país como también en el extranjero, en Co-

lombia y Venezuela, los indios de Otavalo son admirados no sólo por sus vestidos típicos y pintorescos, sino también por su limpieza, dignidad y modestia.



Doce libras de lana sin lavar producen ocho varas de tela para el vestido de un hombre.





(1) La lana tiene que ser lavada en el Lago o en el arroyo antes de hilarla.



(2) La lana lavada se extiende sobre esterres en el patio de la casa.



(3) Cuando la lana está seca tiene que ser cuidadosamente limpiada, extraídas todas las materias extrañas y abiertos los nudos.

(1) Luego, la lana es golpeada con varas flexibles a fin de que se desprendan todas las partículas de suciedad y se esponje para ser hilada.



(2) Cardan la lana con cardas de acero. Las fibras quedan rápidamente en una dirección.



(3) La lana cardada se convierte en rollos delgados utilizando la palma de la mano.





(1) Los rollos de lana se juntan en una larga cadena que se envuelve alrededor del brazo.



(2) Diestra y rápidamente convierten la lana en hilo, grueso o fino, según la tela que se va a tejer.



(3) Para hilar una libra de lana se necesita un día entero de trabajo. El hilo es luego arreglado en madejas para ser teñido.





La corteza machacada del fruto del nogal produce un color fuerte. El último de los colorantes vegetales todavía en uso.

Todos trabajan. No hay un minuto libre. El hermano menor parte naranjas agrias que constituyen el mordente. El hermano mayor teje un chal de lana para una señora de Otavalo.





Depositan las madejas de hilo de lana en un gran recipiente de bronce donde hierve el colorante hecho de los frutos del nogal, hasta que adquieren el tono deseado, verde oliva o café.

Antes de comenzar a tejer tienen que prepararse las bobinas. El hilo de las madejas se envuelve en delgados carretes de junco que se ajustan a la lanzadera.

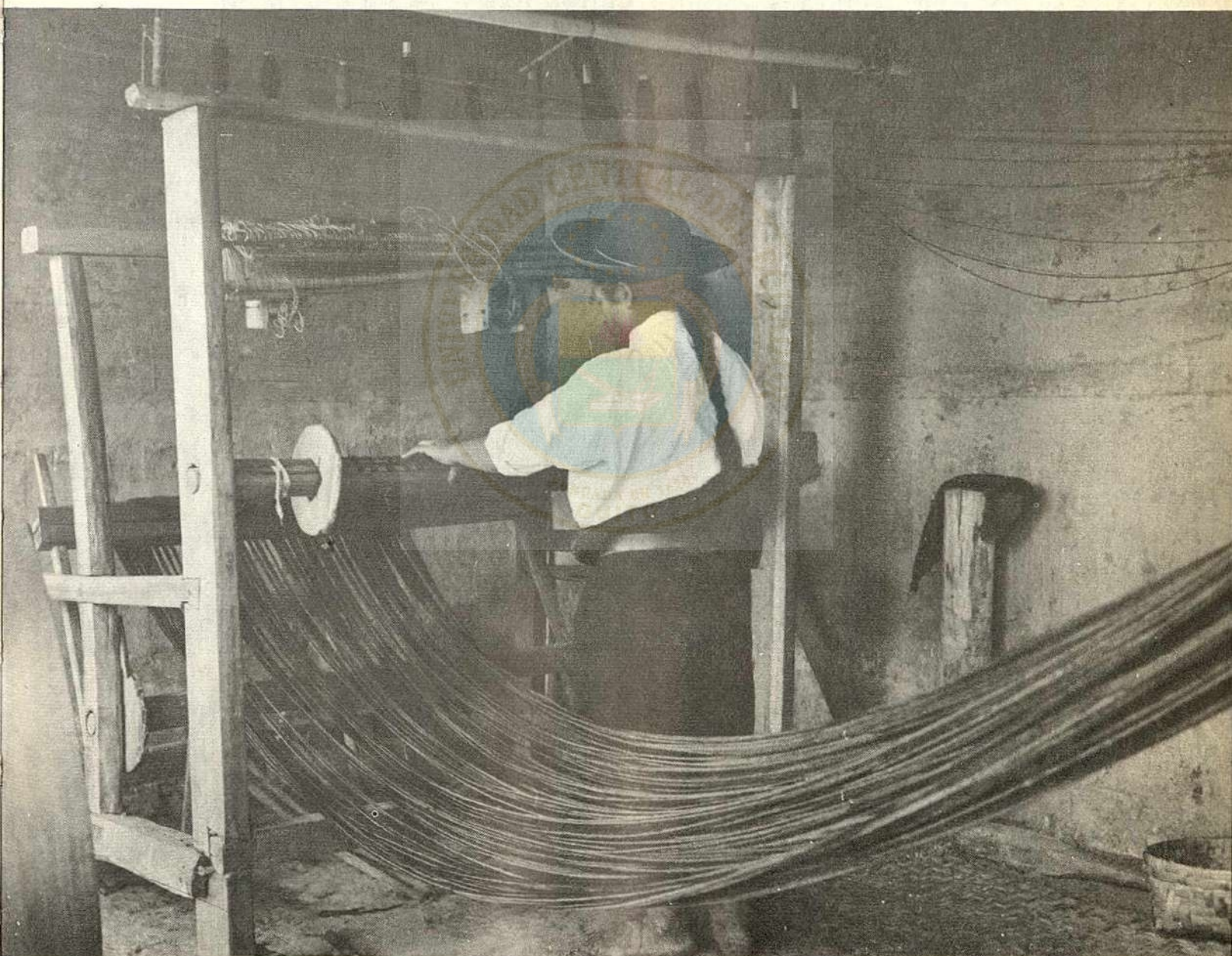




Un gran marco giratorio envuelve la urdimbre, ocho varas exactamente es lo que pide el sastre para hacer el traje de un hombre.



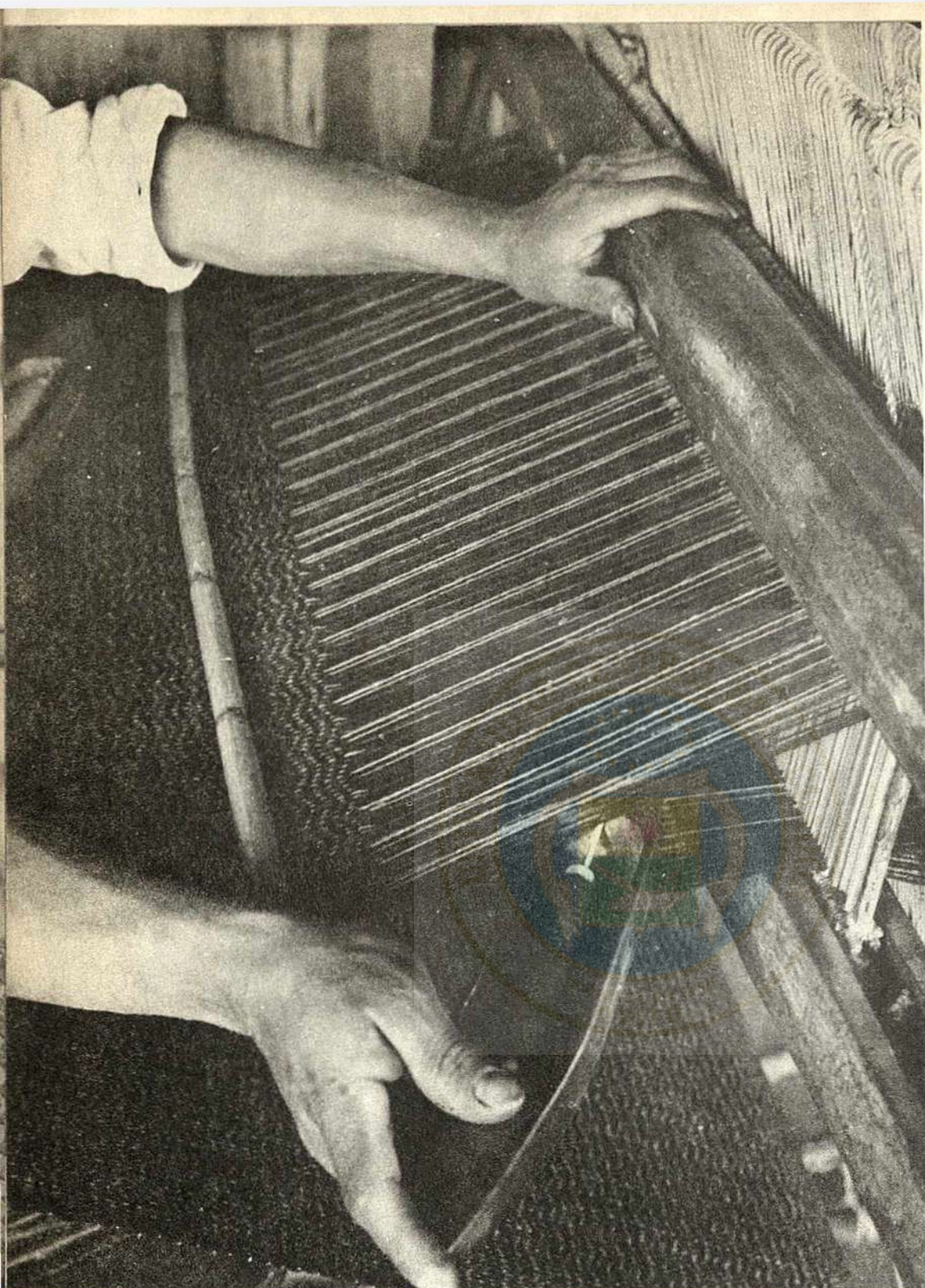
La urdimbre es colocada en el telar.





Hilo a hilo la nueva urdimbre tiene que ser amarrada a los pocos centímetros que quedan de la anterior. Cuidadosamente la urdimbre tiene que ser estirada a través de los lizos a fin de que el telar quede listo para empezar a tejer.





Varios días se emplean para lavar, hilar, teñir la lana y armar el telar. Pero el tejido mismo progresa rápidamente; las ocho varas de tela pueden terminarse en un día. Luego, con un peine de cardas el tejedor levanta el pelillo de la lana y corta los hilos sueltos antes de entregar sus telas en Otavalo.



LA NUEVA GENERACION

De cada cien niños que nacen en el Cantón Otavalo, setenta son indios. La mortalidad infantil es todavía alta pero una vez que los niños indígenas han pasado la infancia, el bienestar de los mayores les asegura una vida saludable y vigorosa. Su alimentación es el maíz de sus antepasados. Consumen muy poca harina de trigo y obtienen buena cantidad de vitaminas del maíz y de una variedad de plantas nativas. Su salud es superior a la de los niños blancos y mestizos de los pueblos, quienes se alimentan de arroz, pan blanco y frijoles.

Los niños son una feliz parte funcional de la vida indígena. Desde el comienzo, el niño encuentra un lugar seguro en la familia y en la comunidad. Va al mercado en la espalda de su madre. Luego camina detrás de su padre y sus hermanos mayores cuando éstos van a sembrar o a cosechar los campos. Desde que tiene uso de razón se encuentra en medio de un sistema establecido de trabajo. Observa las tareas diarias empapándose en las realidades y en las muchas actividades agrícolas, domésticas y artesanales, encuentra suficiente entretenimiento y materiales para sus juegos imaginativos. Tan pronto como desarrolla su fuerza y habilidad comienzan a encargarle ciertos trabajos. En todas las tareas, la familia funciona como una unidad; trabajando junto a sus padres, el niño aprende una tras otra las habilidades de su cultura. Los niños participan también en la vida social y religiosa de la comunidad de tal manera que llegan a adultos perfectamente versados en la filosofía y tradiciones de su gente.

Los niños indígenas no solamente se visten como sus padres sino que comparten el mismo espíritu de responsabilidad en el trabajo y se conducen en sus relaciones sociales con seguridad y madurez. Esta madurez resulta principalmente de su completa integración con el grupo familiar. No se les permite pasar su juventud en un mundo infantil artificial porque hay un solo mundo en la vida indígena —el mundo real de trabajo duro y de lucha por la existencia—. En este mundo son recibidos los niños para jugar el papel que les corresponde en la economía familiar. Se les enseña y disciplina cuidadosamente teniendo presente esta función y porque ellos saben que su contribución es verdadera, aprenden rápidamente, gozan con la realización de sus tareas y trabajan con espíritu de genuina responsabilidad.

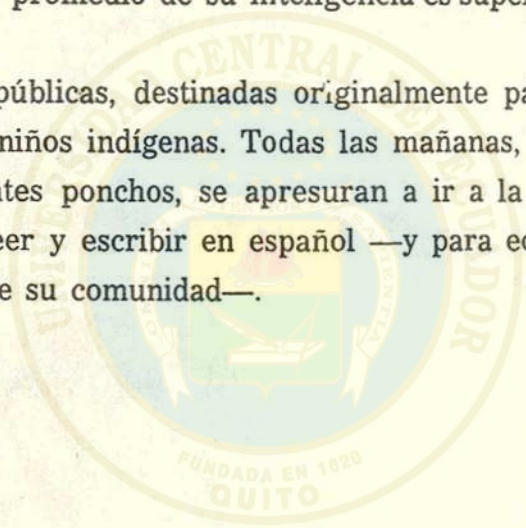
La nueva generación está creciendo en una época de cambio social. Cada día, nuevas técnicas y patrones sociales se incorporan al viejo mundo indígena.



Los niños están enfrentando esta confusa situación con una facilidad admirable que refleja el equilibrio emocional de su vida. Con sencillez, los padres indígenas dan a sus niños todos los elementos de seguridad necesarios para una adolescencia sin temores. La nueva generación afronta los complejos de la cultura moderna con confianza y destreza. Los niños otavaleños reflejan el espíritu emprendedor que está llevando rápidamente a sus mayores a una nueva economía. Con sus padres sienten el estímulo de un mundo que se ensancha. Confiados en la fuerza de sus gentes, parecen encontrar muy poca lucha para vivir en una sociedad en pleno proceso de transición.

Cada año aumenta el número de niños que asiste a las escuelas de los pueblos y, de acuerdo con unas pocas pruebas incompletas de habilidad mental que se han hecho, el promedio de su inteligencia es superior al de los niños blancos o mestizos.

Las escuelas públicas, destinadas originalmente para blancos y mestizos, ahora se llenan con niños indígenas. Todas las mañanas, vestidos con sus ropas limpias y sus brillantes ponchos, se apresuran a ir a la escuela para aprender a sumar, a hablar, leer y escribir en español —y para echar una ojeada al vasto mundo más allá de su comunidad—.





LOS NIÑOS DE OTAVALO















(1) El trabajo de los niños no es juego, es eficaz y productivo porque lo realizan con seriedad y verdadera responsabilidad.



(2) Este pequeño muchacho de tres o cuatro años de edad, tiene a su cuidado los cerdos de la familia.



(3) Estos dos hermanos, de seis y ocho años de edad, han aprendido a tejer sombreros de paja. Ayudan a su padre en esta industria mejorando la economía del hogar.





Escuela de pueblo.



HORIZONTES

El éxito de los indios de Otavalo se revela en su buena apariencia y aspecto saludable. Tanto los hombres como las mujeres se ven fuertes e inteligentes. Sus ojos permanecen alertas y su porte enhiesto. Comparándolos, la gente del pueblo se ve cansada, desanimada y apática. Parecen acabados. Son gentes transplantadas. Su cultura ha degenerado por falta de contacto con el viejo mundo del cual se originan pero, acostumbrados a mirar al indio con desprecio, se han resistido tercamente a adoptar las técnicas de la cultura funcional del nuevo mundo. Así han perdido la energía cultural que tuvieron en un tiempo como europeos y han aprendido muy poco de la gente conquistada por sus antepasados. Esto, junto con una alimentación pobre, enfermedades y una tremenda falta de oportunidades económicas, les ha dejado cansados y descorazonados.

En contraste, los indios han avanzado realizando cambios genuinamente evolutivos. Han absorbido gradualmente las maneras del mundo blanco sin desintegrar su propia cultura indígena. Hábilmente han adaptado las técnicas modernas que podrían integrarse en su modo de vida, eliminando lo malo de lo bueno mediante un lento proceso de prueba. Nadie les ha obligado a adoptar cambios o a abandonar sus costumbres o su idioma. Mientras los indios han trabajado, obedeciendo la ley y contribuyendo con su dinero a la iglesia, el estado y la iglesia, han permanecido indiferentes a su destino; así, debido a la apatía de las autoridades, los indios han podido realizar una adaptación única —una adaptación que les da las ventajas de la edad moderna sin oprimir su espíritu—. Este es ciertamente un factor importante en su supervivencia.

El crecimiento rápido del comercio textil ha puesto a los indios de Otavalo en medio de enredos y trampas en los negocios. Suficientemente alertas para ver cuando eran engañados, los indios comenzaron prontamente a protegerse aprendiendo español y simples operaciones de aritmética. En la próxima generación, un nuevo grupo de indios jóvenes tendrá igual educación a la de las gentes del pueblo porque los otavaleños son prácticos y tan pronto como ven a uno de los suyos beneficiarse por la educación, todos quieren aprender a leer y a escribir. La industria textil les muestra el rápido crecimiento de una idea práctica; de uno, luego de dos y luego de tres tejedores emprendedores, la industria se ha extendido a comunidades indígenas enteras en una sola generación.

El habitante blanco o mestizo de los pueblos está frenado por su cinismo.

Es demasiado sofisticado para entender la pobreza extrema del Ecuador. Ha aprendido amargamente que la honradez y el trabajo no siempre aseguran el éxito en la economía extremadamente limitada del Ecuador. Por esto no tiene esperanza y a menudo es apático ante la oportunidad y la educación. Ningún blanco en el Ecuador está dispuesto a realizar el trabajo que ha sido tradicionalmente considerado trabajo indígena. Hay muchas clases de trabajos que aún el más pobre de los blancos lo considera denigrante. Hace algún tiempo, numerosas artesanías se consideraban como especialidades del hombre blanco; ningún indio podía trabajar en ellas debido a la tradición. Actualmente el comercio indígena otavaleño está cambiando los viejos conceptos. Cada día un número mayor de indios entran a competir con los artesanos blancos como carpinteros, tejedores, mecánicos, carboneros, sombrereros, costureras y comerciantes. Pero la gente del pueblo se niega a ocuparse en realizar "trabajo de indio". Los indios no tienen prejuicio contra ningún trabajo. Conforme desarrollan sus propias actitudes, gradualmente entran en la economía del hombre blanco, al mismo tiempo que además, gradualmente, entran en la tierra del hombre blanco.

Los indios tienen lo que no tienen los blancos —energía y profunda fe—. El centro de su energía y de su fe es su tierra. No cualquier tierra, sino su tierra en los declives del monte Imbabura. Su confianza en la tierra es como la de un árbol en el precipicio de la montaña. Los indios tienen sus raíces tan firmes en el suelo de los Andes como cualquier árbol en la montaña, y pueden sufrir las más grandes humillaciones mientras puedan permanecer en su tierra. Los hombres blancos son transeúntes; están listos a trasladarse nuevamente. Pero no los indios. Vengan sequías o derrumbes, sus raíces están en la montaña para supervivir o extinguirse.

El hombre blanco encuentra fuerza sólo en su propia individualidad, y este individualismo le conduce a un comportamiento ambicioso y antisocial. Los indios miran más allá de sí mismo, hacia el Lago, a los picos brillantes de las montañas, y hacia abajo, a la tierra, para encontrar fuerzas. Ellos nunca están solos. Sus energías están siempre templadas por la fuerza del viento, del fuego, del agua y del crecimiento que comparten con la tierra misma. A pesar de su éxito en la industria textil y su habilidad para ganar dinero, siguen siendo agricultores indígenas. Todas sus ganancias se mueven en el círculo de su fuerza —tierra, cosechas, comunidad—.

Pero en contraste con el Valle del Amanecer de Otavalo están las calles del Quito moderno, capital de Ecuador. Aquí los indios, hombres y mujeres harapientos, sirven como bestias transportando grandes cargas. Sus ojos miran al suelo, sus rostros resignados y mudos.

En una hacienda de la serranía del Ecuador, cuando llega el tiempo de la esquila, cada indio tiene que esquila un número determinado de ovejas por día. El mayordomo, con un fuste en la mano, va y viene urgiendo a los indios a realizar un mayor esfuerzo. Está insatisfecho porque se acabará el día sin terminar la esquila. Como si castigara a un caballo perezoso, así castiga a los trabajadores indígenas azotándoles sus espaldas. Los indios no se defienden. Como animales siguen trabajando al mismo ritmo. Otros indios abandonan los valles fríos de la montaña para trabajar por un jornal en las plantaciones de caña de azúcar en las regiones tropicales. Pero antes que puedan ahorrar suficiente dinero, caen víctimas del paludismo, del calor o del clima insalubre. Muchos mueren allí, solos, lejos de sus adoradas montañas.

Estos son los indios que no tienen tierras. Sin tierras se sienten sin vida, sin esperanzas. Sin tierras viven como gentes derrotadas. Con el espíritu enfermo, cada año se hunden más en una pobreza fatal.

Pero el fuego de la energía indígena todavía arde muy dentro de sus corazones en todos los indios andinos. Los otavaleños son los que han obtenido mayor éxito, pero ellos no son los únicos indios ecuatorianos que han hecho sacrificios para volver a adquirir sus tierras tradicionales. Los indios de la Provincia de Azuay y Loja han mostrado el mismo deseo y pasión por la tierra y han conseguido la propiedad de su tierra. En estos grupos, sin embargo, la agricultura es la base de su economía y la agricultura sola no es suficiente para romper la cadena de la pobreza. Las artes y las industrias son necesarias. El éxito de los otavaleños puede ser duplicado en cualquier comunidad independiente. Con el tiempo, seguramente otros indios andinos reconocerán que pueden conseguir lo que han conseguido los otavaleños. Este ejemplo puede extenderse a otras regiones y puede haber un resurgimiento de la vitalidad indígena a través de los Andes.

Lo que es verdad en el Ecuador es verdad en todos los países de América del Sur con numerosa población indígena. Enterrada bajo la pobreza y el prejuicio, la vitalidad de estos países se encuentra en los indios. Como ha sido el caso de otros muchos conquistadores, los españoles eventualmente serán absorbidos por las masas que ellos conquistaron. El progreso del Ecuador tiene que ser el progreso de los indios; mientras se les mantenga subyugados, el progreso cultural y económico del país sufrirá retraso. El destino de los Andes está en el renacimiento de la vitalidad indígena que abrirá las puertas de la libertad individual y la unidad nacional.



AGRADECIMIENTOS

Los autores expresan su profunda gratitud para los indígenas del Valle del amanecer por su invaluable cooperación para la recolección del material. Especialmente a Manuel M. Cáceres, su padre, madre, y hermanos, de Ilumán y José Maldonado y sus vecinos de La Compañía. También expresan su gratitud al Sr. Aurelio Buitrón, en ese entonces Comisario Nacional del Cantón Otavalo y su hospitalaria familia y a muchos ciudadanos de Otavalo.

Entre los amigos que colaboraron en la preparación de este libro, particularmente desean agradecer al Dr. Fred Eggan, Dr. Paul Fejos, Wendell Bennett, Donald Collier, Edwin Roskam, Margué y Joseph O' Kane Foster, Laura y Edward C. Banfield, Bodo Wuth, Ben Shahn, Leo Garel, Madelaine Thatcher y René d'Harnancourt.

Aníbal Buitrón,
John Collier, Jr.



COMO SE HIZO ESTE LIBRO

Este libro es una colaboración en la interpretación etnológica, una tentativa para combinar el método y esmero de la ciencia social con la cordialidad de una artista - observador. El material fué recogido en Otavalo - Ecuador en el verano de 1946. Hubo una colaboración sin límites, cada autor con todo lo que pudo para cada parte del libro. Aníbal Buitrón fué responsable de la parte etnológica, planeó la secuencia general de datos técnicos y sociales y dirigió muchos detalles del campo fotográfico. Siendo nativo de Otavalo, él aportó con su profundo conocimiento dentro del complejo molde de la economía blanco - mestizo - indio y consiguió invalorable contactos con individuos indios. La experiencia en la materia como agudo observador y su activa participación de la vida del Ecuador. Su esposa, Bárbara Salisbury Buitrón, tradujo el material al inglés. El Coautor John Collier, Jr. con el auxilio de su esposa Mary Trumbull Collier, hizo todas las fotografías y asistió en la planificación del libro. El ritmo de "El Valle del Amanecer" gira alrededor de Otavalo y los Collier llevaron este material a una serie de alteraciones y revisiones hasta llegar a la forma actual. Basado en los textos etnológicos del Sr. Buitrón, el texto final del libro fue escrito por el Sr. Collier hasta la secuencia seleccionada de las fotos apropiadas, de acuerdo a la interpretación del material etnológico con la narración social.

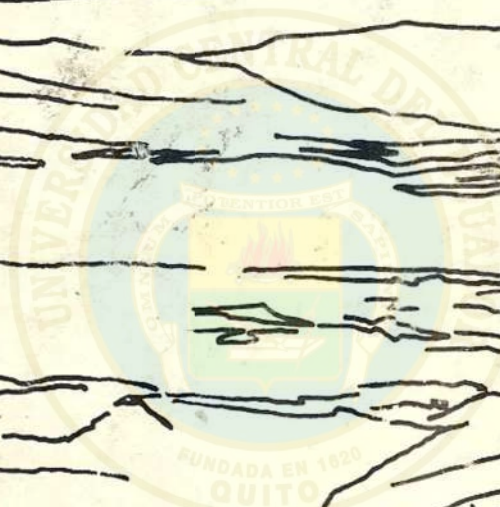


A GENERAL
- DEL ECUADOR, QUITO

FECHA	NOMBRE	FIRMA	AUTORIZADO	FECHA DEVOL.
2014 13	Kathenne Monteiro	<i>[Signature]</i>		
2014	Danny Males	<i>[Signature]</i>		

[illegible]





50619